

EL COJO ILUSTRADO

Año V

15 DE NOVIEMBRE DE 1896

Nº 118

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

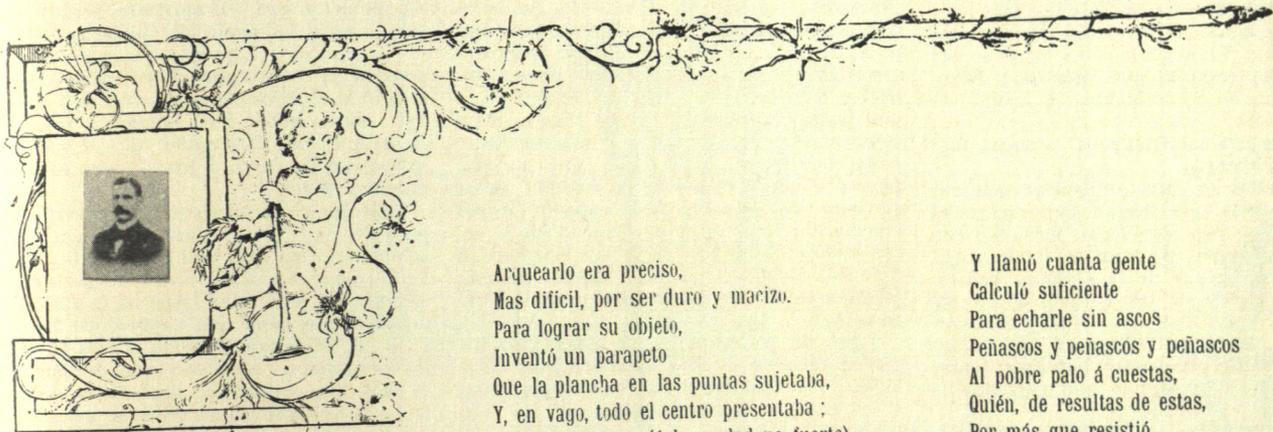


ESTADOS UNIDOS DEL NORTE

MACKINGLEY Y BRYAN

Candidatos a la Presidencia

SEWALL. — Candidatos para la Vicepresidencia. — HOWART



EL CARPINTERO Y EL PALO

FÁBULA

Un hábil carpintero
Contra maestre de un célebre astillero,
Se metió en la cabeza
Ajustar enterizo, en una pieza,
A la quilla de un barco que construía
Un palo que tenía
De duro guayacán, sin un defecto,
Sólo que, era tan recto,
Que no le daba el arco
Necesario á la curva de su barco ;

Arquearlo era preciso,
Mas difícil, por ser duro y macizo.
Para lograr su objeto,
Inventó un parapeto
Que la plancha en las puntas sujetaba,
Y, en vago, todo el centro presentaba :
Le puso un peso (á la verdad no fuerte)
En todo el medio, y, reparando, advierte
Que nada cimbra el palo ;
Al punto dice—"Malo !"
"Pues de mí no se burla este zoquete."—
Le acomodó un tolete
Que pesaba su par de toneladas,
Y vuelto á las andadas,
El palo permanece en derechura.
—"Esta sí que es diablura !"—
Dijo el maestro, furioso con exceso.—
"Pues le pondré otro peso y otro peso,
"Hasta que, dócil, como blanda cera,
"A mi capricho cimbre cuanto quiera."—
Comenzó su trabajo
Tirando una pedrera cerro abajo,

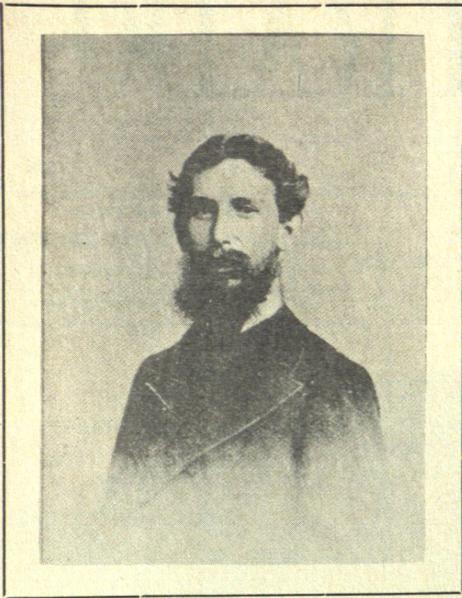
Y llamó cuanta gente
Calculó suficiente
Para echarle sin ascos
Peñascos y peñascos y peñascos
Al pobre palo á cuestras,
Quién, de resultas de estas,
Por más que resistió,
Al ponderoso peso se cimbró.....
Arrastrado á la orilla
Quedó ajustado á la angulosa quilla,
De un barco que llamaron "El Paquete,"
Para ser de las ondas el juguete!

Como este palo, existe
Mucha gente, inflexible al parecer,
Que, si al peso mediano se resiste,
Al peso fuerte se verá ceder !

Caracas—1896.

F. DE SALES PEREZ.





MIGUEL TEJERA



L recordar á este joven poeta, literato y cultivador de las ciencias exactas, nos sentimos impotentes para tamaña obra y deponemos la débil pluma como instrumento inútil. Empero doblegamos la frente y refugiados en nuestro corazón contamos hallar en el sentimiento la virtud que falta á nuestro intelecto.

Esos hombres para quienes la Providencia y la naturaleza quisieron tener tantas complacencias, y que sin embargo no viven sino el espacio de una mañana radiante, ofuscan la mirada con sus resplandores y no dejan campo sino á la admiración. El espíritu se repliega desalentado y las ideas huyen al último rincón del cerebro.

Miguel Tejera ocupa asiento en esta corta agrupación de favoritos de la suprema Inteligencia. Vivió en la labor perenne del pensamiento, cumplió altos hechos y cuando irradiaba en el horizonte, se apagó como un metéoro.

Tales hombres nacieron para la elegía más que para la historia.

Pero á ellos es preciso dedicar páginas conmemorativas que tengan la duración del mármol, como esos sepulcros formados con el amontonamiento de grandes piedras que las tribus indígenas de la Oceanía dedicaban en el centro de los bosques á sus caiques.

La vida de Miguel Tejera es un conjunto de esfuerzos generosos y benéficos, entre los cuales no falta alguno que participe de lo romántico y heroico.

Después de haber estudiado humanidades y filosofía en el Colegio de Roscio y de haberse contraído por afición innata á la Pintura y la Escultura, se dedicó al comercio en la Villa de Cura, donde abrió un pequeño establecimiento como simple ensayo. Mas á poco hubo de cerrarlo á consecuencia de la Revolución de 1867, considerando inútil y peligrosa su continuación en una carrera que requiere anchas bases y paz sólida. Y como le exigiese el General Rufo Rojas, Jefe designado para marchar hacia Caracas, la ayuda de su amistad y luces, se incorporó á él y corrió los azares de una campaña breve, pero no exenta de peligros, como lo prueba la batalla de las Adjuntas.

Terminada felizmente esta empresa, se consagró de nuevo á sus habituales estudios, y en 1875 aparece en París publicando como Redactor propietario *El Mundo Ameri-*

cano, periódico ilustrado que para aquella fecha resultaba ser una gloriosa novedad, pues era el primero que se establecía en la capital del mundo civilizado, bajo la redacción de pluma venezolana.

En la misma ciudad dio á luz la importantísima obra en dos volúmenes, titulada *Venezuela Pintoresca é Ilustrada*, que contiene datos geográficos exactos, apuntes biográficos de venezolanos ilustres en las ciencias y en las artes; descripción de usos y costumbres nacionales; grabados y mapas.

A esta obra se suscribió el Gobierno por un número no escaso de ejemplares, y premió al autor con una medalla de oro.

Muy luégo publicó también la gran *Carta geográfica de Venezuela*, según Codazzi, con los aditamentos y correcciones exigidos por los nuevos estudios.

No bien había vuelto á Venezuela en 1877, cuando se propuso la tarea de probar la utilidad de abrir una vía férrea entre el puerto de Carenero y Caracas; y al efecto publicó una serie de artículos con tal claridad y vigor de razonamientos, que los incrédulos y meticulosos se convencieron, y algunos de ellos convirtieron en entusiastas partidarios de la idea. No se contentó con este triunfo, sino que trazó el camino y levantó el mapa.

Y como si le persiguiese el pensamiento, ese que Byron llama el diablo de la vida, como un motor sin freno, emprendió en el mismo año la grave tarea de escribir la *Historia del General Francisco Miranda*, vasta obra documentada que comenzó á publicarse en la Imprenta Nacional y de la cual hemos leído las primeras páginas: el resto no llegó á publicarse, sin que sepamos la causa; de manera que esta última obra permanece inédita.

Para 1880 necesitaba el Gobierno cumplir el sagrado deber, contraído por un tratado anterior, de hacer efectiva la fijación de los límites convenidos con el Brasil por la Guayana. Hallar un hombre con las condiciones de fortaleza física, conocimientos geográficos, pulcritud y cortesía diplomática, no era cosa fácil, y el General Guzmán Blanco, Presidente entonces de Venezuela, lo halló completo en Miguel Tejera. Era esta una empresa rodeada de todo género de peligros; describirla sería la obra de un poema fantástico en que lo maravilloso excede á lo positivo, y la realidad á la poesía. Ríos como mares, fieras, reptiles é insectos venenosos, bosques impenetrables que no pisó planta humana y en que la soledad no es el menor de los motivos de espanto. Aquel espectáculo hubiera puesto miedo en el corazón del primer hombre, si alabrir los ojos á la luz de la conciencia hubiese contemplado aquella terrible aunque grandiosa decoración.

¡Qué de peligros, qué de penas para llegar al término de esta escursión casi mitológica! Y sólo tres hombres acostumbrados á los gozes sociales, formados en las costumbres urbanas y en la tranquilidad del gabinete, la cumplían. No los alentaba la sed del oro, ni la ambición de mando, ni ninguna otra sórdida pasión; alentábalos solamente la noble idea de dar cima á un acto de solemne formalidad, que aseguraba la paz y la fraternidad de la patria con una nación limítrofe.

Al llegar á Manoa, rústica villa del centro de las selvas, centinela del Guainía y único refugio de atrevidos exploradores, tuvieron la dicha de avistarse con la Comisión brasilera, compuesta de ocho personas valerosas y amables. Imagínese el lector cuán grato no sería para nuestros comisionados el encuentro de los enviados del Brasil. Cesaron por un momento las penosas impresiones para dar lugar al más puro esparcimiento. Pero ¡ay! no había un minuto que perder: la prolongación de la residencia en

aquellos desiertos hubiera sido un suicidio, y así resolvieron disolverse en grupos para salir en busca de los puntos designados en el convenio y dejar fijados los límites. Esta tarea no menos penosa; pero sí más corta, fue cumplida con exactitud.

Hasta aquí las amarguras y peligros del largo trayecto habían sido compensados por el éxito; pero al regresar á la población uno de los grupos exploradores se había retardado, y cuando salieron á su encuentro llenos de alegría los que los esperaban, pasaron por el dolor de saber que de los diputadados brasileros, el señor Pimentel, venía moribundo, atacado de la terrible enfermedad llamada el beri-beri. Tanto fue la tristeza de la Comisión general ante esta desgracia, cuanta había sido su alegría en la primera entrevista.

Muerto Pimentel fue conducido en hombros al lugar escogido para su entierro; y allí con trémula voz y tiernas palabras interpretó Tejera el dolor de aquel grupo de hombres desconocidos, que las circunstancias habían convertido en hermanos.

Cumplido el grande objeto de la demarcación, la Comisión se dirigió al Brasil por el Guainía y el Amazonas, no sin despedirse antes del amigo muerto, abandonado en la soledad, como testimonio el más solemne de una heroica obra. Se necesitaba una columna conmemorativa y fue erigida; pero también quedó una tumba: ésta vivirá más que aquella.

En Río Janeiro fue recibido Tejera por el Emperador con muestras evidentes de distinción y le condecoró con la orden de la Rosa que era en el Brasil la institución imperial de más categoría.

La demarcación de límites fue aprobada por el Gobierno de Venezuela y como un acto de justicia y en prueba de satisfacción concedió á Tejera una medalla de oro y otra á sus compañeros Miguel Oropeza, ingeniero y Rafael Rojas, secretario de la Comisión.

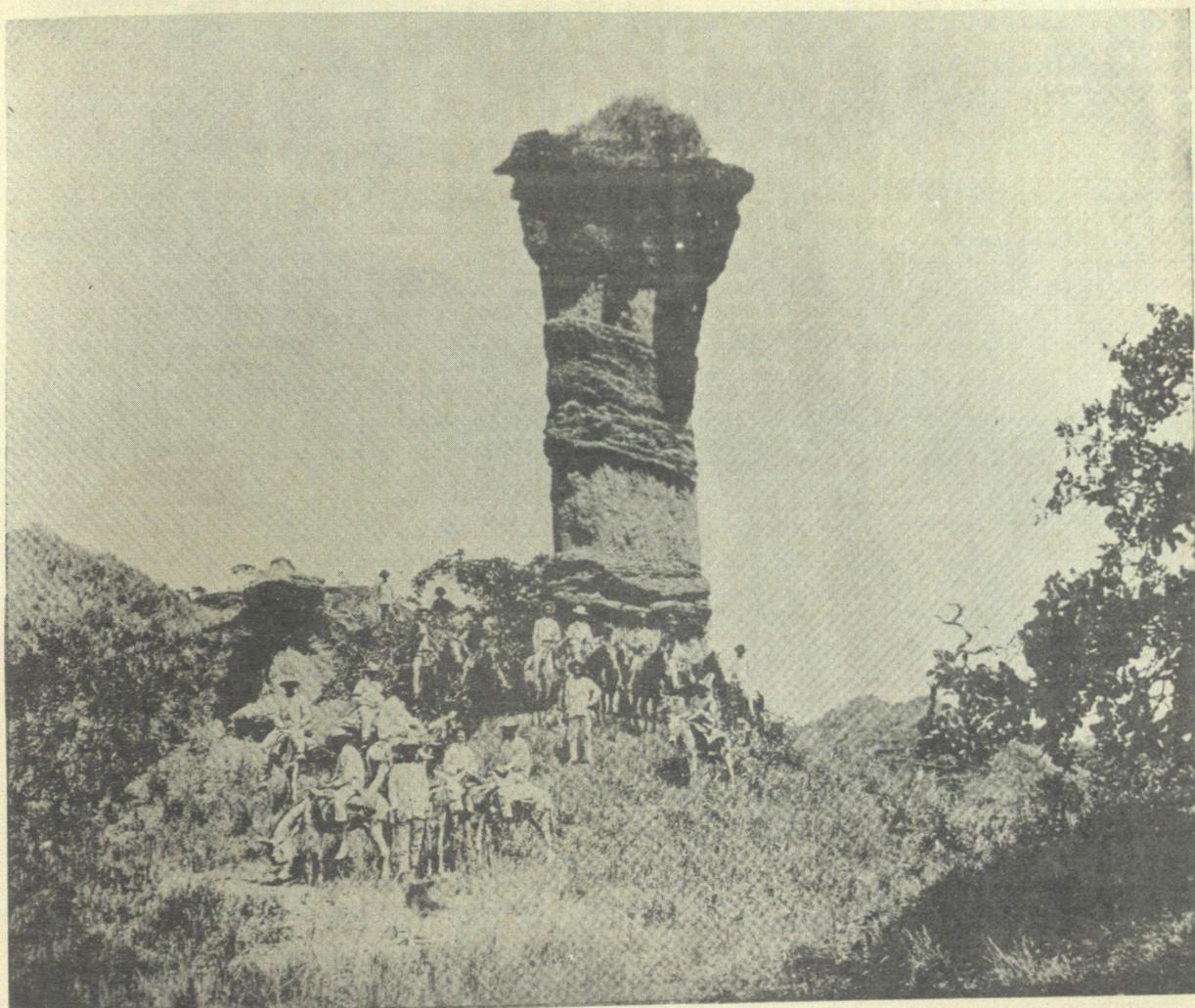
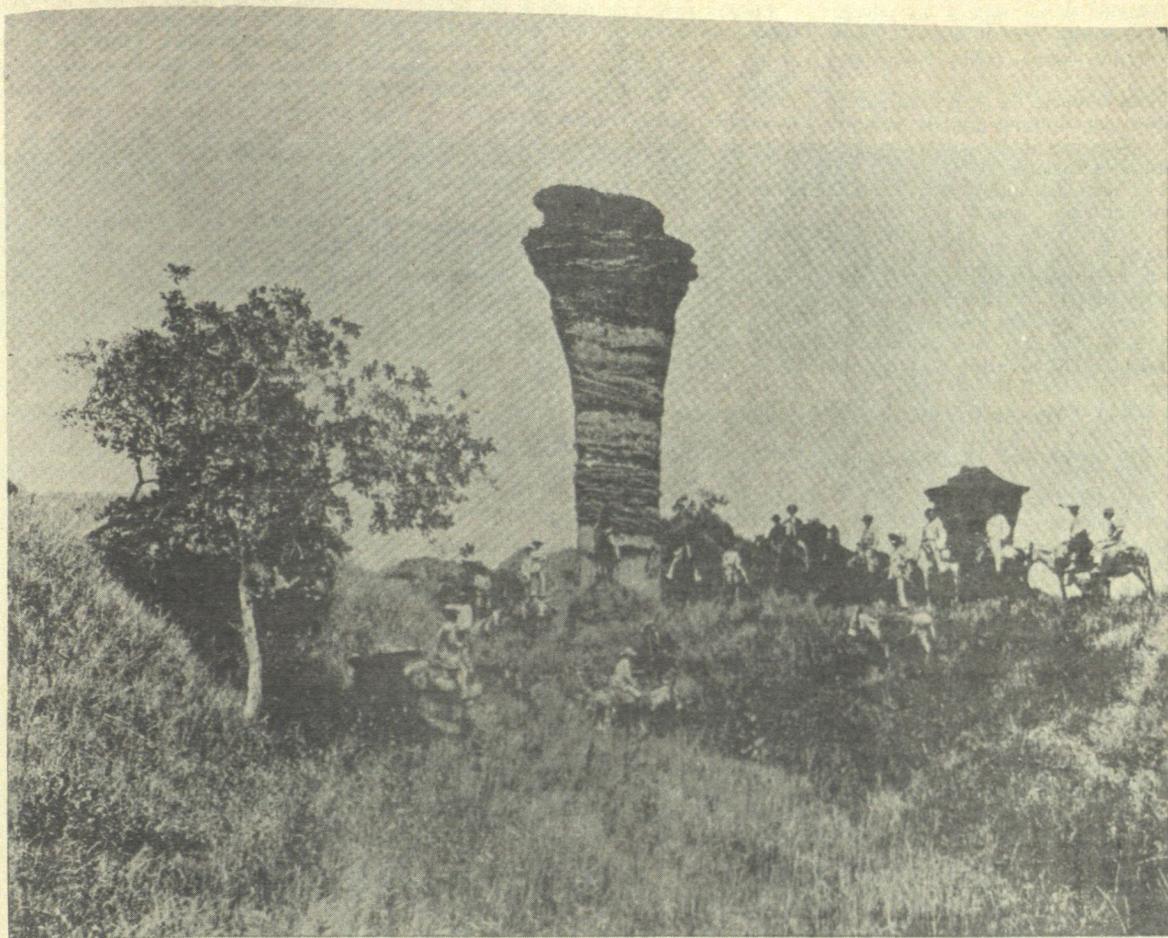
Poco después nombró el General Guzmán Blanco á Tejera Ministro de Obras Públicas; mas no pudo prestar en este destino los servicios que sus aptitudes permitían esperar, pues habiendo el Gobierno del Brasil interpuesto algunas observaciones respecto á lo practicado en el deslinde, creyó necesario el Presidente resolver esta dificultad cuanto antes, é invistiendo á Tejera con el carácter de Encargado de Negocios de Venezuela, le envió á Río Janeiro con apremiante rapidez.

Cuál fuese la excelencia del acierto en el proceder que desplegara el Legado venezolano en esta delicada misión, lo dice el éxito; pues no sólo desvaneció las dudas y obtuvo del Gobierno Imperial la aprobación del deslinde, sino que mereció de la Corte y de la Majestad de Don Pedro II agasajos personales, junto con una decoración de la más alta categoría, cual es la orden de la Rosa, que sólo se acuerda al mérito eminente.

De otras naciones alcanzó también nuestro compatriota honores no solicitados. Como sus trabajos publicados en Francia llamasen la atención de las sociedades sapientísimas, fue nombrado miembro del Congreso de Geografía de Nancy, y el Instituto de Francia le envió con el diploma de oficial de Academia las célebres y tan apetecidas *Palmas Académicas*, de que se enorgullecen entidades literarias de Europa.

Tejera publicó también la *Nueva Cosmogonía del Mundo*, obra por la cual mereció felicitaciones de los más célebres astrónomos europeos y que ha sido traducida gran parte de ella á diversos idiomas.

Dejó inéditos varios trabajos de grande aliento y de suma importancia para las letras y las ciencias: la *Historia de Miranda* ya mencionada; *Historia Antigua de Ve-*



OSPINO: COLUMNAS NATURALES EN EL PUNTO DENOMINADO «LOS FRAILES».—(Fotografía de los Señores Hermanos Avril)

nezuela; *Relación de un viaje á las regiones amazónicas*, ilustrada por él mismo; *Exploración al corazón humano* (obra fantástica y filosófica).

En cuanto á honores de su propia patria, sólo nos falta por apuntar que fue nombrado Ministro Plenipotenciario de Venezuela en el Congreso de Panamá.

Y ahora se nos ocurre preguntar si esos hombres que cumplen tan altos propósitos en una corta vida; que cada paso suyo se dirige al bien; que en las batallas del talento con la naturaleza arrancaron por doquiera una palma para ofrecerla á la Patria; que á fuerza de abnegación han vencido al egoísmo hasta colocar su nombre en el zodiaco de la inmortalidad, no son dignos de la veneración de los pueblos.

Creemos haber dicho al principio de esta desmañada biografía que la pluma se nos caía de las manos ante la figura de ciertos hombres que como el metéoro viven y mueren en una mañana, dejando radiante la atmósfera que recorrieran. Pues medítese un momento sobre la vida, pensamientos y servicios de Miguel Tejera, y se verá que no exageramos al calificar á este compatriota en el número de los hombres ilustres de Venezuela. Fue un verdadero civilizador cuya fecunda existencia cortó el destino como corta el arado la planta lozana en su primera florecencia.

Quizá y sin quizá la agitación permanente á que lo condenara su espíritu emprendedor, devoró la savia vital en aquel cuerpo, no creado ciertamente para las luchas en que el pensamiento y la naturaleza combaten á la vez. Quizá las inmortales luces que entreviera en lontananza enamorándole con sus atractivos, debilitaron los secretos resortes en que se funda el sér material y se dejó llevar sin protesta al fin de la jornada; quizá la Providencia juzgara que había cumplido gloriosamente su destino y le llamó á su seno sustrayéndole á este semillero de vicisitudes mil veces más amargas que la muerte.

En París consagrado al estudio y en el afán de corregir sus obras inéditas para darlas á la estampa, devolvió agradecido al Creador el generoso y valiente espíritu que había recibido de sus manos.

También la posteridad es inmortal y un día querrá pagar á Tejera sus nobles esfuerzos. Sean estas líneas dura piedra para la columna de su conmemoración.

LA VIDA PARIENSE

LA CABELLERA DE CLEOPATRA



EODORO, el viejo poeta desconocido, tenía la costumbre de detenerse cuando iba á la biblioteca, ante todas las vidrieras de la calle de Nuestro Señor.

Primero visitaba los escaparates del librero: veía los libros nuevos, se enternecía ante las ediciones raras, y hasta recogía idealmente el sitio en donde su poema, su gran poema sobre la belleza antigua, CLEOPATRA había de ser expuesto más tarde, cuando estuviese impreso..... ¿cuándo estaría impreso, su poema?... los editores modernos son puros mercaderes sin gusto y sin talento... Hachette no quería versos de nadie..... Quintín se había reído de su estilo..... los demás ni siquiera le habían recibido..... No importá... El seguía buscando y tenía esperanzas.

Luégo echaba una ojeada á los broncees expuestos en la tienda del anticuario, broncees en general sin mérito; inmenso montón de figurinas de principios del siglo, con grandes pretensiones de clasicismo; todas envueltas en peplios, todas calzadas con sandalia y todas brutales en la delicadeza falsa de sus proporciones. Sólo dos ó tres canéforas de Tanagrás, imitaciones también, pero artísticas, menudas, esbeltas, parecían agradables. Si hubiese tenido dinero las hubiera comprado todas, para ponerlas en su mesa de trabajo, alineadas en una teoría muda y evocadora... Ya las compraría más tarde, cuando el editor imprimiese su poema!

En seguida pasaba rápidamente en revista los muebles del ebanista, los diamantes del joyero, los retratos del fotógrafo y hasta las pelucas del barbero.

Por fin, á las doce en punto, apresuraba el paso y se dirigía hacia el gran salón de trabajo, en donde reunía los documentos necesarios para escribir su nuevo libro, la *Evolución Psicológica del Beso*.

.

Teodoro Silarios era lo que en francés se llama un *raté*; pero era un *raté* sin bilis y sin rencores.

Cuando por casualidad uno de sus antiguos camaradas conseguía hacerse célebre, el pobre autor de *Cleopatra* lejos de sentir las punzadas de la envidia, alegrábase y celebraba sinceramente el triunfo ajeno desde el fondo de su corazón.

Jamás una queja contra los hombres; jamás el menor desdeseo de obtener el puésto de un rival. ¿Que los otros conseguían tener éxito? Pues mejor que mejor. El también lo conseguía.

Los únicos que le inspiraban alguna antipatía eran los editores; mas aun para con ellos su alma era bondadosa y magnánima.

—Los editores de nuestra época—solía decir—no son peores que los de antaño; son diferentes. En otro tiempo el hombre consagrado á imprimir libros era un verdadero diletante que leía concienzudamente los manuscritos y que comprendía lo que leía. Hoy el editor es un mercader de éxitos que no lee, por nada del mundo, dos versos de un desconocido y que reduce su sacerdocio á pedir novelas y poemas á los que ya han hecho por lo menos un escándalo en la prensa. Yo no haré nunca escándalos; pero continuaré buscando con paciencia al librero que debe darme á conocer; le encontraré; le encontraré.....

Y sin perder nunca sus ilusiones, sin acobardarse y sin desesperar, seguía trabajando. Su gran poema, su *Cleopatra* le había costado diez años enteros de labor. Era un largo ditirrambo en tercetos, en el cual la reina de oriente aparecía en toda la gloria simbólica de su belleza, como una domadora de voluntades y como una imagen de la seducción. El poeta no había querido hablar únicamente de la querida de Marco Antonio, sino de toda la antigua belleza femenina; y para realizar su ideal alegórico, había atribuido á Cleopatra las gracias crueles de Salomé y la dulce majestad de la Venus griega. Fundidas en un sólo cuerpo de carne rubia, esas tres avasalladoras de corazones, habían producido un monstruo de belleza singular, lleno de hipocresías felinas, de majestad perezosa y de atractivo sanguinario.

—¡La trinidad del amor!—decía Teodoro Silarios.

En su *Evolución del Beso* la nota dominante era la sutileza histórica. Teodoro había estudiado todas las obras relativas al amor, desde los libros del antiguo testamento hasta las conferencias de Psicarís y las novelas de los hermanos Goncourt.

—En esas obras—decía á los pocos seres caritativos que consentían en oír sus discursos—he encontrado muchas contradicciones y muchos errores. Psicarís, por ejemplo, asegura que el beso en los labios, el beso en la

boca, es moderno, y que fue usado por primera vez en la escena de *Paolo y Francesca* de Dante Alighieri, poeta de la Edad Media, cuando en realidad es mucho más antiguo. El libro de Tobías, en los capítulos IX y X y el libro de Ruth en el versículo 14 del capítulo I, nos hablan ya del beso en la boca y en la barba como signo de amistad ó de amor. El primer beso es el que, según Job, envían los hombres á los astros, llevándose las manos á la boca y levantándolas en seguida hacia el firmamento: *si vidi solem aut lunam et osculatus sum manum meam ore meo*. En el Nuevo Testamento San Pablo recomienda á los fieles que se saluden por medio de un ósculo: *salutate invicem osculo sancto*, y establece la división cristiana de los besos, en beso del altar, de paz y de las manos; pero hoy el segundo de estos ósculos no existe ya en los rituales porque el papa Inocente III se vio obligado á suprimirlo á causa de los abusos del clero de su época. En oriente, según dice Nieburhi en la crónica de sus viajes, el beso más vulgar es el que se dá en las rodillas. En el siglo XV los hombres saludaban á las damas por medio de un beso en la boca, lo que hacía decir á Montaigne, el ilustre filósofo de los *Ensayos* que sus contemporáneas le parecían muy desgraciadas cuando el que las decía buenos días ó buenas tardes era viejo y feo. Luégo, este privilegio de besar bocas femeninas fue especial á los cardenales que tenían derecho á *saludar en los labios á la reina*. Juan Segundo, poeta latino que escribió en el siglo XVI con gracia petroniana y corrección digna de Horacio, divide la escala del amor humano en diez y nueve besos: el primero es el de la infancia, y el último el que una mujer y un hombre se dan después de haberse poseído. En el siglo XVIII, el beso llegó á no tener importancia ninguna y á ser un puro signo de coquetería; el único que vio en el una caricia sagrada, fue Voltaire. En cuanto á nuestra época, sería difícil aun saber la influencia del beso, por lo cual la parte histórica de mi libro terminará á principios de este siglo.

.

Fuera de sus trabajos literarios Teodoro se ocupaba en dar clases de latín en algunas escuelas de señoritas; y esas clases le producían lo justo necesario para que su familia no se muriese de hambre.

Porque el autor de *Cleopatra* tenía una familia, una mujer y dos hijos. Se había casado sin saber cómo, entre dos cantos de su poema, con una modista algo marchita cuyo perfil le pareció griego una mañana de primavera. Y durante diez años de vida conyugal, no había sido ni dichoso ni desgraciado. Lo único que á veces le parecía desagradable, era que su mitad le dijese:

—Cuando los chicos estén grandes les enseñaré á trabajar y los pondré en una casa de comercio.

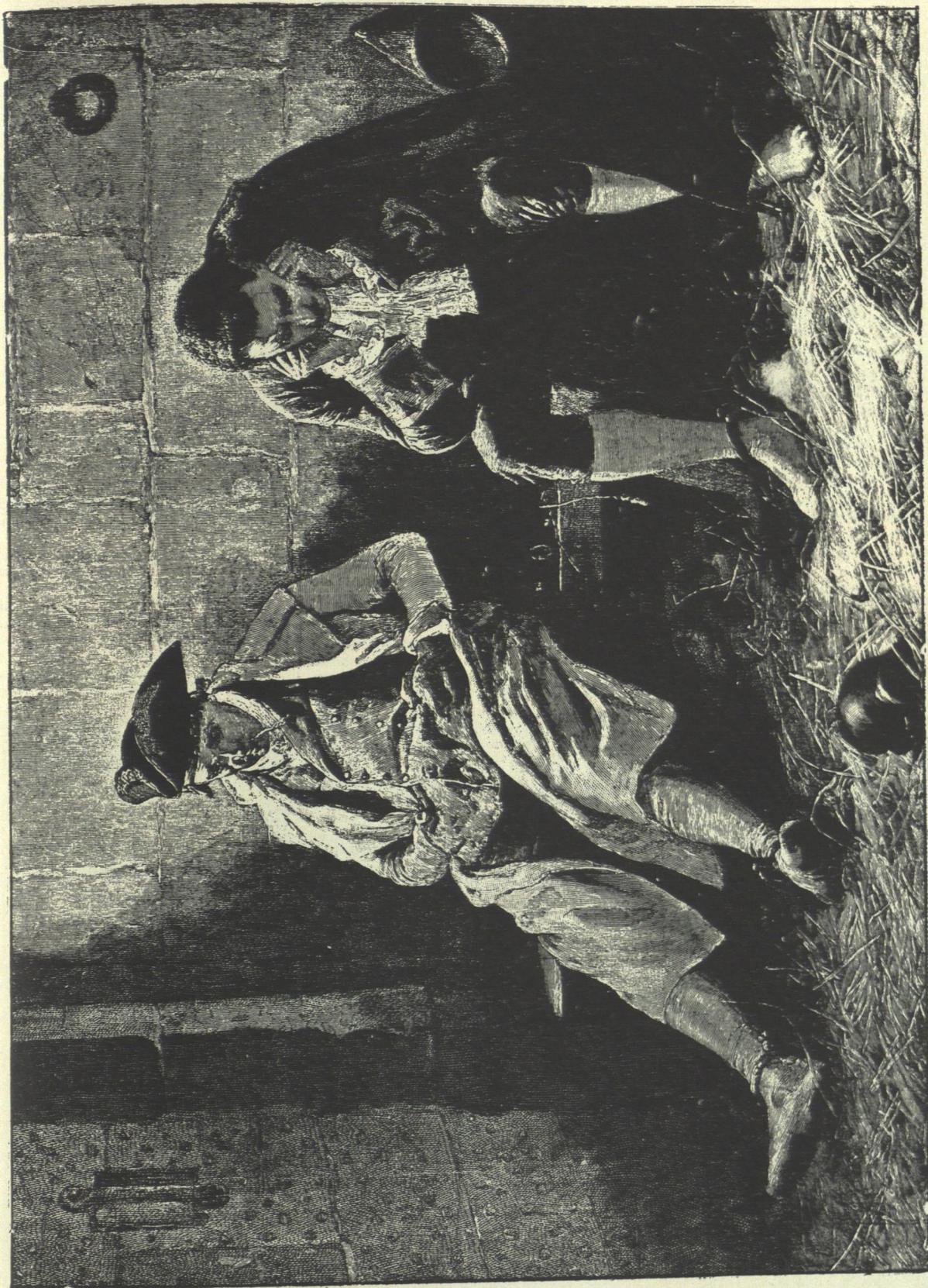
Pero en el fondo Teodoro estaba seguro de que sus herederos se consagrarían al latín y al griego, lo mismo que él; y esta seguridad le consolaba de la tontería de su mitad.

.

Cierta mañana, después de haber visto los incunables del librero y las figurinas del anticuario, una peluca le llamó la atención en el escaparate del barbero; era una cabellera de mujer, rubia, rubia obscura, rubia veneciana, enorme, sedefina, espléndida.

Durante media hora sus ojos no se cansaron de admirar esa cabellera sin cabeza que tenía para él algo de enigmático, y que le hacía pensar vagamente en Salomé, en la decapitación de San Juan y en Cleopatra; ¡su Cleopatra.

Al otro día casi no vio las curiosidades de las demás vidrieras para poder emplear toda su hora de ocio en la contemplación casi religiosa de la peluca.



QUIEN MAL ANDA..... (Cuadro de F. Dadd);

Y durante varias semanas, el escaparate del barbero fue para él un santuario y un lugar de peregrinación. La gran cabellera inmóvil le atraía, le subyugaba, le obsesionaba.

¿Cómo había podido llegar hasta allí á través de tantos siglos? Porque esa era, no cabía duda de que esa era la melena de Cleopatra, la dulce melena en la cual había reflejos metálicos de armas, vibraciones de amor orgulloso é insaciable, dulzura de esclava de Oriente, toda la gracia en fin, todo el perfume y toda la perversidad de la antigua reina!... Marco Antonio la había acariciado y sus dedos quemadores de amante y de guerrero se habían hundido entre esas hebras de luz del desierto, salvajes y cortesanías!... ¡Oh la divina cabellera! reliquia de amor eterno, fragmento de vida pasada, trofeo de belleza muerta!

**

Con objeto de saber á punto fijo como había sido la melena de la gran seductora egipcia, Teodoro hizo nuevos estudios: leyó todas las comedias latinas, inglesas y francesas citadas por Stafer en su bibliografía literaria de Cleopatra;—leyó las obras de Plutarco, las de Belliard, las de Marmontel, las de Montieux, las de Soumet, etc. Y aunque en ninguno de esos libros encontró un indicio exacto sobre la cabellera de la reina, siguió creyendo que esa que él veía todas las mañanas en el escaparate del barbero, era la verdadera melena cuyo perfume había enloquecido á César y á Marco Antonio.

**

Una tarde Teodoro encontró á uno de esos antiguos amigos suyos que habían llegado á la notoriedad sin saber ni griego ni latín.

—¿Qué haces?

—Siempre lo mismo; y tú?

—Yo también; siempre lo mismo, siempre trabajando en la prensa. Ahora justamente acabo de ser nombrado director de la *Estrella del Siglo*, una revista que paga, chico! Traéme un artículo, ó una crónica.

El autor de *Cleopatra* no escribía ni crónicas ni artículos.

—¿Quiéres un poema?

—No; nada de versos; los versos no se pagan; ¿quién lee versos en este mundo?

—Entonces un estudio psicológico é histórico sobre el beso; no es largo, cuatro números; ¿Te parece?

—Ya lo creo que me parece; sólo que cuatro números, casi un folletín... ¿cuánto quieres por tu historia?

—Lo que me des; cualquier cosa; ya tú sabes que yo no puedo ser exigente.

—¿Cuarenta duros?

—Sí; lo que gustes.

—Pues está hecho el trato: cuarenta duros y ven el martes próximo, dentro de ocho días. Adiós.

—Adiós.

Era la primera vez que una obra suya iba á ser impresa; oh triunfo! y sin embargo el poeta no parecía muy entusiasmado. Si hubiera sido la otra, la de *Cleopatra*, su gozo no habría cabido en un pozo; pero la *Evolución*, un estudio de pura sutileza histórica, casi no valía la pena en verdad!

**

Al volver á su casa examinó el manuscrito de la *Evolución psicológica del Beso*; el libro estaba casi concluido; apenas le faltaban los títulos de los capítulos; el índice y la versión de las citas griegas y latinas. Una semana de labor y todo estaría listo.

Preparó, pues, sus grandes folios de consulta; se puso los anteojos; comenzó á trabajar. Y para estar más seguro de no faltar á su palabra, decidióse á no ir á la escuela en donde era profesor, hasta después de haber entregado su manuscrito.

Durante esa semana, el pan no fue muy abundante en su mesa. Pero ¿qué demonio!

ocho días pasan pronto! y todos, en la boquilla del poeta, consolaban sus apetitos pensando en que el martes no tardaría en llegar y que con el martes llegarían los cuarenta duros, y con los cuarenta duros el festín sin término.

El martes llegó al cabo. Teodoro entregó su original y cobró la suma convenida. ¡Cuarenta duros!

**

¿Por qué al salir de la redacción de la *Estrella del Siglo* Teodoro parecía descontento? ¿Le habían recibido mal? ¿Le habían suplido que cambiase algunas de sus conclusiones filosóficas para no chocar á los lectores? No. La tristeza del poeta no tenía ninguna causa definida y más que tristeza era un malestar lejano, una preocupación incomprensible, una sed misteriosa de poesía y de pasión.

Para calmarse hubiera querido andar mucho, mucho; fatigarse físicamente; ir hasta el bosque de Bolonia y regresar á pie. Pero era imposible porque su mujer y sus dos hijos esperaban los cuarenta duros para almorzar... y ya las tres de la tarde habían sonado en todos los relojes.

Por la primera vez de su vida el autor de *Cleopatra* sintió que el fardo de la familia le pesaba demasiado y que la tiranía de la vida material era la más terrible de las tiranías.

—En la Edad Media—pensó—las condiciones de la existencia fueron menos vulgares. ¿Quién hubiera podido nacer en la Edad Media, en tiempo de Petrarca!... ó en la antigüedad, en Roma, en Bizancio, en Egipto... En Egipto, sobre todo, en la época divina en que la galera de la reina costeara las playas al vuelo de sus inmensas velas de púrpura!... Oh! la reina!... Y pensar que Pascal pudo hablar de su perfil de diosa sin entusiasmo de artista, considerándolo únicamente como instrumento político...

...Discurriendo así llegó á la calle de Nuestro Señor y se fué derecho al escaparate del peluquero. La melena no había cambiado de sitio. Allí estaba, como antes, más bella aún, más rubia, más provocante que nunca, con sus reflejos de bronce obscuro, brillando bajo el sol...

El poeta la contempló amorosamente, durante diez minutos. Luégo pensó en comprarla para poderla acariciar á todas horas y no sólo con la mirada sino también con las manos, lo mismo de César y Marco Antonio... ¿Cuánto podía valer?... ¡Tres, cuatro, cinco duros! Quizás diez... Pero ¿que significaban diez duros para un hombre que tenía cuarenta?... Y era tan bella... la cabellera de Cleopatra!...

Entró en la tienda y preguntó el precio.

—Cuarenta duros, señor; es una peluca natural...

¿Cuarenta duros! ¡Toda su fortuna! No; no podía comprarla, no debía comprarla; no tenía derecho á disponer de todo su dinero para pagar una locura, mientras sus hijos ayunaban.

El barbero continuó:

—...Una peluca natural, una cabellera auténtica; lo más fino que puede encontrarse... tóquela usted, parece de seda...

El poeta la tocó piadosamente. Un estremecimiento diabólico sacudió todo su cuerpo. Pero no podía, no podía, no podía... su familia!... el almuerzo!... La cena!... ¡Imposible!...

—Se la pondré á usted en una caja—prosiguió el peluquero—aquí está... tome usted.

—Imposible—murmuró el poeta—imposible! imposible!... Nó; nó, nó, nó!

Y al mismo tiempo, sin saber lo que hacía, automáticamente, sacó del bolsillo los dos billetes de cien francos que acababa de recibir y los puso en el mostrador del peluquero.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

París—1896.

CRONICA CIENTIFICA

Carta abierta: El último libro del Dr. José Gil Fortoul —Paludismo y amarillismo—El medio físico—Algo más sobre herencia.



No extrañe usted el modo tan á secas de comenzar esta carta, que me tomo la

libertad de dirigirle desde las columnas de esta publicación quincenal, la más importante y noble de Venezuela; porque aun cuando por sus

obras, síntesis de sus ideas y modo de ser intelectual y moral, puedo decir que tengo el honor de conocerle, temo no obstante pasar ante usted ó por demasiado meloso, si á seguir fuera las inclinaciones que su personalidad me inspira, ó por excesivamente ceremonioso, si me ajustara á la forma epistolar acostumbrada en casos como el presente.

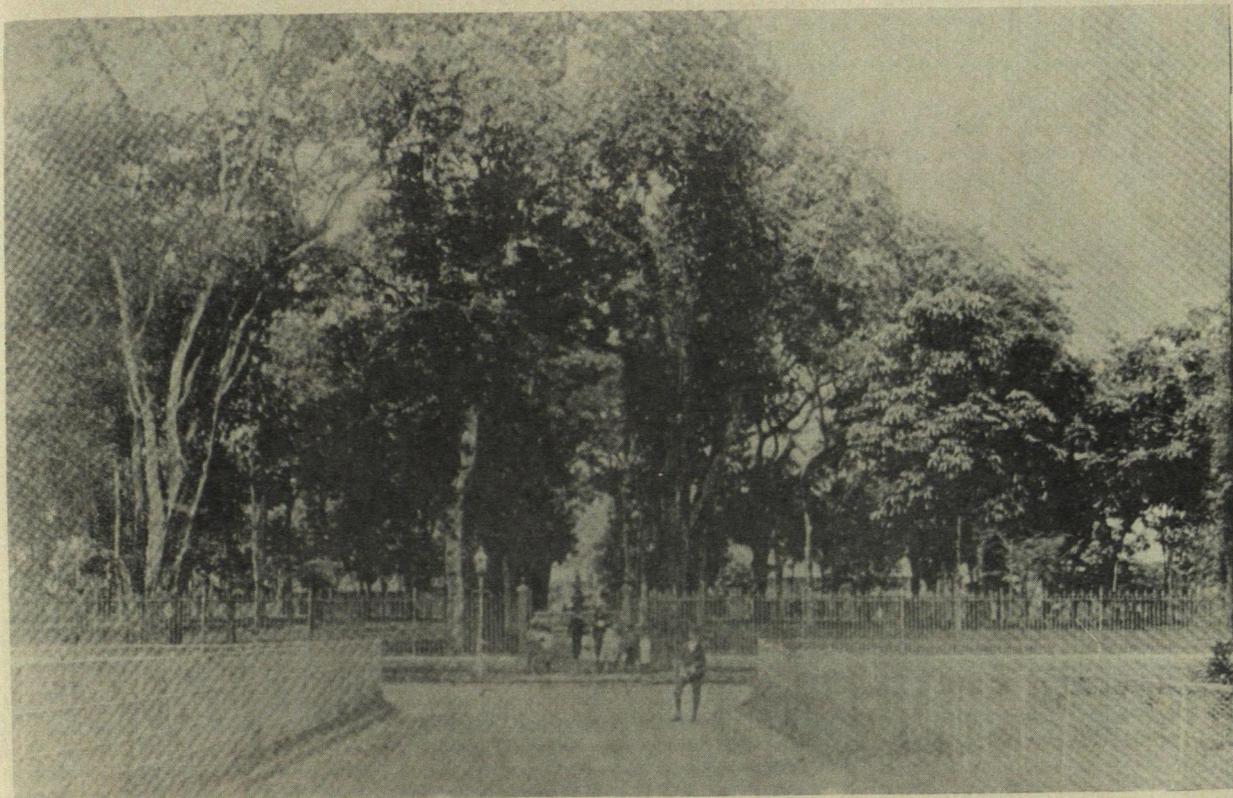
He leído su libro, "Ensayos sobre sociología Venezolana," que me parece obra de esfuerzo é indiscutible mérito.

Está tan bien inspirado en el espíritu del siglo; ha bebido usted y á tan sabrosos sorbos, en la fuente de la actual corriente científica que, apartando ese lirismo de exaltada apreciación que nos sugiere la lectura y saboreo de una obra nueva y sincera que, como la suya, representa cierta cantidad de esfuerzo felizmente realizado para la patria; al ver que hace usted en ella incursiones sagaces por el vasto campo del proceso evolutivo que ha determinado nuestro modo de ser político y social; al sentir la sinceridad, buena fe y poco ambaje de sus apreciaciones en los espinosos puntos á que su obra, en lo relativo á razas y política, se refiere; al beber en sus páginas ese necesario consuelo que usted nos ofrece en lo tocante al porvenir de nuestras nacionalidades, tristemente juzgadas como incapaces para adquirir cierto grado de civilización, no he parado mientes, aun pasando por intruso, en comunicarle mis Impresiones que, si quiero vayan despojadas de toda pretensión á juicio crítico, deseo que lleven, como heraldo justiciero, el más sincero de los aplausos y la más cordial felicitación.

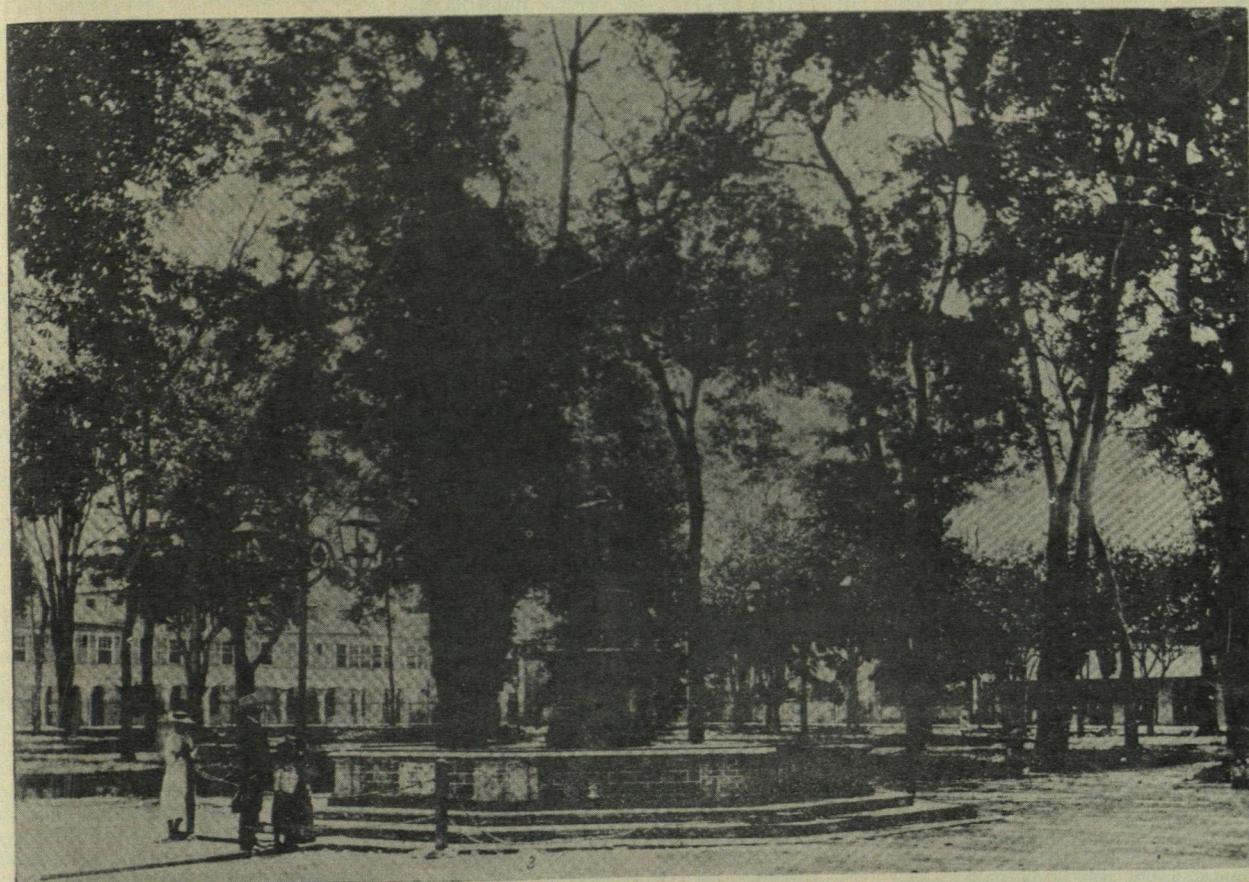
Usted ha penetrado, con cierta plausible audacia, en el proceso de nuestra historia contemporánea; tarea harto difícil cuando el historiador quiere unirse á sus juicios con el severo fallo de una imparcialidad, tan completa como sea posible, ya que ella entre los humanos no puede ser absoluta, como no lo es el vacío bajo la redoma de la máquina neumática.

Y la digo difícil, si no imposible, por cuanto puede decirse que somos cuasi actores de estas escenas de ayer, ó por lo menos depositarios ó ecos de una tradición reciente y fresca de nuestros inmediatos antepasados militantes, que naturalmente podrían desviar nuestro criterio; máxime si ponemos á justa contribución lo sugestivo del asunto y el elemento hereditario ó atavístico como usted quiera llamarlo.

La historia, que no puede someterse á leyes fijas ni estatuidas, por cuanto el ele-



PLAZA BRUNSWICK. — (Trinidad — Puerto España). — (Fotografía del señor M. I. Aristeguieta)



PLAZA BRUNSWICK. — (Puerto España — Trinidad). — (Fotografía del señor M. I. Aristeguieta)

mento individual no ocupa el primer puesto, por la variedad de los que determinan su estructura, necesita lejanía de horizontes, frialdad de inviernos y reposo de esfinge para consagrar sus juicios en los altares de la verdad.

Apreciación que no puede amenguar, en lo más mínimo, el indiscutible mérito de su notable estudio, por la índole que lo caracteriza ó determina y la intención progresista que lo inspira.

Dice usted muy bien en el último párrafo de la explícita introducción á su obra, siguiendo á Spencer, que considera como un deber la propagación de toda idea ó teoría que considere verdadera ó importante.

Y cuando la propagación de esas ideas, agregamos nosotros, tiene por cimientos la nutrida inteligencia de usted y el caudal de conocimientos que á su servicio pone, reconocemos y alabamos la franca sinceridad de su especulación científica, nos alegramos de su valentía y nos preparamos de antemano al aplauso.

En la textura y programa de su obra pone usted á contribución todos los elementos que, mediata ó inmediatamente, se relacionan con la tendencia de ella. Y así comienza usted elevándose á los primitivos orígenes de nuestra nacionalidad; trayendo á primera contribución el elemento étnico en toda su complejidad; invocando el factor de la raza en el producto actual de nuestra historia, y pidiendo al medio físico la inmensa serie de influencias que contribuyen á impulsar la evolución humana bajo las dos maneras de verificarse que usted asienta: inconsciente—ó vegetativa, agregamos nosotros—é intelectual ó consciente.

En ese capítulo, el segundo de su obra, que consideramos el más nutrido de verdad y como la clave del arco que forma la bóveda de su laborioso estudio, somete usted á juicio y consideración científica las diversas influencias, productos naturales que, como el clima y las enfermedades que en él se originan, merecen detenido examen.

Hasta aquí la parte científica de su obra; de allí en adelante entra usted de lleno en elucubraciones político-sociales insosmetibles á regimen científico riguroso, ya que ellas encarnan el eterno y conturbador problema cuya solución persigue aún la humanidad, tendiendo á aquella perfecta igualdad, todavía por desgracia tan problemática.

En aquel su interesante capítulo del *medio físico*, en el que, más ó menos directamente, trata usted los agentes climatéricos y mórbidos que pudieran ser dique ó valladar á la fuente más rica de nuestro progreso, la corriente inmigradora, estudia usted los agentes patógenos cuyo dominio entre nosotros es más extenso y letal: *paludismo* y *amarillismo*; y entre las documentaciones que aquilatan su obra brillan las comunicaciones de los Dres. Santos A. Domínci y E. Ochoa, inducidas á esclarecer el dudoso y discutido punto de inmunidad de razas para aquellas dos enfermedades.

El radio de acción del paludismo entre nosotros es más extenso y merece más especial consideración que el amarillismo; porque el primero, obrando bajo nuestro clima de una manera *endémica* y constante, llega á producir á la larga, en virtud de su acción lenta y prolongada en el paciente, no sólo estragos fisiológicos profundos, sino que hasta imprime una fisonomía intelectual y moral característica á quien sufre sus ataques: la voluntad llega á perder su dominio y energía; una indolencia morbosa agota las fuentes del esfuerzo individual; la pereza intelectual y la indiferencia más absoluta á todo aquello que exija cierta cantidad de esfuerzo material ó mental amengua el impulso de las energías humanas; y cuando el ánimo, impresionable por la neurosis en que se resuelve un sistema nervioso nutrido con

sangre miserable, sufre una sacudida ó una excitación, se produce en hipérbole y en exaltados juicios, *rayanas en delirio*, para caer en seguida en una postración superior y contraria á la reacción.

El amarillismo, en tanto, verificándose generalmente entre nosotros por epidemias—excepto el foco endémico del área del lago de Maracaibo—no obra de un modo permanente, sino á intervalos; y si arrastra víctimas sin cuento en la agudeza é intensidad de sus ataques, no deja al organismo en aquellas deplorables condiciones, tan inertes á todo impulso civilizador.

Y dada la índole de su obra y el objetivo á que hace concurrir estos dos factores mórbidos, es que me permito extenderme en estas humildes apreciaciones.

Creemos, con el Dr. E. Ochoa, que no existió inmunidad de la raza negra para contraer el paludismo; y nos adherimos igualmente á la opinión del Dr. Santos A. Domínci que cree que sí existe dicha inmunidad en la raza negra para el virus amarillito.

En efecto es incontrovertible el argumento del Dr. Domínci expuesto en los términos siguientes: "La influencia de la raza sobre la mayor ó menor susceptibilidad al virus amarillo no puede negarse. Algunos opinan que la inmunidad de que goza la raza negra no es una cualidad inherente á ella, sino que depende de su más fácil adaptación al clima y á las causas ocasionales. Mas, ¿podrá aceptarse que la raza importada se aclimate mejor que la indígena? Y aun cuando la enfermedad fuera también importada con ella, como han creído otros sin fundamento alguno, resalta siempre el hecho, en todas partes comprobado, de la resistencia especial de los negros á la fiebre amarilla, que no se explica sino por la *inmunidad natural de la raza*." (*)

Citar las diversas opiniones de uno ó varios médicos, más ó menos contradictorias, sería no arrojar ninguna luz en el punto en discusión. Por tanto nos tomamos la libertad de traer á servicio del asunto nuestras humildes observaciones prácticas.

En nuestro ejercicio profesional en la ciudad de Valencia, (Venezuela), tuvimos ocasión de comprobar esta inmunidad, aunque en reducido número de casos, en la epidemia que allí estalló el año 1894.

Esta epidemia si fue corta en duración, no lo fue en intensidad, por la virulencia del germen y sus estragos.

La filiación étnica de los 23 casos que tratamos fue la siguiente: 14 italianos, 10 domiñados hacía tiempo en la localidad y 4 recién llegados, napolitanos; 8 canarios aclimatados ya en el país, y solamente 1 caso recaído en un mestizo de cauaría y negro.

A primera vista se palpa, aun en tan reducido número de observaciones, lo excepcional del amarillismo en la raza negra, pues en tan pequeña estadística ningún caso recayó en *specimen* de raza negra.

En las comunicaciones que dirige á usted el muy ilustrado maestro Dr. Dagnino se asienta, que ni los indios goajiros ni los mestizos escapan al contagio amarillito; y que si los negros gozan de cierta relativa inmunidad es por la adaptación de su organismo á localidades endémicas de la enfermedad. A la sólida argumentación del Dr. Domínci contra este aserto, nos permitimos agregar: ¿y aquella misma consideración no podría hacerse respecto á los indios y mestizos que, á pesar de nacer y vivir en aquellos focos de endemicidad amarilla, contraen no obstante la enfermedad?.....

Creemos por tanto con el Dr. Domínci en la *inmunidad natural de la raza*; sin dejar por ello de tributar el debido respeto á la

(*) Comunicació especial del Dr. S. A. Domínci al Dr. José Gil Fortoul.

reconocida superioridad científica de los profesores que afirman lo contrario.

La sustitución del indio por el negro, hecha por los dominadores españoles en América, á raíz de la destrucción ó sometimiento del elemento indígena, atribuyéndole con razón al negro una mayor facilidad de adaptación á los rigores, enfermedades y forzados trabajos inherentes á aquel clima y á aquella vida, es un dato que viene en apoyo de la inmunidad del negro para el virus xantogénico; pues que la fiebre amarilla, ha tenido siempre por reinado las mismas comarcas de hoy, y la raza negra, lejos de extinguirse con aquellos rigores, encontró terreno apropiado y favorable para su generación y propagación.

La importancia de un elemento morboso; ya como entidad científica, ó ya como dato ilustrativo de estudios de otro orden, depende ante todo de su coeficiente de mortalidad; y circunscribiendo esta apreciación al paludismo y al amarillismo, no sería aventurado decir, que el coeficiente de mortalidad del paludismo es entre nosotros mucho mayor que el del amarillismo.

Y aunque no disponemos de los datos estadísticos necesarios para formular una deducción científica severa, podemos sin embargo traer en abono de nuestra aserción los dos factores que dan al paludismo aquella triste supremacía: su endemicidad y su radio de acción, tan extenso, que no limita sus estragos á la especie humana, si que también menoscaba y empobrece la fuente de nuestra riqueza pecuaria, cebándose hasta en los animales, bajo la forma de *derrenquera*; afección que no sería aventurado asimilar al *beri-beri* en el hombre, que es de origen netamente malárico.

El amarillismo, en tanto, no tiene, como ya hemos dicho, entre nosotros dominio tan vasto, ni imprime huellas tan profundas en la economía animal.

Otro de los elementos que somete usted á riguroso análisis en su importante ensayo sociológico es la ley de la herencia; si bien en el estudio de este dato más considera y se atiende usted á la herencia psíquica, del dominio de las ciencias sociales, que á la material, del dominio de las biológicas.

La herencia individual es, como dice usted muy bien, indiscutible; pero la hipótesis de Darwin, que usted cita para explicar ó ilustrar la razón "del progreso cada vez más rápido de la civilización en el mismo grupo de pueblos—los europeos,—y según la cual se heredan no sólo los caracteres congénitos, sino también los adquiridos; verificándose esta herencia adquirida, primero en forma de tendencia vaga é indefinida á la realización y cumplimiento de una ó varias acciones de cualquiera índole, y que de generación en generación va definiéndose hasta alcanzar al fin la energía de un impulso inconsciente.

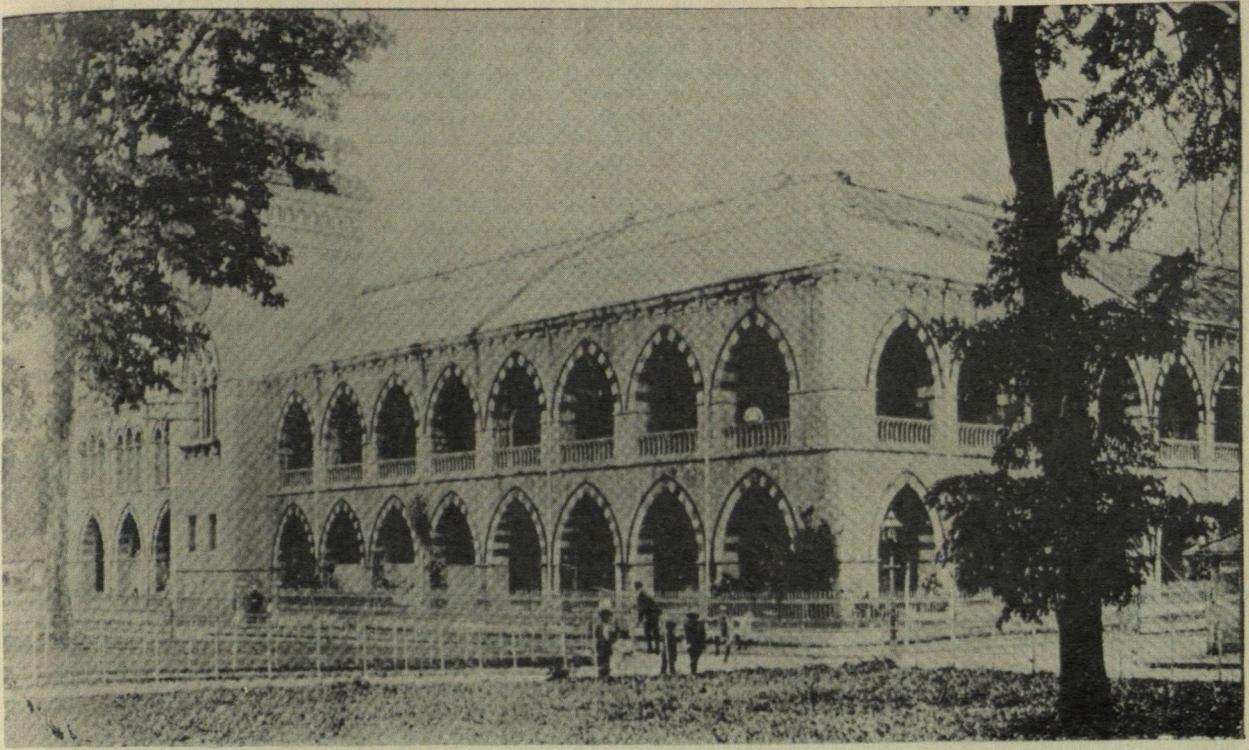
Esta doble clasificación de un mismo é idéntico proceso, penetrándolo bien, ¿no le parece á usted inaceptable?.....

Porque la herencia de los hábitos ó impulsos adquiridos no son sino las diversas etapas por las que pasa el proceso hereditario para ser congénita la herencia.

Lo que en el hijo fue vaga tendencia de una costumbre adquirida por el padre, se manifiesta en el nieto con carácter más definido, radical y ya congénito; perdiendo entonces la herencia, en virtud de dos procesos similares, su carácter de adquirida para hacerse congénita.

La vaga reminiscencia en el hijo de una tendencia, supongamos adquirida, del padre no es sino congénita y trasmitada; porque la palabra herencia envuelve tácitamente la idea de congenidad.

Ahora bien, si el medio ambiente, físico ó social en que se desenvuelve el descen-



TRIBUNALES Y ESTACIÓN DE POLICÍA.— Puerto España—Trinidad

EN EL TALLER DE CHECA

Entre las variadas y nobles sensaciones que experimenta el viajador es sin duda alguna la que dedicamos á la amistad, á los buenos amigos que hubimos de dejar en las diferentes ciudades recorridas, y que jamás olvidamos sean cuales fueren los parajes adonde nos lleve el inconstante destino; así, luego de tocar á la puerta de los hoteles ó luego de estrechar contra el corazón á los pedazos del alma, y refrescarnos de las fatigas del buque ó de las penosas y largas horas del camino de hierro, tomamos las calles en solicitud de la cariñosa mano del amigo, para relatarlos las peripecias de la vida durante los días de ausencia, comunicarnos los reveses, los triunfos alcanzados, las esperanzas del mañana, los nuevos estudios, los acontecimientos ocurridos en el país, los santos amores, como crecen y se desarrollan los hijitos adorados, sus gracias y encantos, y recordar la sombra de la fronda y el jardín florido que guarda entre el follaje el secreto de instantes felices.

Cierto. Al llegar por tercera vez á este París encantador, donde se levanta el templo que consagrara mis nupcias, donde todo es bello y es artístico, donde el alma se abre á los deleites de la fantasía como abren las flores tropicales sus pétalos para perfumar la onda de la brisa destinada á morir en el espacio infinito del éter; hemos dedicado momentos dejados libres en las ocupaciones del oficio, y á donar á la casa de los amigos. Algunos se han marchado á países lejanos, otros caídos al golpe de la segadora implacable no los volveremos á ver, y los demás aquí están en la brecha de la vida, lleno el pecho de esperanzas, bellas, pues jamás la juventud se desalienta por más duras que sean las caídas en la agria cuesta que subimos; aquí piedras enormes, altos precipicios sin cuento, el huracán da por tierra con los olmos gigantes... nosotros continuamos, firme el brazo, á ganar la altura.

*

Encontramos al artista y amigo Checa dando las últimas pinceladas á un retrato de cuerpo entero del Presidente de la República del Salvador. Es un coqueto taller: por doquiera estudios hechos ya durante sus viajes por

Italia, Suiza y Holanda, ó bien en las escurridas veraniegas en España y Francia, y otros que sirvieron para los aplaudidos cuadros que le han valido el laurel de artista eximio; ora cuelgan telas chinas atadas con lazos de cintas, como distribuidas aquí y allá vemos armas antiguas, bronce y mármoles de preciado mérito, nos recibió con la proverbial gentileza castellana. Después de charlar sobre asuntos varios y prender un cigarrillo, le preguntamos:

—Qué opina usted sobre el arte hispanoamericano?

—Mi convicción es que conservándose como se conservan caracteres esencialmente españoles en todos los ramos del saber, como en el comercio, industrias, política, y en el carácter de la raza, también habemos de observarlos en el arte. Si bien el número de artistas que cuenta la América española es en sí reducido no debe atribuírse á que las aptitudes de sus hijos sean inferiores á los de la América inglesa, sino á que no se ha fomentado este ramo del saber cual se hace en los Estados Unidos, en donde las Escuelas de Bellas Artes, museos y profesores particulares han llamado la atención del pueblo hacia ese placer de lo bello; que existe desde los tiempos primitivos. La inclinación al arte viene desenvolviéndose ha tiempo entre ustedes. Los magníficos edificios públicos y particulares, como los monumentos conmemorativos en plazas y paseos hasta las colecciones de antigüedades del país, de cuadros y de estatuas, como el fomento de los Museos nacionales dan testimonio de amor á las bellas artes, y que si no encontramos más artistas es sin duda alguna, como acabo de decirlo, á la falta de escuelas y academias donde la juventud pueda estudiar, ó si las hay no están suficientemente organizadas para el estudio completo de la pintura, de la escultura, de la arquitectura y del grabado.

—Conoce usted á nuestro Michelena?

—Ya lo creo que le conozco. Es de lo más notable entre los artistas hispano-americanos, y su nombre ha resonado con celebridad en el mundo entero; no hay pintor en ningún lugar que no le conozca. Después de Michelena está Hernández, del Perú; en la escultura sobresale Rosillo, de Lima; y en la música Gaspar Villate, de La Habana.—Todos

diente ha variado, las tendencias similares de lo hereditario, habrán de sentir forzosamente la influencia de la variedad.

Y así lo comprende y explica usted muy bien cuando dice: "cada nueva generación se encuentra con una acumulación mayor de conocimientos en su medio social y mayor propensión á asimilarse la civilización ambiente," acumulación y propensión que necesariamente amenguan, debilitan ó borran las manifestaciones hereditarias, si es que creemos en la tendencia progresista y perfecta de la humanidad.

Y es tan palpable y manifiesta la influencia del medio físico, que no sólo imprime un sello especial en el carácter de sus moradores, sino que necesariamente desvía las influencias hereditarias cuando se trata de una adaptación á un clima dado.

El capítulo final de su libro, "Previsiones y Conjeturas," es la síntesis de su hermosa obra.

Allí toca y lastima usted la úlcera atónica de nuestro estado social, económico y político, y nos señala los remedios, dando al factor inmigrante la fuerza motriz eficiente de nuestro engrandecimiento y adelanto.

Nos habla usted de un necesario cielo de revoluciones, no políticas, sectarias y banderizas, que hacen retroceder cada año nuestro incipiente progreso; sino de revoluciones fecundas de un orden más elevado; de aquellas que vinculan en su seno nuestro futuro progreso; poblando nuestro inmenso territorio; talando nuestros bosques é inútiles selvas; canalizando nuestros torrentosos ríos, para dar arterias á nuestro comercio empobrecido por las exigencias de frecuentes é infeundadas guerras; dando mano generosa á nuestra madre agricultura, y soplando el oxígeno de la industria en los débiles pulmones de nuestro organismo social.

Obras como la suya, inspiradas en un patriotismo bien entendido, no el de la epopeya y el ditirrambo, son dignos ejemplares de una generación que vincula en sus esfuerzos el engrandecimiento de la Patria.

ELÍAS TORO.

Caracas: noviembre de 1896.

ellos han producido obras tales que han llamado la atención en estos últimos tiempos, más en Europa donde es tan difícil llamar la atención en medio de tanta notabilidad verdadera, y su educación artística fue aquí en París donde la recibieron. Michelena, que es de quien me habla usted es, sin duda, uno de los que han tenido la palma más alta y más segura. Ignoro sus primeros estudios artísticos; lo conocí aquí hecho ya un artístón discípulo del gran J. P. Laurens; desde un principio llamó la atención de los maestros en el *Salón de los Campos Eliseos*, donde sólo el ser aceptado es un triunfo, y más para el extranjero. *El niño enfermo*, *El Diputado*, *La joven madre*, *La vara rota*, *Las Amazonas*, así como sus ilustraciones, están consideradas como de lo primero entre los que saben. En 1887 obtuvo la segunda medalla y en la Exposición de 1889, una medalla de oro, hoy está declarado por el jurado *fuera de concurso* (Hors Concours.) Premios ganados en el rudo trabajar, y merecidos como pocos.

—Me llena usted el corazón de orgullo patrio con tales declaraciones, mi amigo. Precisamente tengo en la mano un número de EL COJO ILUSTRADO, donde está el fotograbado del último cuadro del artista: MIRANDA EN LA CARRACA. Voy á obsequiárselo.

Abriólo con impaciencia y detúvose largo rato en su estudio.

—Esto es magnífico! Veo que Michelena conserva la fibra de grande artista que le conocí; sólo por el fotograbado se aprecia la profunda expresión del asunto, la corrección envidiable de las líneas y la fuerza del color con que está pintado. Por mi órgano mándele un apretón de manos muy sincero. EL COJO ILUSTRADO hace honor á Venezuela, y es digno del país más exigente; los fotograbados que veo en este número están á la altura del día. Yo espero y deseo que el homenaje que hace hoy á Michelena, publicando su último cuadro, redunde en beneficio del autor y del periódico, que ha tenido la feliz idea de ofrecer al arte la obra de uno de los más descollantes hijos de Venezuela y de América. La dirección de este quincenario presta un gran servicio al arte universal ofreciendo vistas de cuadros de vida nacional y paisajes regionales, que nosotros no podemos ir á buscar á todas partes, y que nos son de un grande interés para las combinaciones y desenvolvimiento muchas veces de nuestros trabajos.

—Cómo considera usted el arte en la actualidad?

—Pues en lo que digo de Michelena, está expresada mi manera de considerar el arte. Yo creo que en la actual época, en que se hace tanto arte en todas sus manifestaciones, la pintura está en una decadencia horrible, y gracias á algunos de los que no se dejan dominar por las escuelas convencionales que son las llamadas impresionistas, puntillistas, efectistas, idealistas y tantas otras, no nos desviaremos del verdadero camino del arte que es el de la pintura seria ó la gran pintura con sus cuadros históricos ó modernos, y cronológicos ó ideales, retratos ó cuadros de género, pero siempre según las reglas necesarias del arte cuyos estudios son el dibujo, color, composición, y con ayuda de la perspectiva, anatomía y estética. Condiciones que muchos de los que se llaman artistas no tienen, ó bien porque es difícil de estudiar ó porque para hacer mamarrachos nada de eso es necesario. Al decir esto no quiero decir que se respeten de tal modo las antiguas doctrinas que no se pueda trabajar con independencia, al contrario la independencia moderna ó el gusto es tal que no pareciéndose en nada á la época del renacimiento es exactamente igual en cuanto á su desarrollo; la pintura histórica con el realismo moderno; la pintura decorativa ó ornamental con los motivos del natural; la escultura policroma y el paisaje—arte del siglo XIX—son cosas que

en manos de un artista de genio y con la educación necesaria para el arte, están hoy á una grande altura. Pero esto es lo que podríamos llamar el grano, y desgraciadamente es la paja lo que abunda; y por paja entiendo todo lo que, debido al favor de un jefe cualquiera, de un profesor interesado, ó de un éxito ignorante y estúpido, nos quieren hacer traer mujeres ó hombres con la cara verde ó amarilla, paisajes azules y cielos verdes y todo ello sin la más pequeña noción de la corrección de la forma y demás condiciones necesarias que debe reunir toda obra de arte.

Tarde ya cerramos la mano del artista y nos marchamos á llevar al papel las notas escritas.

París: 1896.

CARLOS A. VILLANUEVA.

EL GENIO DE LIA

“Conque, Moisés,” dijo la señora de Gómez, de la tienda “*La Amatista*” de la calle X, “con una ganancia como la de estas pascuas, bien podríamos celebrar la jaranita aquella.....?”

Pero más amostazado que su tocayo el profeta de Israel á la vista del becerro de oro, el Moisés gruñó más bien que habló:

“Bah! déjame en paz con tu baile!”

Y tendiéndose el viejo á la bartola, á descansar del tráfago del día, empezó muy luego á roncar. No conviniendo á la valiente Sara desaprovechar ocasión tan propicia á sus planes, pellizcó con cariñosa energía el brazo de su cara nitada.

—“Ay! Ay! Crees que eso sabe á caramelo, bruja? —No he querido lastimarte, mi viejo; pero, oye, es preciso que liquidemos de una vez el asunto del baile. Ya sabes que á Lia le urge que el tío Jonás le dé su consentimiento á Manuel; y sería mucho rigor que nuestra pobre hija perdiese tan buen partido por tí.....es decir, por tu exagerada prudencia.... ¿No adviertes que el baile nos dará cierta importancia, como si dijéramos, fisonomía social en el vecindario, y probará al señor Don Jonás que no somos gente así, de poco más ó menos?”

—No me aburras, mujer,—¿Como ha de querer nunca Jonás á Lia para nuera?”

—Y puede usted decirme por qué, muy señor mío?”

—Pues, si señora, porque cuando uno va á dejar á su hijo cuatrocientos mil bolívares—y esto lo pronunciaba con cierto enfático dejo—no puede querer que éste se case con una pobreta de cien mil lochas cuando más. Se necesita toda la ceguedad de una madre para no comprender.....Por mi parte, comprendo, sí, muy bien comprendo.....

—Lo que no impide que Manuel haya dicho á la chica, nada menos que ayer, que si su padre le niega la licencia, se marchará á viajar por su propia cuenta, y entonces ¿qué se haría ese viejo que apenas sabe escribir? ¿Se confiaría á la lealtad de un extraño?”

—Vaya, vaya! Bien sabe Jonás que el muchacho no hará tal disparate. Por cosa tan baladí no se desprecia la pitanza cotidiana. Pero qué diablo de mujeres! Siempre andan ustedes forjándose novelas!... Y tú que parecías tan positiva y juiciosa! Si ya no te conozco!.....

—Pobre hija mía no te queda más que tu madre!

—Comienzas á fastidiarme, querida. Vamos, déjame dormir. Hasta mañana.

Y otra vez en los brazos de Morfeo, el viejo vuelve á soplar con desapacibles sonoridades, de bajo gangoso, hasta que exasperada su costilla clama con voz chillona:

—“Moisés, Moisés!.....”

Y mientras que éste, aturdido, se despereza y sacude, jurando á más y mejor:

—“.....Hice mal, amigo mío.....hice mal en decirte seiscientos bolívares: mejor pensado, creo que podríamos salir del paso con trescientos. De la tienda tomaré prestada la vajilla.....con cinco pesos de percal—cinco pesos á lo más.....apeo la trastienda y la convierto en sala muy decente. Para indemnizarnos de todo el gasto, prescindiremos por seis meses de la sirviente y.....

—Ah, caramba, eso nó! Desprestigiarnos en la parroquia? Dirán que vamos á menos. Se lo prohibo á usted señora de Gomez!

—Y puede ser que mi madre que ama tanto á Lia nos arrime la canoa con algo.....

—Es verdad.....prueba á ver.....y además, bien podrías prescindir del brochecito aquel.....para qué te sirve eso?”

—Y el bien parecer amigo? Hablas de la sirviente,

que es cosa de adentro, y no adviertes que tu mujer debe figurar con cierto tono en el vecindario.

—Bah, bah!

—En fin, para complacerme!.....Voy á preparar las cosas.....Será para el mes entrante, si te parece.”

Y aliviada de aquel gran peso, pero más desvelada que antes, se calla y sigue volteando en su magín el gran proyecto, mientras que el viejo torna á su sueño beatífico.

Sí; por algo entraba en aquel resquemor del baile el matrimonio de la chica; más la verdad era que de-de el día en que, reencasada vino á la capital, aspiraba la tosca lugareña á codearse con la gente de pró. Años hacía que acariciaba tan dorado sueño mas el mezuquino tráfico de Don Moisés y la pazmonia atávica de éste habían hasta entonces contrariado la generosa ambición de la buena señora. Habíase marchitado su juventud en ardientes pero vanos deseos de emular á sus vecinas. A no ser por Moisés habría hecho disparates.....En fin ya á los cuarenta, bien cumplidos y sonados y gracias al proyectado enlace de la chica, y después de veinte años de anhelo continuo, iba á figurar en la sociedad. Aquello era como si después de largos días de oscuridad y encierro, se le abriesen de repente las doradas puertas de una resplandeciente aurora. Qué emoción tan placentera!

*

Aquella misma mañana entró Manuel á la tienda con el pretexto de comprar algunas baratijas, y naturalmente Lia le recibió con la más graciosa de sus sonrisas.

—“Damos un baile dentro de quince días. Vendrá usted, verdad Manuel?”

—Que sí vendré! y derretido el mozo empezó á chiclear con aquel entusiasmo propio de quien hace sus primeras armas en las lides de amor.

—“Por favor, váyase usted Manuel. Mire usted en la trastienda.....los ojos de papá!”

—Menos crueles que los de usted mi dulce tormento!

—Calle usted por Dios, Manuel! Pero no se calló desde luego, estúvose todavía un buen rato con el pretexto de contar el cambio, ni se marchó sin lanzar á la hermosa tendera una larga y elocuente mirada decidida de tantas cosas.....vamos, que no caben en el papel.

Uno de los más fervorosos heraldos de la gran noticia era Raquel, la cocinera, que andaba de ceca en meca afanada con los preparativos. En cuanto á los dueños de la casa, encerrábanse en cierta discreción gazmoña, con que pretendían realzar la importancia de tan singular suceso, hasta el punto de reducir al *mínimum* posible de exterioridad la exuberante dilatación de sus almas, como conviene á personas dignas, familiarizadas con el buen tono que se proponen obsequiar desinteresadamente á sus amigos. Y era Don Moisés tan fuerte en eso del disimulo, que de su misma reserva obtenía sorprendentes efectos, dando la noticia así, como quien no quiere la cosa: “No tengo tiempo en estos días, amigo.....espere usted un poco.....es que mi mujer da un bailecito.....ni recuerdo qué día.....así como para doscientas personas.....y ya usted ve, en estos lances, siempre se desorganiza la casa.....”

Llegó la víspera del gran día. Qué agitación! Qué meneos! Como por arte de birlibirloque, transfirióse la casa con bujerías tomadas de la tienda, que la señora Gómez dispuso con habilidoso tacto. Y todo tan barato! “Ya lo ves mi querido Moisés, ni un céntimo hemos gastado en la decoración!”

—Si siempre lo he dicho, mujer, eres muy inteligente é ingeniosa! Sí, te hago justicia!”

.....Pero qué sucede? ¿Por qué se agita indigne nada la señora de Gómez?.....

“Mira Moisés, aquel descalabro del tabique. Yo lo creía bien oculto por la cortina; pero la maldita tela se sacude cada vez que se abre una puerta, y esto está muy cursi, á fe mía. Todos quedaron aterrados. En tan crítica situación qué hacer? Interrogábanse con ojos atónitos los actores de aquella escena, cuando de pronto risueña Lia y festiva, anunció que algo le ocurría:

“Mamá, irás mañana temprano en casa del muelle de la esquina que alquila gruesas cortinas de damasco y le dirás que envíe cuatro; necesitamos cuatro.”

—Has perdido la chaveta hija mía eso cuesta caro!

—Pero déjame hablar! Nos arreglaremos de manera que la cosa venga á las cuatro. Le diré al tapicero que tú no estás en casa; que deje las cortinas hasta el día siguiente á las diez de la mañana para que tengas tiempo de escoger. Inmediatamente las colgamos. Después del baile las arrollamos y cuando vuelva el dueño, le decimos: “Siento mucho señor, haberle molestado; pero



PALACIO MUNICIPAL Y HOTEL EUROPA.—Maracaibo.—(Fotografía del señor Manuel Trujillo D.)

esto no nos conviene; pasaremos uno de estos días por allá á escoger otra cosa. Qué te parece? Y al decir esto, con la cabeza erguida, y puesta en jarras, lanzó una mirada de triunfo á los viejos, que pasados de admiración la contemplaban.....

*

A las diez—hora de buen tono—comenzaron á llegar los invitados. Don Jonás y su hijo, como vecinos, fueron de los primeros.

“La muchacha es guapa, no lo niego,” confesó el viejo; “pero insisto en decirte que no debes pensar en ella.”

—Pero.....papá!

—No hay pero que valga. Yo soy zorro viejo, y no me dejó engatusar con un baile? Qué harías con veinte mil bolívares, tonto?

—Pero la madre es hija única, y los abuelos.....

—Bah! bien sé yo lo que hay por ese lado. Un poco de bombo y oropel, quíá!”

Los convidados afluyeron, y hubo el jaleo con todos los *suecillos* que suele haber en los bailes así.....

Los de Gómez ofan de vez en cuando cumplidos como estos:

—Oh! Qué fiesta tan hermosa. Caro ha debido costaros.

—Qué cortinas tan ricas!

—Qué bella la niña!

—Qué suculento *menu*! Si no hay más allá!..... Mientras que por los rincones se pelaba la pava.

—Como que han liquidado la tienda!

—Y cuánto tendrá esta gente?

—Cuando se piensa como llegaron aquí.....sin más que lo encapillado.

—Es para casar á la hija que dan este baile. Quieren agarrar á Manuelito, y Lia le coquetea; pero mamola! que no es tan lerdo el papá!

—Cuánto les costará la fiesta?

—Por lo menos dscientos putacones.

—Es lo que se llama tirar la plata por la ventana.”

Y pare usted de contar.

.....

Se bailó hasta el amanecer. La ocasión la pintan calva. Las viejas—el antiguo testamento—como las llamaba un chulo, se dormían beatamente, hartas de sandwiches y pasteles ó llevaban entre sueños con las cabezas el compás de la ruidosa murga.

A las ocho de la mañana se descolgaron las cortinas; á las diez se le devolvían al mueblero.

Manuel no volvió al día siguiente ni después. Su padre hizo solo la visita de digestión excusando al mozo, que tenía la *grippe*. Simenbargo, el sábado se le vio en la sinagoga, dirigiendo tímidas miradas á la cutitada Lia.

Pues, la cosa estaba clara: Don Jonás había prohibido al muchacho que volviese á la carga.

“Bien te había yo dicho, mujer, que te forjabas quimeras.

—Qué quieres?.....No es mía la culpa.

—Y lo que me ha costado tu maldito baile, caramba!

—Mi baile, mi baile.....Como si yo lo hubiese dado por mí.....dígame usted á mi edad!”

Pobre Lia! Cómo se desvaneció su ensueño de oro!

Agriado su carácter, porque el éxito del baile no había correspondido á sus esperanzas—los periódicos noticieros no habían dado cuenta de él—Doña Sara la pagaba á cada rato con la cocinera; y habiéndole contestado ésta una vez de mal talante, la señora le encasquetó una cacerola y la despidió.

“Bien está” pensó la criada, hecha una furia, “no apechugará con Manuel!.....Se lo digo yo, señora!”

Y antes de buscar otra colocación, se fue corriendo á casa de Don Jonás, quien á la sazón contemplaba abstraído con inefable fruición las columnas de cifras que garrapateaban su libro jornal.

Ella, roja de cólera se desahogó.....“Las cortinas sabe usted, las cortinas!.....” Y echó todo el cuento.....Cómo se sacudía la tela que disimulaba el descabro del tabique.....y cómo indicó el remedio la niña Lia.....y cómo se habían ahorrado casi todos los gastos.....y muchas cosas más que ella *sabía!*.....

Poco á poco fue el viejo quitándose las gafas y arqueando las cejas; á poco abrió sonreído su desdentada boca y se frotaba las manos con expresión de íntimo regocijo.

“Bien, buena mujer, toma por la noticia y en un raptó de generoso entusiasmo le dio cuatro lochas.

Inmediatamente se vistió como en día de Sinagoga y corrió á casa de las Gómez á quienes encontró almorzando mohinas y silenciosas.

—Buenos días, amigos míos, conozco la historia de la cortina, digna del clásico *tío zorro*, á fe mía!

Vamos, ven aquí mi querida Lia, vengo á pedir para mi hijo tu mano de esposa!”

Y volviéndose á los padres mudos y paralizados de asombro:

—“Sí, sí, esto es lo que se llama GENIO. Yo soy buen conocedor, pardiez. Estoy seguro de que en esas manecitas, mi fortuna tan trabajosamente adquirida no se retirará..... y que mi Manuel, con tan eximio colaborador, será un hombre feliz.”

¡¡TABLEAU!!

Por la copia

CRISTOBAL L. MENDOZA.

PAISAJES

Sobre la loma se ve el trapiche del fértil campo dominador, y de sus toscos y pardos techos se alza la mole del torreón.

Luégo, la móvil sávana verde del espigado cañaveral, que las acequias del manso río frescas y undosas regando están.

Después, el bosque de fronda oscura que de la hacienda marca el confin; y en la vecina, feraz dehesa pace el ganado libre y feliz.

Abriendo surcos por el escalio la tarda yunta lleva el gañán, y del arado tras de la huella alegres tordos picando van.

De la carreta las dulces cañas en el trapiche van á caer, y cuando pasen por el molino darán sus poros sabrosa miel.

El buey al yugo ya se halla uncido; ya los cilindros van á girar; ya los labriegos con sus cantares en la molienda se alegrarán.

Ya de la caña quedó el bagazo, á la parrilla su miel corrió; ya el humo sale como un penacho por la ancha boca del torreón.

F. BETANCOURT FIGUEROA.

UN CUENTO

DE

D. CONCEPCION ARENAL

Los dos primos

En una aldea de Asturias vivía años ha un joven con sus padres. Dócil, aplicado, franco, lleno de buenas prendas, fuera mozo cabal, si no afeara tan bellas dotes un vicio grave, á saber; y que si alguno le ofendía no era fácil que en él hallase perdón.

León, que éste era su nombre, tenía en Madrid unos tíos, y con esto y el natural deseo de ver tierras, tuvo la idea de ir á la corte, y con la venia de sus padres tomó el camino. Este tenía de tal poco más que el nombre, así que, en el largo viaje era preciso mucho tiempo y calma no poca, para recibir sobre un mulo, el sol, el agua, la nieve, el viento y cuanto Dios quería mandar. Todo lo llevó León con alegría, por oponer á estos males su poca edad y mucho deseo de ver la corte. Viólo por fin y con gusto y asombro. Nunca había ido á Oviedo, y era Madrid el primer pueblo grande que veía. No menos pasmo que la gran villa le causó la casa de su tío. Al ver tanto lujo quedó como ciego y tuvo pena al pensar que por su traje más parecía el último criado que un pariente del señor. Un sastrero puso remedio á este mal, pero había otros que no le tenían tan fácil. Las maneras y hábitos de León no eran los de la corte, y su primo César, niño mimado que se creía sabio porque su padre era rico, ponía cuanto estaba de su parte para hacer notar las faltas de su pariente. En la mesa sobre todo sufría el pobre mozo grandes penas, por no saber ó no serle fácil el uso de muchas cosas. Como hubiese mucha gente era seguro que su primo le haría caer en faltas de más bulto, para gozar como alma ruin en humillar al que valía más que él.

Esta era la verdad: León valía más que su primo por las dotes del cuerpo y del alma, y sólo una turba de necios, que dan más valor á las cosas cuanto ellas tienen menos, podía pensar de otro modo. Pero León era muy joven para volver desdén por burla, sufría mucho, y en la mesa, en paseo, en el teatro, en el baile, llegó á ser un medio de diversión para César.

No lo fue mucho tiempo: se volvió á su pueblo sin dar quejas á sus tíos ni á su primo, pero jurando vengarse de éste.

Pasaron años y los muchachos no lo eran ya. León fue á estudiar á Oviedo; no era un sabio, pero tampoco era un zote, y sobre todo, no era vano.

César sabía tirar á la pistola, montar á caballo á la inglesa, jugar al monte, italiano para cantar el aria del tenor en boga, francés para leer malos libros, inglés para no llamar á su lacayo en español. Supo también gastar toda su salud y una gran parte de los bienes de su padre. Este, al verle tan malo, se acordó de que Asturias era país sano, que tenía allí unos primos buena gente; y pensó en mandar allí á su hijo. César estaba débil, y como el dinero de su padre no le traía la salud, obedeció. Con muchos días, gran gasto y romper el coche tres veces, llegó al fin de su viaje.

El tío había muerto; y la tía le acogió con amor, ignorando el poco con que había tratado á su hijo; éste pareció frío, pero nada más.

César había dado al olvido las ofensas hechas á León, que la gente ruin olvida tan pronto la falta propia como la virtud ajena, y no pensó más que en tomar leche y vegetar, como él decía en tono grave.

El aire blando, el clima suave, el agua pura, los alimentos sanos y pocos, el paseo, la calma, la vida sin ruido y sin desorden, dieron á César fuerza y salud casi cabal. Quiso ir á caza; como era vanidoso, quiso hacer alarde de su valor delante de un oso y ser tan diestro en el monte como en el Salón del Prado.

Salió, pues, ufano un día de agosto con su primo, que tuvo al verle gran pena para contener la risa, y era de reír. César iba hecho un figurín; por el último de París le hizo la ropa el sastrero. Era buena para el papel, un baile de máscaras ó cuando más para cazar en la pradera del canal de Madrid. Airoso corte, ni una arruga, bello, en fin, para no moverse, y bellos también los zapatos para no andar.

Con este atavío salió nuestro hombre, miró con desdén la ropa de su primo, y desecó en el fondo de su alma, hallar mucha gente que viera su talle. A poco de salir de casa empezó á subir una cuesta áspera y echó de ver que los zapatos le hacían daño, que el morral era pesado, muy justo el pantalón, muy estrechos los botines. Nada dijo, y aunque á duras pe-

nas, seguía á su primo. Este se reía para sí, y sin tener cuenta con la fatiga del otro, iba por malas sendas y aun por donde no las había. Pasó ríos, cruzó valles, dobó crestas y trepó al fin sobre una peña muy alta. César, ya casi sin aliento, dudó si podía y debía seguir á León; pero, fatuo en alto grado, más quiso correr un riesgo grave, que pasar por menos fuerte que otro. Despacio y con el auxilio de las manos subió adonde su primo estaba, respiró, más á poco rato su miedo y ansia fue mayor. Había creído que aquella peña tocaba con otra por el lado opuesto á la subida, más no era así. Arriba se veía el cielo, abajo el abismo, y en caso de caer, la muerte. La temió César, pero calló su miedo, y él y su primo se pusieron á esperar la caza, que no venía. Vino en su lugar la niebla y tan espesa que aun á León le dio cuidado. Esperó dos horas, y como no fuese á menos, y sí la luz del día, quiso bajar antes que se hiciese de noche, y así lo hizo poco á poco, con tino, con cuidado, sin miedo y sin daño. Cuando César se vió solo tembló y pudo ya más en él el temor de la muerte que la vanidad de la vida.

—León—dijo,—si no me das auxilio estoy perdido; no me fuera fácil bajar con buen sol y piso seco: ¿qué será cuando está húmedo, los pies se van y la niebla no deja ver dónde se ponen?

León se alejó como si nada hubiera oído, diciendo para sí:

—Pase una noche sin cenar porque no tiene qué, sin dormir porque tendrá miedo y ansia grande. Mañana vendré, le daré la mano, y cuando esté abajo le diré: "Amigo, esta lección tal vez te sirva para recordar ciertas ofensas; cuando el que las hace las olvida, autoriza al que las recibe á fijarlas en la memoria: no está bien sin valer mucho tenerse en más que otro, y menos darlo á entender de un modo grosero. Lo que tú sabías lo sabe todo el que es rico al cabo de dos años, y lo que saben todos no debe envejecer á nadie."

Con estas ideas iba camino de casa y ya estaba cerca de ella cuando se paró. En su pecho luchaba el deseo de venganza y su natural bondad. Pudo más ésta, y volvió pie atrás y tan aprisa que parecía tener alas, como si nada fueran las breñas, rocas y cerros para detener la marcha del que había sido bastante fuerte para vencer su rencor.

Al llegar á la peña donde había quedado su primo, oyó ayes dolientes; era César, que al querer bajar había rodado gran trecho y rótese una pierna. Fue gran suerte para él quedar entre unas matas cerca de la cima, de otro modo la caída fuera mortal. A pesar de esta dicha su estado era triste, porque no se podía mover sin ir á muerte segura, ni con el gran dolor que sentía en la pierna podía estar allí mucho tiempo.

Cuando á su voz respondió la de León, grande fue su alegría, y grande la pena de su primo al ver el daño de que era causa; conoció que era muy amarga la venganza que le parecía tan dulce. No fue capaz en largo rato de auxiliar á César.

Pasando luego de la apatía á un ardor febril, cogió á su primo en brazos, y con fuerza más que humana le llevó hasta su casa.

Cuando estuvo allí parecía más enfermo que César. El mal que éste tenía en la pierna, para él estaba en el corazón, donde los dolores hacen más daño.

Todos los cuidados de su tía y de los médicos no fueron parte á evitar que César quedara cojo, y León triste. El uno con su defecto físico, el otro con su pena, eran una lección viva que decía: *No abuses de tu buena suerte para humillar á nadie, no abuses de tu fuerza para vengarte.—El insulto y la venganza son dos chispas, que, según donde caen, se apagan, ó causan un gran incendio.*

RECUERDOS DE SUIZA

Á ANDRÉS A. MATA

Serían las 9 de la mañana de un día del mes de julio, cuando se hizo á la vela la góndola que debía llevarnos á recorrer la orilla izquierda del Léman. No habremos de decir lo azul del cielo, ni lo manso de las aguas, ni los panoramas en que se extasia la vista; ni observaremos cómo las aves cruzan el éter y posan sus blancas alas en los riscos de las montañas donde se quiebra la luz en colores varios, y donde retumban los ventisqueros con el rugir del huracán; todo eso es constante en la pintoresca Suiza como en la artística Italia. Cuando en los días estivales se abre el corazón al recuerdo de nuestra zona tro-

pical, pensamos que allá nunca cuajan las nubes en hielo y para desgajarse luego en nieve y cubrir los campos ayer no más verdes y lozanos; amar y nunca jamás asistimos entre reflejos de amarillenta luz, á la muerte de Naturaleza, cuyo sudario blanqueado por la nieve cae ora sobre la huerta ó el Palacio, ora sobre los árboles gigantes del bosque ó en las calles de aldeas y ciudades, ora sobre el techo de pobre choza donde viven esas vírgenes solitarias, que si recorren bohemias la orilla de los caminos ignoran el ruido terrible de los grandes centros donde caen confundidas, como en un caos espantoso, todas las virtudes, todos los vicios, todos los amores, todos los ideales, para producir la conflagración social á que asistimos en estos momentos de agonía de siglo. El beso de las pasiones no ha llegado á sus purpúreas mejillitas; cubiertas de harapos consagran en el pajizo hogar la virtud suprema.

Encantadoras bohemitas! Cuando todo haya desaparecido de nuestros salones, al impulso de la honda creciente del realismo, informado de la duda que nos mata, quedaréis vosotros en la cumbre de la montaña ó á orillas del Zarlal defendiendo, como el montañés de la Suiza, la entrada á vuestras chozas y el respeto á vuestro honor!

La góndola cortaba el azul del Lago; la vela hinchada por el viento, nos acercaba á las primeras estaciones; y la música, tocada por bellas tirolenses, esparcía sus armonías por aquel espacio inmenso de dormidas aguas. Indiscreta nube ábrese inesperadamente, y nosotros, faltos de paraguas, hubimos de someternos á quedar como unos pollos de mojados. Así llegamos á Territet, término de la excursión, tiritando de frío y en busca de techo; fuimos de los primeros en ganar tierra, para llegar á todo correr al primer hotelillo que se encuentra á la subida de la montaña. Un tanto rehechos del inesperado percalce, al calor de la cocina, pedimos una mesa con dos cubiertos para *lonchar*. Estaba el sol en el zenit. Sólo se encontraba libre una, cercana á la puerta de entrada del centro, la cual sin titubear, retuvimos. El apetito era regular, y, sobre la variada carta, confeccionamos nuestro lonche con jamón frío, unas patatas, costillas de cordero con ensalada, y queso del país—para luego emprender la subida de la montaña, cuya cima se distinguía ya cubierta de negra espesa nube, lo cual era demostración terminante de fracaso en nuestro objeto principal de excursión: que era contemplar desde la cumbre uno de los panoramas más pintorescos de la Suiza, y ver allá, á lo lejos, tras de montañas y bosques, el Monte Blanco que domina la quebrada zona con su cabellera eternamente cana.

A la mesa! el lonche estaba servido. Yo me entretenía en hablar con mi esposa, en cuya compañía hacía el viaje, de las peripecias de la mañana; de lo irregular de la lluvia en un país cuyo cielo está siempre claro y sereno en el estío; de la belleza de los paisajes y de las excursiones que nos esperaban para completar el programa del día. Comíamos y conversábamos, cuando apoyé maquinalmente la mano en una botella de agua de seltzer para mezclar con ésta mi vino de champagne. Hízome suspender de mí diálogo el grito de una inglesa, que entraba acompañada de otras viajeras, por la puerta donde estábamos á la mesa; grito horrible, de miedo y de sorpresa! Qué pasa? me dije torciendo la mirada. Era la botella de agua á la cual imprimí fuerza tal que se desbordó; el mantel todo mojado, la comida nadando en los platos, y la pobre inglesa, más muerta que viva, bañada de la cabeza á los pies; el líquido al caer en mi vaso saltó y la bañó. . . atacándola de manera inesperada al entrar en la fonda! Ella estaba como de facción en la puerta, con el pañuelo sobre la cara, temerosa de que aquella ducha continuara; las cintas que tenía al cuello destilaban; é inmóvil no encontraba qué hacer. . . ambos estábamos un poco azorados. Yo le presenté mis excusas, ella las aceptó; luego, todo recobró la regularidad debida en medio de una risa general de los viajeros presentes en la sala; debo confesar que el chasco mucho me desazonó. Desde ese día he peleado con los sifones, y no seré yo quien haya de volver á mezclar mi vino de champagne con agua de seltzer!

A eso de las dos de la tarde tomamos el tren que conduce á Gilón para de aquí trasbordarnos al que monta á Choux de Faye, vértice de la serranía á 2.045 metros al nivel del mar. Esta es una de las cumbres más altas de la región helvética y donde llama la atención del viajero el Lago de hielo llamado entre los suizos: *Tairho d'ei-gryn*, por las corrientes de aire helado que brotan de una roca, conocida por Gruta del Viento ó *Tanna á l'Onza*.

ESTANCIAS

Gocemos mientras es tiempo.
Amemos mientras la vida
descorre el cendal de sueños
con que se cubre la dicha.

La juventud no es eterna.....
No siempre es joven el alma
y la vida tiene prisa
como también la esperanza.

Díos al hacer nuestra vida
nos dio el deber de gozarla
y en cada amor que suspira
puso un ensueño que canta.

¡Llega el cansancio tan presto!.....
que no se nota si el alma
lleva acopio de recuerdos
ó si es pobre de esperanzas.

Por eso, como el de un cuento,
de mi corazón, las hojas
arroje á todos los vientos
en alas de mis estrofas.

F. VALDERRAMA



UNA FAENA PARA EL TEMPLO DE URACHICHE. — [Fotografía de los señores Hermanos González]

En la taquilla se nos hizo saber que era expuesta la subida, y que además no ganaríamos en hacerla, pues estaba nevando y ningún panorama podría ofrecernos la ascensión. Así, nos quedamos visitando los bellos parajes de la primera etapa. En aquella soledad levántase el *Hotel Victoria*, rodeado de árboles y jardines primorosamente cuidados; establecimiento que contrasta con el *Grand Hotel*, de Territet, considerado como uno de los más ricos y espléndidos del mundo. Pero donde se extasió mi vista y mi alma fue en la contemplación del paisaje que desde la altura me ofrecía el Lemán: un inmenso espejo cruzado de embarcaciones mil, donde se reflejan las montañas, doradas por los rayos vespertinos del sol, y donde morían nubes formadas de los vapores del Lago, que á veces parecen penachos de plumas deshechas en los aires al beso de algún ángel que bate sus argentadas alas.

*

Al mismo instante en que el eco repetía el sonido de la campana del templo cristiano, para anunciar la hora melancólica de la oración, los viajeros volvíamos á la góndola que había de conducirnos al muelle donde la tomaríamos en la mañana.

No sin tristeza hubimos de dejar á Territet. El día habíase deslizado en medio de las sensaciones de la poesía, ya bajo la sombra de las acacias ó en las veredas de los jardines, entre aire sereno y fragancia de lilas y jacintos; en medio de esa poesía estival que ofrece la tierra suiza, ora en la montaña donde el águila domina las cumbres al batir sus alas majestuosas, ora en la llanura donde las fuentes brindan sus aguas al sediento viajador, que las busca con afán luego de pasar el día trepando entre riscos y precipicios con la alta caña en la mano, como si fuera bordón de peregrino montañés.

Día de felicidades! día de amor

CARLOS A. VILLANUEVA.

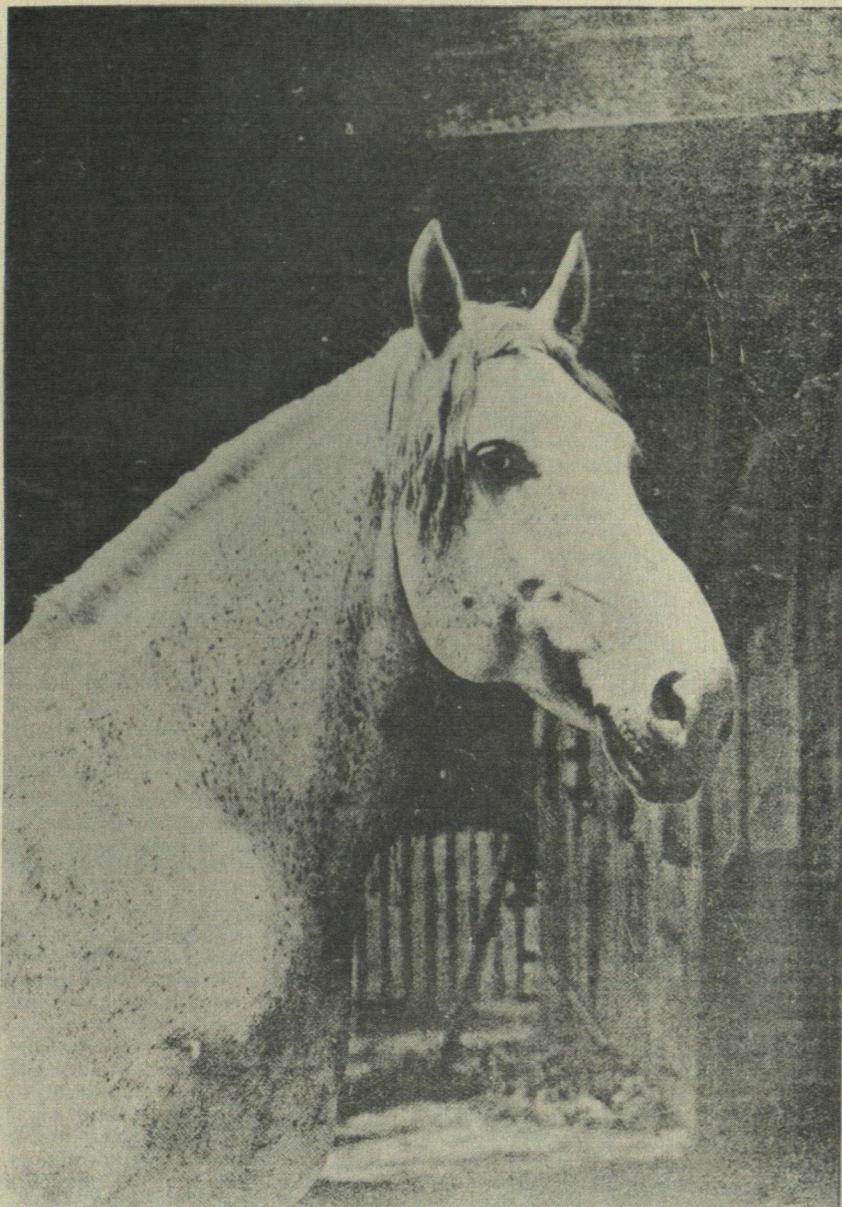
MADRIGAL

A mi madre en el día de su santo

A una blanca paloma le dí un lirio
Y le dije después: levanta el vuelo
Y encima de la tumba de mi madre
Anda pronto á ponerlo.

Tomó la flor en su rosado pico
Y en vez de dirigirse al cementerio,
Que es el lugar donde los muertos moran,
Se fué volando al cielo.

JOSÉ VALLENILLA MARCANO.



Para las próximas carreras. — "HURRICANE"



ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



Ha pocos meses hablé del Doctor Letamendi en estas Revistas, y dije de él ser uno de nuestros escritores más geniales, tanto en el fondo como en la forma de sus producciones. Hoy de nuevo voy á referirme á dicho señor con motivo de la publicación de un cuaderno de pocas páginas, titulado: *Valor del cánón horaciano* relativo al poético sentimiento, capítulo preliminar de un trabajo inédito sobre la teoría natural del sentimiento artístico y de sus avances patológicos. Se trata de una crítica, no poco atrevida aun en los tiempos presentes en que nada se respeta: se trata de examinar hasta qué punto tiene razón Horacio en su *Arte poética* al sentar, como precepto didáctico, que el artista no puede hacer sentir si él mismo no siente la emoción que pretende producir en el público. El precepto en cuestión, es el conocido: *si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi* (si quieres hacerte llorar, sufre antes tú mismo). El señor Letamendi se revuelve airado contra ese supuesto, admitido como dogma por clásicos y románticos, pero protestado siempre por los artistas y críticos de espíritu viril é independiente. El señor Letamendi no sólo cree que el arte bello es de suyo una mera ficción en el fondo, sino que también debe serlo en su expresión, en la forma. A la tradición de los preceptistas, opone la autoridad de la razón, la naturaleza, y, dejándose llevar de su tendencia á enaltecer el importante papel que la psicología representa en todas las manifestaciones del humano espíritu, dice que la cuestión nacida del precepto horaciano, no se ha resuelto antes de ahora porque no se ha colocado en el terreno que la índole de la misma requiere. Cree que debe ser tratada ó por un médico de profesión, muy penetrado del arte, ó por un artista peritísimo en cosas de medicina, y después de algunas breves, pero muy oportunas observaciones, acerca el estado actual de esta cuestión, acaba por sentar como remanente irreducible, estas tres verdades en serie: primera, que el cánón patético de Horacio, si bien ha dominado y domina aún en la preceptiva poética de las escuelas, no ha obtenido, en ningún tiempo el unánime acatamiento; segunda, que, en consecuencia, conviene hacer del dicho cánón una formal y escrupulosa revisión, y tercera, que la tal revisión quedaría en mero esfuerzo especulativo si por ella no acometiéramos conjuntamente lo artístico y lo antropológico, lo teórico y lo práctico, lo normal y lo patológico que en el asunto se encierra.

Y, dicho esto, se extiende en una detenida investigación del cánón de Horacio, em-

pezando por el estudio del precepto, en su valor absoluto, y lo primero que deduce, y lo dice claro con su genial franqueza, es que el apotegma horaciano que tanto ruido ha hecho, es un pensamiento vulgar, y, examinado bajo el punto de vista metafísico ó sustancial, una frase vacía de sentido. Y lo prueba presentando bajo cuatro diversas formas ó maneras la relación entre el que expresa un sentimiento y el que recibe la impresión de ánimo ante este mismo sentimiento, ó sea las cuatro variantes prácticas que en la vida real puede ofrecer lo que él llama "sentimental comercio." Es un trabajo muy ingenioso y deleitable y que revela un gran fondo de observación y conocimiento de la naturaleza humana.

Hácese luego una crítica detenida del texto latino, es decir, del pasaje de la Epístola de Horacio que al punto controvertido se refiere, y copia quince versos desde el 99 al 113, ambos inclusivos, de dicha Epístola y los traduce, como él mismo dice, de un modo poco literario pero lo más cuerda-mente literal posible. En el análisis divide en seis períodos el pasaje, y hay que ver como se ensaña contra el lírico venusino diciendo que, "como todos los poetas líricos de pura raza, Horacio lleva en su propia vocación algo de *insustanciabilidad inexcusable*"; que en el párrafo que de su renombrada Epístola examina, cuando se dirige á los autores, calla en lo relativo al sentimiento; que al hablar de la correlación que ha de haber entre el semblante y la palabra del artista que declama, sólo dice cosas fútiles y de todos sabidas; que al recomendar á los actores el poético sentir, recomienda el mantenimiento de la concordancia declamatoria entre los elementos expresivos, verbal y mímico, difíciles de poner en discordancia por ser intuitivo su concordar; que al hablar de nuestras aptitudes para todo sentimiento real y su correlativa expresión, lo hace con insustancial incoherencia, y acaba por dolerse del prestigio que ha adquirido á través de los siglos "tal sarta de vaciedades y simplezas." No obstante, en descargo de Horacio, el señor Letamendi dice que, á buen seguro, el lírico romano no sospechó que aquel su desahogo entre didáctico y satírico dedicado á los Pisones sobre materias que ni dominaba ni estaba en su temperamento genial dominar, llegase á ser el delirio, hasta la peste de las generaciones futuras en fuerza de "verdaderas plagas de traducciones alevosas, imitaciones serviles y comentarios estúpidos." Horacio—añade—creyó sin duda que para lo muy torpes que eran sus coetáneos latinos en materia poética, aquello bastaba. Se ríe de Boileau por su imitación del *Arte poética*, y dice que los versos del renombrado autor francés, no son más que aleyunas alejandrinas.

Pero, en conclusión, se preguntará quizás alguno de mis lectores: ¿Cómo resuelve el señor Letamendi la cuestión del tema suscitado por Horacio en el párrafo tan censurado de la renombrada Epístola? No olvida nuestro crítico esta parte importante de su trabajo, y dice: "Hubiera el gran lírico aplicado en algún modo su tesis fisiológica al proceso artístico de la sentimental expresión; hubiera dicho, poco más ó menos, y con aquel su hermoso inimitable decir: "Pues Naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda suerte de eventos y situaciones, y provistos además de imaginación idónea para representarnos y expresarlos con fingida naturalidad, aun sin haber realmente pasado por ellos, no será preciso que nos sintamos poseídos de ira si nos fingimos airados, ni de afición si afingidos, ni de celos si celosos, ni de odio si rencorosos, ni de amor si enamorados, sino que nos bastará imaginarnos con extrema

eficacia estar sintiendo el particular afecto que el argumento requiera para que aquel arroje á nuestro exterior su poética expresión natural y perfecta....."; hubiera Horacio, repito, emitido semejante concepto, y entonces el criticado párrafo transformábase de intempestivo é inútil enunciado, en filosófico principio. Por manera que, en tal supuesto, la ya analizada intimación *Si vis me flere*, etc., quedaba convertida en esta otra que, de puro artística no tiene vuelta de hoja. "Si quieres que yo llore, cómpontelas para lograrlo, que no te he de poner por justicia, no habiendo juez competente para inquirir lo que realmente pasa en tu corazón. Empero creo que el lector convendrá conmigo en que si el ilustre pedagogo de los Pisones hubiera tenido tan clara idea del tema que traía entre sesos, no hubiese dado muestras de tenerla tan vaga y oscura y destartada en los demás extremos del total examinado pasaje, sino que en todo él nos hubiera dado algo más que la serie de bagatelas y monadas puestas en música de aforismos, que componen el mosaico de preceptos, ó mejor dicho, de rípios de concepto, cuyo análisis doy aquí por terminado."

El señor Letamendi se declara, pues, contrario á Horacio, y en la previsión de que puede ser por esto censurado, termina el folleto diciendo con aquel desenfado á que le da derecho su indisputable ilustración y su independencia de carácter: "si algún *santonicola*, por mero histerismo nacido de idolatría contrariada ó de terquedad empedernida, se atreviere á acusarme públicamente de hereje literario, con la agravante de intruso, piénselo antes maduramente, no fuera con ello á excitarme el apetito de extender mi análisis á los 476 versos de que consta la total *Epístola ad Pisones*."

En resumen: el señor Letamendi aparece aquí un insurrecto contra la tradición preceptista y hasta contra el valor literario de la Epístola de los Pisones, por más que reconoce que la lengua latina y los convencionalismos de la métrica velan completamente las faltas que la crítica moderna encuentra no sólo en Horacio sino en otros de los más renombrados poetas clásicos.

Con ocasión de haberse publicado un cuento titulado: *El palacio de Artasar*, que parece calcado sobre otro que con el título *El Capricho del Califa* publicó hace dos años el poeta señor Ferrarí, de nuevo se ha acusado de plagiaría á nuestra eminente escritora, señora Pardo Bazán, y digo de nuevo porque ya en otra ocasión se ha observado entre un cuento publicado como original de esta señora y otro de Voltaire, cierta similitud sospechosa. Para refrescar las ideas sobre la tan debatida cuestión de la originalidad y el plagio, ya que no para mortificar de nuevo con fina y cortés ironía á la señora Pardo Bazán, el mismo periódico de donde partió el ataque á esta señora, ha publicado recientemente un artículo del cual se desprende que el cuento reproducido no es original ni del señor Ferrarí ni de la señora Pardo Bazán, sino de un autor francés cuyo nombre no cita. Este autor al idear su cuento—suponiendo que no lo tomó de otro escritor—lejos estaría de sospechar que naciera destinado á ser causa de tanta desazón en España. Con este motivo el señor A. S. Pereira, que es el firmante del artículo á que me refiero, dice que la apropiación ó plagio puede ser epidemia moral, efecto sugestivo del ejemplo, pues actualmente se observa este fenómeno literario en casi todos los países, del cual son *agentes* los más distinguidos escritores. A este propósito cita los hechos siguientes ocurridos de un año á esta parte.

"Lombroso, demandado ante el tribunal de

Ruan, fue multado por haberse apropiado para su libro: *La Grafología* de gran parte, lánimas inclusive, de la obra de Crepieux Jamin, *L'écriture et le caractère*, publicada por Félix Alean. Contra Gabriel D'Annunzio, notable novelista italiano, autor de *El triunfo de la muerte* y otras producciones, fulminó terrible acusación en la *Gazeta Literaria* el crítico Eurico Thoyer, demostrando con textos, que aquel autor copió de Sar, Peladan, Tommaseo, Flaubert, Baudelaire, Maeterlink, Shelley y otros. Escripion Sighele, acusó á Gustavo Lebon en un artículo publicado en la *Scola positiva* con el expresivo título: *Piraterías literarias*, de que aprovechó obras del acusador para la suya: *Psicología de las multitudes*, dirigiendo idénticos cargos á Tarde, aunque respecto de éste rectificó después. Gastón Deschamps, en un artículo muy extenso publicado en *Le Temps*, titulado: *Les fiches de M. Emile Zola*, demuestra por el procedimiento empleado por Thoyer con D'Annunzio, que el autor de *Roma* ha copiado en esta novela líneas y párrafos de los libros siguientes: *Le Vatican, Les papes et la civilisation, le gouvernement central de l'Eglise*, por Georges Goyan, André Peraté y otros. *Promenades archeologiques*, de M. Gastón Boissier, *Souverains, hommes d'Etat, hommes d'Eglise*, de M. Charles Benoist, *Rome au siècle d'Auguste*, indica Deschamps que ha servido de norma á Zola.

La misma señora Pardo Bazán ha sido plagiada por un escritor francés en un cuento *El nieto del Cid* que aquel ha traducido y presentado como original con el título de: *Le curé Sánchez*. El señor Pereira al dolerse de la poca atención que se observa en algunos de los más renombrados escritores para apropiarse los pensamientos de otros suponiendo que son bienes de aprovechamiento común, recuerda la teoría de Sarcey, á propósito de la disposición de Dumas prohibiendo la representación y publicación de su drama: *El camino de Tebas*. Sostiene el crítico francés que «el escritor no es el único propietario de las obras que crea su cerebro, y, por lo tanto no tiene sobre ellas derecho de vida y muerte. Hay en las ideas un fondo común á la humanidad, de que el autor dramático, el novelista y el poeta, han sacado la mayor parte de su concepción. En cuanto al lenguaje, al tejido de palabras que envuelve el fondo de la obra, el escritor aprovecha el lento trabajo de los siglos y de los hombres, y halla una forma general y unos tonos particulares, que son legado del ingenio de las generaciones precedentes, sobre las cuales deja él su huella personal; la marca de su individualidad. En esta creación que el artista hace suya, hay la parte de la civilización que le rodea, del medio que le ha influido é inspirado; y esta civilización es propietaria en una parte de la obra y debe poder impedir que el autor disponga de ella, como si á él le perteneciese por entero.»

Esta es la verdadera teoría sobre la originalidad y el plagio. El que sigue las huellas de otro mejorando su obra, no es, en realidad, plagiarlo. Un escritor alemán cuyo nombre no recuerdo ahora, dice á este propósito: "Los literatos que con talento y arte sustraen elementos de otros literatos proceden como quien toma lingotes para refundirlos en su propio crisol y los amonedan: en este caso no hacen más que aprovecharse del material necesario para que resplandezca su personalidad en medallas perdurables." Zola defiende el plagio de una

manera menos desinteresada y noble. "Un escritor—dice—tiene perfecto derecho á tomar de un clásico la escena que crea adaptable al plan de la suya, pues las obras de los clásicos pertenecen á la herencia común y forman el patrimonio de todos; pero hay que tener presente que el caso no sería el mismo si la sustracción fuese hecha á un cofrade vivo. Aquí surge la cuestión de la propiedad literaria."

Lo que surge es la cuestión del egoísmo utilitario.

Hase efectuado ha pocos días en Madrid la solemnidad anual de la apertura de Tribunales. El presidente del Tribunal Supremo de Justicia, señor Isasa y el fiscal del mismo señor Puga, leyeron sendos discursos que han sido muy comentados por nuestros periódicos, no porque se distinguan por la exposición de teorías nuevas de derecho, si no porque en ellos se señala, con gran sinceridad y aún con cierta crudeza de es-

tilo, deficiencias notables en nuestra administración de justicia que exigen inmediata corrección. Entre esas deficiencias está la relativa á la responsabilidad de los magistrados y jueces. Después de tantas conquistas democráticas, resulta en España que el delincuente es responsable hasta de su ignorancia de las leyes y lo es hasta en extremo verdaderamente cruel, en tanto que el juez que tiene obligación de saber esas leyes, que tiene el deber de aplicarlas con rectitud é imparcialidad, por nada ni por nadie contrastadas, por combinaciones de sistema y aplicaciones de todo punto inadmisibles, en sus resoluciones definitivas de los juicios criminales es absolutamente irresponsable y sólo al remordimiento de su conciencia queda reservado el castigo de las injusticias que cometen.

En estos tiempos que se pone en duda si la sociedad tiene derecho de castigar, y, aun admitiendo á ojos cerrados este derecho, tanto se discute sobre la forma y la medida en que puede ejercerlo, es muy triste que todavía haya en nuestras sociedades hombres en cuyas manos se ponga la más suprema de las autoridades, sin ninguna de las responsabilidades á toda autoridad, por razón natural, anexas. Recuerdo á este propósito las luminosas discusiones que ha habido en el Congreso de Antropología criminal que se ha celebrado últimamente en Ginebra y del cual ha hablado mucho la prensa europea. Filósofos y ministros, notabilidades políticas y eclesiásticas de gran saber, han tomado parte activa en los debates. Ya puede suponerse que se han encontrado frente á frente las dos grandes escuelas en que se divide en nuestros tiempos la teoría penal: la espiritualista fundada en el libre albedrío, y la determinista psicológica cuyo campeón es el antropólogo italiano doctor Lombroso. Los partidarios de la exclusiva responsabilidad moral, no han podido destruir el argumento con-

sistente en que no siendo el libre albedrío más que una abstracción y no teniendo completo ningún individuo, el sentido jurídico no puede ser más que una responsabilidad relativa, y de aquí proviene la perplejidad de los jueces al aplicar las leyes penales. Los partidarios del determinismo no han podido por su parte destruir el argumento consistente en que si el delincuente obra siempre impulsado por la fatalidad del nacimiento ó del medio social en que vive, el hombre no tiene derecho á castigar al hombre, porque no puede ni debe enmendar la plana á Dios. Pero como con la aplicación de este principio la sociedad sería imposible, espiritualistas y antropólogos han llegado á un acuerdo, si no en lo esencial de la cuestión, en el terreno práctico. Se ha convenido en que la cárcel no ha de ser un hospital de locos ó degenerados; pero sí una escuela.

El castigo del delincuente no ha de ser una venganza de la sociedad, sino un me-



DOS VIEJOS AMIGOS. — Cuadro de Margarita Pfeifer [artista alemana]

dio de defensa fundada en la solidaridad social, y en el convencimiento del castigado de que la pena á que la sociedad le sujeta es la merecida y justa en razón de la parte voluntaria que hubo en el hecho castigado.

No es trascendental la conclusión, pero convengamos en que los congresistas de Ginebra no han perdido del todo el tiempo: la comunicación de ideas entre hombres ilustrados y sinceros es siempre un bien, si quiera contribuya únicamente á dominar sus egoísmos y sus vanidades ante la persuasión de que el mundo es como es y no como filósofos y gobernantes quieren que sea.

Los periódicos publican estos días la lista de los actores y actrices que forman las compañías que han de actuar en los teatros de Madrid en la próxima temporada de invierno. En cuanto á nuevas producciones de nuestros autores dramáticos se habla como ya aceptadas por la Empresa del teatro español, de las siguientes: *La calumnia por castigo*, *El Loco de Dios* y la refundición del drama de Calderón de la Barca *La hija del aire*, las tres de Echegaray (don José). Una adaptación á nuestro teatro de la *Cleopatra* de Shakespeare, hecha por Sellés. Un drama titulado: *La tierra baja* escrito en catalán por Guimerá y traducido al castellano por Echegaray. *La real moza*, comedia de Feliu y Codina. Otra comedia *La primera actriz*, de Ramos Carrión y una traducción de *Las bodas de Figaro*, hecha por don Luis Valdés. Se dice además que tienen ofrecidas obras los señores don Leopoldo Alas, don José Francos Rodríguez, don Félix González Llana, don Luis Ansorena y otros conocidos autores. Se añade que la señora Pardo Pazán ha resuelto, por fin, hacer representar la comedia que hace dos años tiene escrita y se anuncia también una obra de don Gaspar Núñez de Arce, otra de Dicienta y una traducción del *Rey Lear*, de Shakespeare, hecha por Pérez Galdós.

J. GÜEL Y MERCADER.

Madrid: 1896.

NOCTURNAL

Al Doctor Angel María Corao.

Oh! noche larga! El pensamiento vela,
y es todo oscuridad en derredor;
lucha la duda y vence, y angustiado
palpita—ante su triunfo—el corazón.

**

Mas de repente, entre las mismas sombras
en que envuelve á mi espíritu el dolor,
surge, cual entre nubes una estrella;

la radiosa visión

de la casta mujer que un tiempo fuera
centro de mi esperanza y de mi amor,
y que, implacable, á las caricias mías

la muerte arrebató

La miro, como siempre seductora;
el semblante cubierto de rubor;
en los ojos azules todo un cielo
y en los rubios cabellos todo un sol;
prisionero en los labios el ardiente

beso de la pasión,

y palpitante el seno inmaculado,
en donde tantas veces descansó
la frente soñadora del poeta,
buscando su perdida inspiración.

**

Ah! si fueras eterna, triste noche
de insomnio y de dolor!
Noche de mis recuerdos bendecidos!
¡Cuánto gozara yo
viendo surgir, de las tinieblas mismas
de mi muerta pasión,
á la niña radiante y seductora
del semblante cubierto de rubor,
de los ojos azules como el cielo
y los cabellos rubios como el sol.

J. A. MARIN

Valencia: 11 de octubre de 1896.



RECUERDOS DE UNA MUJER

A MARTIN ZULOAGA Y TOVAR

I

¡Hoy hace un año!..... ¡Cuán presto
Pasan las dichas humanas!
Duran menos que la espuma
Que arroja el mar en la playa!
¡Te acuerdas?..... Era una bella
Y poética mañana:
A la luz del sol naciente,
Temblando en las verdes cañas,
Los diamantes de la aurora
Luefan á la distancia
Como menudas estrellas
En un cielo de esmeralda;
El humo del torreón
Que hacia los cielos se alzaba;
De la convecina aldea
La vibradora campana
Melancólica y solemne.
Convocando á la plegaria:
Único puerto del hombre
En las tormentas mundanas;
Fuente de dicha perenne,
Dulce misteriosa escala
Que puso Dios compasivo
Entre su trono y el alma:
Aquellas tiernas palomas
Tan tímidas y tan mansas;
El aroma de las flores,
Difundiéndose en las auras;
Orillas del arroyuelo
Las ovejas atropadas,
Tú, cándida, vaporosa
Cual los sueños de la infancia,
Lucías junto á lo negro
De aquellas pobres esclavas
Como solitaria estrella
En una noche nublada.
Todo era paz y contento,
Todo á soñar convidaba,
Y sentí por la mejilla
Rodar silente una lágrima,
Porque no hay para el proscrito
Placer en tierras extrañas.

II

¡Recuerdas las dulces horas
Cuando, en mi brazo apoyada,
Íbamos por la campiña
A la luz de la mañana?
¡Recuerdas aquella humilde
Y reducida cabuñá;
Que bastaba á nuestra dicha
En los delirios del alma,
Y objeto de tantos sueños
Y tan locas esperanzas!.....
¡Y la pintoresca gruta,
Repetiendo las palabras,
Que brotaban cañifosas
Del fondo de nuestras almas!.....
Te adoro, decía el labio;
Te adoro, el eco vibraba;

Te adoro, repercutía
La vibración apagada.
Aquellas flores campestres
Azules, rojas y blancas
Donde temblar se veían
Los tiernos besos del alba,
Y caer sobre tus rizos
Que, ondulando, semeñaban
Las olas de un mar de oro
En diamantes coronadas;
Las aves desde sus nidos
Diciendo en su dulce habla:
Allá vienen los amantes,
Y al pasar nos saludaban.
Oh! recuerdos de esos días,
¡Oh! halagüeñas esperanzas!
Durasteis lo que la espuma
Que arroja el mar en la playa.....

III

Y en la vespertina escena,
¡Qué magnífico espectáculo
El sol de aquellas regiones
Hundiéndose en el ocaso!.....
En esa hora solemne
Todo es agosto en el campo:
El grave són de la esquila
Guiando al redil los rebaños;
Los rumores que en el bosque
Gimen del céfiro blando,
Y la postrer despedida
Que al sol envían los pájaros.
Cesan, al fin, de las aves
Los melancólicos cantos,
Reina el silencio, no se oyen
Sino los suspiros vagos
Que en el seno de la brisa
Se dilatan sollozando.....
Cúbrese en sombras la tierra
Y brilla el oscuro manto,
Al fulgor de los cocuyos,
Cual un paño funerario;
Van los trémulos luceros
Su blanda luz derramando,
Mientras allá, en el oriente
Asoma el nocturno faro.

IV

Te recuerdo, vaporosa
Sobre tu negro caballo,
Como ideal amazona
Cruzabas aquellos campos.
Al aire la cabellera,
Flotante el ropaje blanco,
Me parecía imposible
Que fueras un sér humano.

V

¡A qué deplorar hoy—tristes
Nuestras venturas pasadas,
Si todo es precedero
En esta vida precaria?
Si ya sabemos que es ley
De toda dicha mundana,
Durar menos que la espuma
Que arroja el mar en la playa!

F. PIMENTEL

EL CRIMEN DE HÉCTOR

FRAGMENTO

—“Vate insigne, tu cántico sonoro
moja sus alas en acerbo lloro;
y tus hondas tristezas y dolores
semejan en tus versos brilladores
gotas de sangre en armadura de oro.
¿Qué misteriosa pena te devora?
¿Qué desengaño arrebató la calma
á tu dulce existencia soñadora?
¿Qué voraz ambición te muerde el alma?
Héctor, ¿por qué te juzgas desgraciado
debiendo ser feliz? Sobre tu cuna
arrojó sus tesoros la Fortuna
y tu frente las musas han besado.
Desprecia á los espíritus proteros
que ceban en tus ojos su coraje:
¿no han de insultar los tenebrosos cuervos
á los cisnes de cándida plumaje?
La envidia es una pérfida serpiente
que embiste á los que irradian en las cimas

del Arte; mas su rabia es impotente que no puede clavar su corvo diente en el bruñido acero de tus rimas.
 ¿A qué te abate, pues, el desconsuelo?
 ¿Qué desdicha es la tuya, Héctor amigo?
 De tu intensa aflicción descorre el velo y tu pesar compartiré contigo.
 —Amo, dulce Quirino, con locura á una deidad cuya morada ignoro: sólo una vez he visto su figura; la busco y, al no hallarla, sufro y lloro.
 ¿Ves cuántas flores hay en los verjeles?
 Pues su cuerpo más gracias atesora.
 El que bese su boca de claveles en ella besará toda la aurora.
 Al rayo de la luna nacarada absorto contemplé sus formas bellas y abrióse ante mi mente fascinada un horizonte azul lleno de estrellas.
 Desde entonces la busco noche y día y no la he vuelto á ver.— ¡Y ése es tu duelo . . .
 Mujeres hallarás de ojos de cielo y faz de diosa en la imperial orgía.
 Allí verás sonrisas hechiceras en que el ansia de goces se retrata, labios de fuego, undosas cabelleras, senos cual globos de luciente plata . . .
 ¡Impureza, abyección y podredumbre!
 No compares la zarza con el lirio,
 Ni el vil pantano con la enhiesta cumbre:
 ¡la hermosura que adoro con delirio toda es pudor, magnificencia y lumbré!—
 Tal conversaban Héctor, el poeta, y su amigo Quirino, actor romano, más alegre que una ánfora de Creta, caminando los dos por la ancha vía, hacia el *palacio de oro*; que el tirano en su mansión celebra loca orgía en honor de los vates, los histriones, los músicos, cantantes y bufones que alcanzaron en Roma nombradía.”

MANUEL REINA.

LA TUMBA DE NAPOLEON

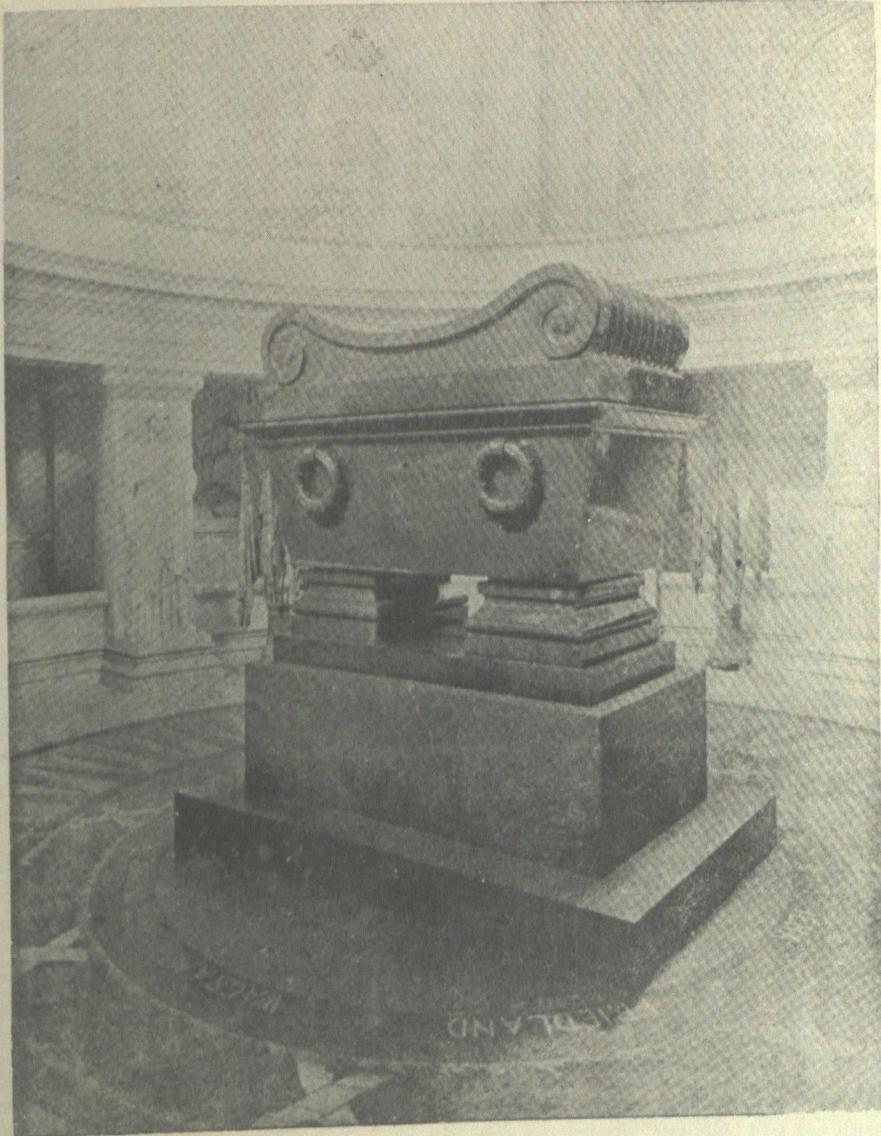


Entremos hoy al Cuartel de los Inválidos. Si se impresiona siempre el espíritu al acercarnos á la puerta de los templos levantados por las religiones á la glorificación de sus Dioses, también se exalta bajo las cúpulas graníticas destinadas por los pueblos á la in-

mortalidad de sus héroes; en los únos palpitan las oraciones del culto divino, en los otros vive el estandarte y la historia de la Patria.

En los Inválidos todo tiene el sello de la guerra.

La primera observación que hacemos al franquear la reja de la parte Sur, que conduce á la Capilla de la tumba imperial, es el servicio confiado á los inválidos de las guerras sostenidas por la Francia. Ellos viven, llenos de gloriosísimas cicatrices, en ese asilo augusto, que la nación francesa les da para que, como soldados caídos al pie de la bandera, velen el sueño del Capitán invicto, del Emperador amado que si muerto en dura roca, preside desde la azul esfera la bravura de su pueblo, siempre la misma, ya en Wagram como en Waterloo, en Magenta como en Sedán; la adversidad no lo abate, y á semejanza de los antiguos helenos, se rehace y disputa de nuevo el triunfo que el Destino le arrebatara contra las cargas de sus coraceros y la metralla de sus escuadrones.



LA TUMBA DE NAPOLEÓN

Quando el Rey Ciudadano ideó trasladar el cuerpo de Napoleón el Grande, de Santa Helena á París, hubo de considerar que sólo podía descansar entre sus hermanos, los guerreros, bajo la dorada cúpula del Cuartel de los Inválidos. Ningún sitio cuadraba mejor al sueño del soldado que de simple oficial de artillería en los días de la Revolución, llega á ceñir la espada de General en Jefe de los Ejércitos de Italia; que atrevido ejecuta la campaña de Egipto y arenga á sus escuadrones al pie de las Pirámides; que de Primer Cónsul sube las gradas del Trono para recibir de manos de un Papa, en el altar de Notre Dame, la Corona de los Emperadores de Francia; que cambia las fronteras de las naciones europeas y repudia á Josefina, para dar descanso á su frente, cargada de todos los laureles, sobre el blanco pecho de una Princesa de la Casa de Austria.

Pasemos por la férrea puerta del templo levantado en 1671 por Luis XIV, y cuya áurea cúpula domina sobre las altas torres de los monumentos de París.

El frío de los mármoles que forman paredes, y columnas y estatuas, es así como la demostración lúgubre y melancólica de la casa donde moran muertos ilustres.

Allí está la tumba del Rey Jerónimo. Más allá dos grupos alegóricos, de altas dimensiones, sobre los sepulcros de los mariscales Vauban y Turenna.

El altar del mausoleo imperial es gran-

dioso. Dos escaleras de mármol blanco con barandas de mármol negro conducen á la base de aquél. El baldaquín, de bronce, lo sostienen cuatro torneadas columnas de onix jaspeado. Un cristo bellissimo, de color de nieve, sobre cruz de oro, domina el templo. Es Jesús desde la marmórea altura amparando con sus abiertos brazos al glorioso vencedor de Europa; es la Religión del cristianismo unida á la Patria para consagrar la inmortalidad del guerrero omnipotente.

Bajo la cúpula principal está la tumba de Napoleón. Una galería abierta rodeada de baranda de mármol presenta á la vista el magnífico monumento. Once gradas conducen por detrás del altar á la entrada de esta cripta, la más suntuosa entre los sepulcros de Reyes y Emperadores antiguos y modernos. Tres millones de francos costó su construcción.

Sobre la puerta de bronce, leemos lo siguiente: *Je désire que mes cendres reposent sur les bords de la Seine, au milieu de ce peuple français que j'ai tant aimé.*

Un inválido, de riguroso uniforme, monta la guardia de honor.

Dos estatuas colosales se elevan á los extremos de esta puerta. Una representa la Fuerza Civil, la otra la Fuerza militar; sostienen en las manos, sobre cojines, el Globo y el Cetro Imperial.

Allí están Duroc y Bertrand! Aun á través de las sombras de la muerte montan centinela los bravos granaderos! Al leerse en

el mármol negro el nombre de Bertrand, parece que el eco repitiera la heroica frase que vivirá eternamente sobre el campo de Waterloo: *la guardia muere pero no se rinde*, arrojada á la cara de los lanceros de Weelington, cuando los pardos celajes de aquella tarde de muerte y de exterminio, cubrían la derrota de las águilas francesas, y en el campo de los ejércitos aliados los clarines tocaban el himno de la victoria.

La cripta es circular: tiene 23 metros de diámetro; y seis bajo el pavimento. Doce estatuas colosales sostienen el techo; cada una de ellas simboliza una victoria, y entre una y otra se observan haces de banderas extranjeras, unas cortadas por las lanzas y los sables, otras manchadas de sangre y de pólvora, y las demás agujereadas por el plomo de los fusiles y del cañón. El sarcófago, de granito rojo de Finlandia, recuerda los porfiros de la antigüedad; su forma está tomada de la escultura egipcia; descansa sobre un sáculo de granito de Rusia, de color verde claro. Mide 4 metros de largo por 2 de ancho y 5 de alto. El piso de la cripta está cubierto de rico mosaico figurando una inmensa corona de laurel sobre una estrella, y de cuyos rayos caen los nombres de Rivoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Wagram, Moskowa; y del centro de estas figuras se levanta el monumento. Doce inmensas lámparas, estilo pompeyano, rodean la galería abierta que se ilumina sólo en los días aniversarios del nacimiento y de la muerte del Emperador.

El Cuarto de la Espada es de mármol negro, y está destinado á servir de cofre á reliquias que pertenecieron al Emperador: allí están la espada que cifera Napoleón en Austerlitz, las cruces que usaba al pecho, la corona de oro ofrendada por la ciudad de Cherburgo. 60 banderas arrebatadas por Bonaparte al enemigo en los campos de batalla, cubren desplegadas las paredes de aquella mansión de lúgubre belleza; banderas egipcias y turcas, rusas y alemanas, austriacas y españolas, prusianas é italianas; sólo falta la inglesa; el águila imperial quedó vencida en las dos ocasiones que midiera sus fuerzas con el leopardo; y ambas veces el triunfo cambió las corrientes de la política europea, y marcó sus nombres en los anales de la guerra: Trafalgar y Waterloo! son dos tumbas que estremecen la historia militar de las naciones!

Duerme tranquilo; oh, magno guerrero!

La Francia guardará tu sepulcro con la fuerza de sus cañones, pero las democracias pasarán por sobre tus laureles para implantar en la tierra la luminosa antorcha de la libertad!

CARLOS A. VILLANUEVA.

LA MENDIGA

(DE STECCHETTI)

Dejaba yo el banquete, harto de vino,
Y vi en la calle estrecha
Una mujer, postrada en mi camino
Y en lágrimas deshecha.
Extendiendo las manos descarnadas,
Trémula y balbuciente,
Imploraba con voces angustiadas
La piedad de la gente.
Era una rapazuela todavía;
Y, al cuerpo mal ceñidos,
Con míseros harapos encubría
Sus miembros ateridos.
Partí con ella mi causal escuso,
Y con amor la dije:
—Torna á tu madre que, en su pena, acuso
Por tí sólo se atige.—

Triste sonrisa apareció un instante
Sobre su labio yerto,
Y al cielo alzando el pálido semblante
Gimió:—¡Mi madre ha muerto!
Mi madre ha muerto..... el porvenir me aterra,
Y la estación es cruda;
Nadie piensa ya en mí sobre la tierra,
Tengo hambre y voy desnuda.—
Sentí entonces el pecho lacerado
por un remordimiento doloroso,
Y huí ante la miseria, avergonzado
De ser casi dichoso.

EDUARDO LUIS DEL PALACIO.

CRONICAS LIGERAS

LA CRIADORA



Después de la suegra, la "criadora."

Hablo de los escollos del matrimonio.

Se casa usted, y en premio de tan acertada resolución, le concede el cielo uno ó más chicos, que usted recibe con el

natural regocijo.

Pero á lo mejor resulta que la compañera de usted no puede "criar," por cualquiera de las razones del caso.

La necesidad de la mamá postiza es evidente.

Y aquí es donde hay que verle á usted, porque en tales emergencias todos los miembros de la familia tienen voz y voto.

—Lo que debe usted buscar es una isleña sana y robusta, opina una tía del niño.

—No! Las negras son más saludables, rectifica otro deudo.

—La criadora debe ser examinada por los médicos, no tener amoríos en la calle, y ser de buen humor, en todas las acepciones de la palabra; y de buena medida.

—Lo más importante, ingiere un primo de la señora—estudiante de medicina,—lo más importante es averiguar los antecedentes patológicos.

—¿Y por qué no se deciden ustedes á buscar una chiva? pregunta un amigo de la casa.

Al cabo de mil gestiones costosas la suerte le depara á usted lo que le conviene: una "criadora" sana y módica, que no pide sino veinticinco pesos mensuales, ropa para andar por casa, y ropa de lujo, lavado, y gastos menudos. Pero no se compromete á lidiar al niño de noche, y por lo que hace al día, saldrá cuando á bien tenga, porque *el tiempo de los esclavos se acabó*, según dice ella, que está muy bien informada sobre el particular.

—Bueno, señora, bueno, contestan usted y su esposa, que ven en aquella mujer la Providencia con pañolón.

—A qué horas comen ustedes?

—Hombre; unas veces más temprano, y otras más tarde.....

—Pero qué desorden.....

—Ya lo arreglaremos al gusto de usted. No tenga usted cuidado.

—¿Y qué comida le dan á una aquí?

—Pues..... la misma que en todas partes, más ó menos.

—Es que yo, aunque ustedes me ven así, estoy criada con estimación.

—Ya se conoce.

—¿Y el niño llora mucho?
—Casi nada Apenas se siente.
—Bueno; tengo que ver si me acomoda la pieza que me van á dar.

A Dios gracias el interesante personaje se acomoda, y desde aquel día comienza á ejercer, y á engordar, y á darse vida regalada. Buena cerveza, chocolate á discreción, vinos excelentes, frescos, carato de ajonjolí, y chucherías, y mimos.

No vive usted ni trabaja sino para servir á la criadora, y adularla, y mantenerla en un estado de salud que ya quisiera usted para su familia.

En cambio el hijo de usted languidece, merced á las conocidas maulerías del gremio lactario. (El gremio lactario son las criadoras.)

La criadora echa mano de todas las artes imaginables para defraudar al lactante.

Y vaya usted á hacerle una observación, y dispóngase á oír cosas buenas:—"que qué se ha figurado usted; que la color no hace á las personas; que ahí donde usted la vé ella es una señora como cualquiera otra; sólo que es pobre, y que si la siguen trabajando bien pueden darle sus *centavos pa largase*."

—Pero Petronila (supongamos que la criadora se llama Petronila, que es lo menos que puede llamarse una persona) Pero Petronila; si á usted todos la respetamos y la estimamos en lo que vale.

—Es que con el cuento de "la criadora" pretenden *sobajarla* á una.

—Si aquí nadie la llama á usted "la criadora," sino "la señora encargada de la lactancia."

Aquel es un día conflictivo. La criadora le ha dado á usted con la puerta en las narices, y permanece encerrada en su cuarto como una leona en su cueva. Usted y su esposa consternados deliberan sobre la forma de la satisfacción que se la debe dar, en tanto que el chiquitín se desgaña, acosado por el hambre.

—Mira á ver de qué manera te le insinuas á Petronila, dice usted á su atribulada esposa.

—Pero si está hecha un demonio, y si el niño mama ahora se envenena.

—Bueno; la iremos calmando poco á poco.

¡Caramba! Como es posible que hayamos incurrido en el enojo de Petronila!.....

¡Pobres víctimas de las mamás sofisticadas!

La dictadura de la "criadora" es la más oninosa y voraz de las dictaduras.

Cierto que algún día se redime usted de ella; pero es cuando ya se lo han comido y bebido. Digo, tomándolo á usted en sentido figurado.

JABINO.

DE LA LITERATURA

Y

DE LA HISTORIA

I

.....à chaque maître, à chaque
toile, à chaque école, était attaché
le mot: *Mystère!*

Larousse, *Fleurs historiques*.

Al señor Director de EL COJO ILUSTRADO:

Creo que no existe en Venezuela, señor Director, un libro semejante á los que Pierre Larousse escribió con el objeto de reunir metódicamente los epígrafes, locuciones y cognominos dispersos en las obras literarias é históricas de los países y "en donde estuviesen explicados y comentados los hechos, las palabras célebres, las circunstancias curiosas, las frases originales que á cada paso se encuentran citadas en la lectura ó recordadas en la conversación"..... "Un libro que enseñe la historia sin cansancio, dándole el interés de la novela."

Pienso que tal obra sería de saludable re-



CAMPAMENTO GOAGIRO. — Cuadro de Carmelo Fernández. — Museo del Zulia — (Maracaibo)

creación á la vez que de provecho, y recurro á las páginas de su hermosa Revista para emprenderla, esperando tenga buena acogida tanto de su inteligente dirección como de los lectores.

Muy obediente servidor,

EDMUNDO GRAMONT.

Cherbourg: 1896.

II

ACTA EST FABULA

(LA COMEDIA HA CONCLUIDO)

El administrador del teatro antiguo, terminada la representación de una pieza, aparecía en la escena y lo anunciaba con aquellas palabras á los espectadores; y acaso habrían quedado sin gran trascendencia histórica, como otras tantas frases consagradas en los espectáculos y actos públicos de la antigüedad, si no hubiese sido repetida en ocasión de alta y gloriosa grandeza, por uno de los más ilustres romanos.

Habían pasado las dictaduras de Mario y de Sila; Roma había llevado sus galeras conquistadoras hasta el Atlántico y sus legiones victoriosas á las orillas del Rin y del Danubio por la Europa, á los desiertos de Sahara y á las cuencas del Nilo por el Africa, y á las riberas del Eufrates por el Asia. Volvían enardecidos los legionarios, á sus campamentos de la ciudad latina y volvían á las órdenes de un solo hombre, Octavio, á quien se debía aquella inmensa expansión del territorio romano.

La ciudad vino á ser la metrópoli del primero y más poderoso imperio de la tierra; la autoridad se encomendó á un solo ciudadano; el Cónsul se llamó *Imperator*; Octavio se hizo Augusto. Cuarenta años de paz, la paz octaviana, nacieron de la habilidad y de la fortuna del César: bajo su imperio y á su mandato, Vitrubio legislaba sobre los órdenes

arquitectónicos; Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso construían la historia; Ovidio y Varrrón modulaban sus acentos, y Virgilio y Horacio cantaban un himno á la gloria de aquella patria magna y á la gloria de su magno fundador.

Este sintió un día que las fatigas del poder y los achaques de la edad no le permitían vivir más: se hizo conducir á la quinta en donde su padre había muerto, peinó sus cabellos, se engalanó como para una fiesta y dirigiéndose á los amigos que rodeaban el lecho mortuario:—He representado bien mi papel? les preguntó.—Sí, le contestaron.—Pues bien, ciudadanos, aplaudid: la comedia ha concluido! (*Plaudite, acta est fabula!*)

También Rabelais, en su hora final, acordándose de aquel último grito del dolor humano, síntesis del estoicismo antiguo como fue síntesis del fatalismo mosaíta el *Consumatum est*, profirió la frase de Augusto, amargándola con su hiriente sátira:—Corred el telón, el sainete ha concluido! (*Tirez le rideau, la farce est jouée!*)

EDMUNDO GRAMOT.

ES LA MATERIA MOVIMIENTO?

A MI QUERIDO MAESTRO EL DR. AGUSTÍN AVELEDO

I

En las regiones del arte y de la ciencia, es tan extenso el radio que abarcan las ideas, su naturaleza tan múltiple, y son tan heterogéneas sus manifestaciones, que en él tienen empleo todos los esfuerzos y hay lugar para todas las aptitudes.

Por eso, á más de facultad, es un deber ineludible para todos romper una lanza siquiera en la lucha sin tregua de la razón contra la fuerza, de la voluntad con el instinto y del pensamiento contra la ignorancia.

Obedeciendo á ese mandato y acogido por la hos-

pitalidad de EL COJO ILUSTRADO, arena gloriosa donde se pelean nuestras justas intelectuales, aporto mi pobre contingente á la obra que ilustran hoy plumas tan galanas, y tan brillantes talentos de patrio linaje en busca del fin soñado: despertar el interés por los estudios serios y hacer amar á la naturaleza, con amor fecundo y útil, que tienda á mejorar nuestro cuerpo y satisfaga las más puras aspiraciones del espíritu.

Entre las grandes cuestiones que la ciencia no ha resuelto todavía, ninguna de más trascendencia que la de la íntima constitución de la materia. En todos los tiempos ha sido este un enigma cuya solución ha empeñado los trabajos y la inteligencia del hombre: físicos, matemáticos, naturalistas y filósofos, todos han contribuido; desde los tiempos más remotos hasta el presente, apenas se encontrará un pensador digno de su nombre, que no haya metido baza en el asunto.

Ya veinte siglos atrás Demócrito proponía su teoría de los átomos, de mérito grandísimo, si consideramos los escasos conocimientos y los medios primitivos de observación de aquel entonces; pero débil é hipotética, como todas las demás establecidas en épocas ulteriores, por carecer de la garantía experimental.

Era necesario poseer todo el inmenso acopio de fenómenos y de leyes descubiertos en estos tres últimos siglos, para poder sentar una teoría seria basada sobre verdades incontrovertibles y que hubiesen ya tomado carta de naturalización en el mundo científico.

Ahora bien, será realmente posible, á la luz de nuestros actuales conocimientos, establecer una teoría completa de la materia? Antes de entestar sí ó nó, hay que considerar primero qué se entiende por una teoría de la materia.

La química nos ha dado en las leyes de la composición y de la disociación, y en la teoría atómica, el secreto de la estructura de los cuerpos: por ejemplo, sabemos que el hierro es un cuerpo simple, conocemos los componentes del agua y la proporción en que se combinan el hidrógeno, el cloro y las condiciones bajo las cuales se descomponen las combinaciones de dos ó más cuerpos. Pero será dado á nosotros simples mortales pasar de ahí; descubrir el secreto de por qué el hierro es hierro, y á que se debe esa inmensa diferencia entre el platino y



el oxígeno, es decir, pasaremos más allá del átomo algún día?

Y qué es el átomo? Materia sólida, ó según la hermosa abstracción de Stuart Mill, únicamente "una constante posibilidad de sensación?" Será el átomo indivisible, ó más bien será la materia de todos los cuerpos una misma?

Es cierto que la solidez de los átomos, es á primera vista más fácil de concebir que su indivisibilidad; pero no es así, antes bien hay para ello que explicar primero la elasticidad de los sólidos, cuestión más complicada de lo que pudiera creerse.

Por otra parte la indivisibilidad de los átomos es ya un hecho casi demostrado; quiero decir con esto, no que un átomo de platino por ejemplo sea *absolutamente* indivisible sino que el átomo pierde su individualidad al dividirse, sus partes *ya no son platino*.

La teoría mecánica del calor y la teoría dinámica de los gases tan espléndidamente desarrolladas por Joule y por Clausius, infunden en muchos la esperanza de llegar al fin á explicarnos la materia de un modo análogo, y á confirmar esta idea concurren hechos y fenómenos observados de órdenes diversos.

Un trompo que gira se mantiene en equilibrio, y este es tanto más estable cuanto más rápido sea el movimiento de rotación; una bola de madera arrojada al fondo de un vaso de agua en reposo vuelve inmediatamente á la superficie, pero si el agua gira rápidamente al rededor de un eje que coincida con el eje del vaso, la bola se mantiene en el fondo como si estuviese embutida en jalea; finalmente el caso de la bicicleta, la cual se conserva en equilibrio por el movimiento: cuerpos dúctiles y en equilibrio inestable, transformados temporalmente en rígidos elásticos y estables.

Estos y muchos otros ejemplos que podría citar dienden á demostrar por modo clarísimo, que la elasticidad de los cuerpos es debida al movimiento. Y nada tiene de imposible que esta sea la primera jornada en la vía de reducir las demás propiedades de la materia á la misma causa original.

Otros fenómenos que arrojan también mucha luz sobre la cuestión, nos los ha proporcionado esta vez la electricidad por manos del eminente Crookes—me refiero á los fenómenos del radiómetro, los cuales, aunque muy conocidos, son tan bellos é interesantes que no puedo menos de describirlos, siquiera sea muy por encima.

Si tomamos un "tubo de Crookes," reducimos el aire ó gas que contiene á un grado extremo de enrarecimiento y hacemos pasar una fuerte descarga eléctrica, observaremos no ya la luz estratificada y brillante de los tubos ordinarios de Geissler, sino una *luminosidad* más difusa que llena todo el tubo á excepción de un espacio oscuro que rodea el catodo (electrodo negativo), espacio que mide el "trayecto libre" de cada molécula de gas en el tubo. Este espacio es una especie de reino exclusivo, región que señorea la molécula, y el cual ninguna vecina puede disputarle sin exponerse á una colisión. Estas son constantes, y en número incalculable fuera del espacio oscuro, como bien lo demuestra el halo brillante que lo circunda.

Si *augmentamos* el vacío hasta una millonésima de atmósfera, las paredes del tubo brillan con una intensidad extraordinaria, y las partículas, atraídas por el catodo, chocan, son rechazadas con violencia y van á dar luego á las paredes del tubo, en corriente casi continua cuyo punto de partida es siempre el catodo; pues el anodo (ó electrodo negativo) representa aquí un papel muy secundario.

Preséntanse entonces á nuestra vista fenómenos extraños: 1º Un cuerpo opaco como una lámina de aluminio, que intercepta la corriente de partículas, arroja su sombra sobre la pared del tubo opuesta al catodo.—2º Si introducimos en el tubo una pequeña rueda de aspas sobre rieles, la fuerza de las partículas la hace girar y la traslada en dirección opuesta al catodo.—3º Si sustituimos al catodo fijo uno movable, este se mueve en dirección opuesta á la corriente de partículas, y con igual fuerza—notable ejemplo de "reacción igual y contraria á la acción."—4º Un imán de bastante fuerza colocado cerca del tubo atrae la línea luminosa de partículas, la cual se dobla formando una curva que Crookes compara muy bien á la trayectoria de las balas de una ametralladora, sólo que las veces de la gravedad las hace aquí la atracción magnética.

Pero no será la línea luminosa una corriente eléctrica como cualquiera otra, dirá alguno, y las partículas hacen pura y simplemente el papel de alambre conductor?

A esta objeción contesta Crookes con un experimento sencillo y concluyente: pone dos catodos, en vez de uno, produce la descarga entre estos y el anodo ó polo positivo, y obtiene así dos corrientes de partículas. Es claro que, de ser dos corrientes eléctricas, según la ley de Ampère han de atraerse;

pero no sucede así, por el contrario se rechazan, luego son partículas electrizadas y ambas con electricidad negativa.

Es incuestionable que estos fenómenos son nuevos y no observados hasta hoy en los cuerpos, fenómenos que Crookes explica con su hipótesis de la "materia radiante," ó sea un nuevo estado de los cuerpos, bien que la idea original no sea suya; pues ya en 1817 decía Faraday: "Si concebimos un estado de la materia tan distante del estado gaseoso ó de vapor como este del líquido, tendremos una idea aunque vaga, de como puede ser la materia radiante."

Es de observarse que las propiedades de los cuerpos van disminuyendo á medida que estos se alejan de los estados sólido y líquido y parecen como confundirse unos en otros; ya en el estado gaseoso todos los cuerpos son transparentes y muy elásticos y finalmente en el estado radiante las diferencias se han atenuado tanto, que son casi imperceptibles y todos se conducen del mismo modo, probando así que las propiedades que aún conservan los cuerpos no pertenecen á determinada condición ó estado transitorio, sino que son patrimonio común de la materia.

Qué son pues los cuerpos en el cuarto estado?—Como hemos visto han perdido casi todas las propiedades que tenían en los estados sólido, líquido y gaseoso, y las pocas que conservan son precisamente las que antes predominaban menos. Es por lo menos probable, á no dudarlo, que estos sean los cuerpos en su estado final, que tocamos aquí los confines de la materia más allá de los cuales deja de existir.

Es también evidente que la existencia de la materia no llega á nuestro conocimiento sino por vía de las sensaciones que experimentamos; y si no, suprimidas, suprimid la impresión de resistencia que ella nos produce ó sea la inercia, suprimid mentalmente su peso y sus propiedades elásticas, y qué queda? Nada objetivo, nada real.

Y si fuese verdad que todas esas propiedades obedecen á una causa original, ya sea una, ya sea varin, pero de naturaleza dinámica, se nos ocurre preguntar: ¿No será la materia en sí muy diferente de la que vemos y palpamos? ó en otras palabras, ¿no será la tal materia una solemne embustera, y sus tan traídas y llevadas propiedades, los variados disfraces con que nos engaña y nos divierte en un perpetuo carnaval de todo el Universo?

No es esta idea resultado de generalizaciones aventuradas, ni tampoco es ella obra de algún físico poeta cuya imaginación extraviera el delirio de lo grande ó de lo imposible; son muchos los hechos comprobados y las verdades ciertas que la apoyan, y los órdenes á los cuales aquellos pertenecen de muy diverso género.

Otro día me extenderé sobre los que tal vez hablan más alto en su favor.

CARLOS DÍAZ LECUNA.

Baltimore, octubre de 1896.

PÁGINAS PARA LAS DAMAS

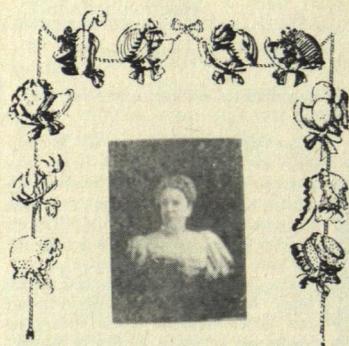
(COLABORACIÓN ESPECIAL DE EL COJO ILUSTRADO)

Hojas que caen.—Actualidades elegantes.—Faldas y mangas.—Golillas Enrique II.—El arte y los peinados.—El terciopelo y la moda.—Dos equipos.—Lo blanco en boga.—Errores del lujo.—La princesa María-Dorotea.—Una escritora alemana y las obras de Galdós.—El Teatro Real y sus abonados.—Notas de la vida madrileña.

Madrid: 7 de octubre de 1896.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.



son la señal, el indicio seguro, del regreso á Madrid de la alegre colonia emigradora, coinci-

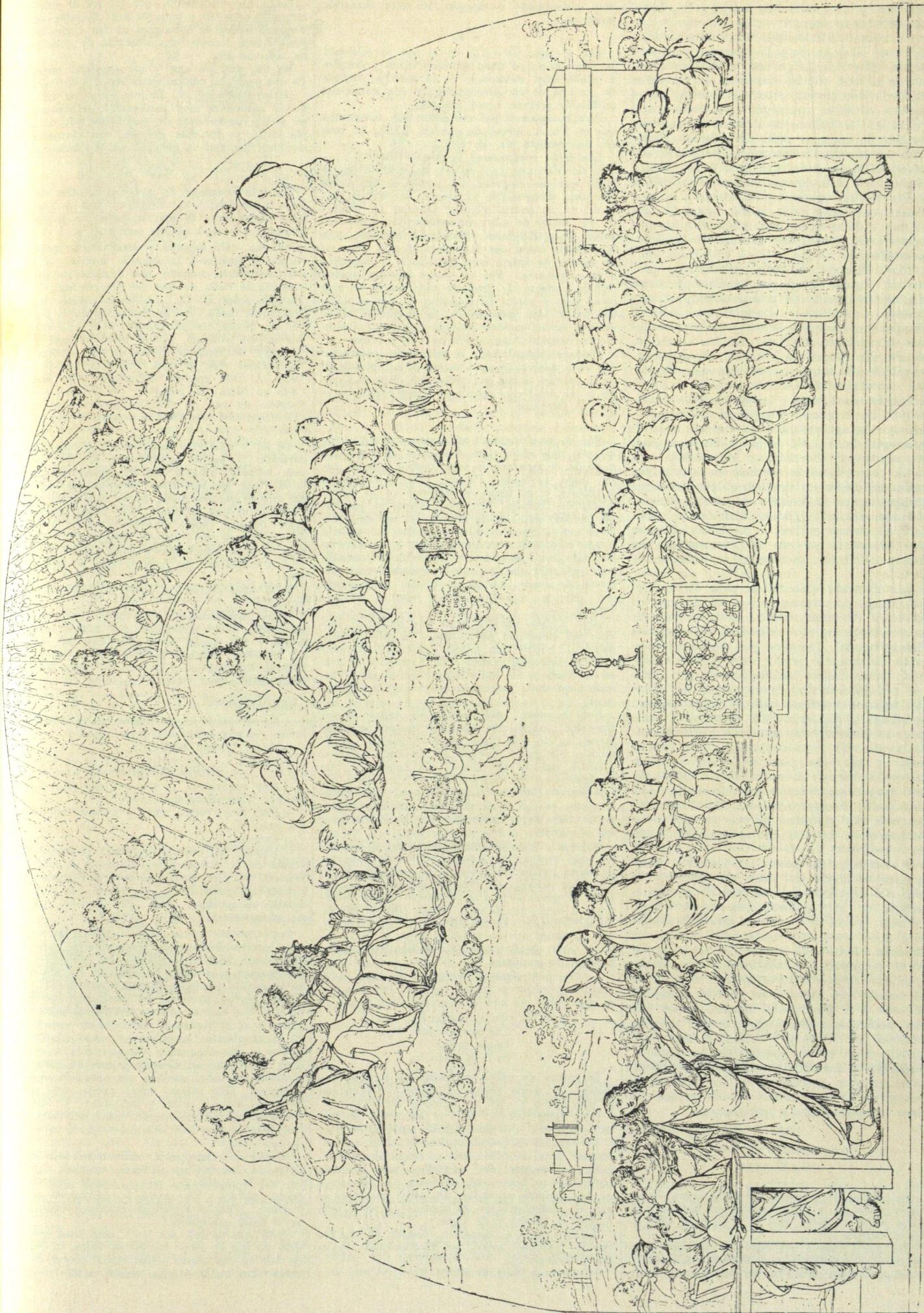
diendo con el arribo á orillas del Manzanares de la sociedad de buen tono, la aparición de aquellos modelos distinguidísimos del arte de vestir, llamados á marcar las corrientes generales del mundo europeo durante el invierno. Se desprenden de estas últimas, queridas lectoras mías, que las faldas forma *paraguas*, seguirán usándose, algunas adornadas con volantes y bieres, lisas además, pero todas, en absoluto estrechas hacia las caderas, abandonado en principio, el capricho que se iniciara este verano respecto á *paniers* y pabellones, conspiradores eternos contra la esbeltez femenina.

Tampoco el gusto europeo parece deseoso de inclinarse aún hacia las mangas lisas, y estrechas; dista de haberse agotado el tema de los globos, todas las mangas continúan ostentándolos en variedad infinita y encantadora, desde el globo fruncido de abajo á arriba, hasta el globo maravillosa combinación de dos colores y de dos telas, sin olvidar la forma de globos ya conocida, y á la cual para modernizarlos se aplican lazos caídos, escarapelas, bullonadas de encaje y lo que resulta por todo extremo gracioso, enormes lazos en forma de mariposa. Los adornos de los cuerpos, llamarán la atención este invierno por lo profusos y artísticos, siendo detalle feliz de los mismos los vuelillos de encaje puestos al final de las mangas y las preciosísimas golillas *Enrique II*, llamadas á general aceptación por lo que ceñidas á la garganta, encuadran perfectamente y son auxiliares poderosos de la belleza. Sólo tres ó cuatro de esas golillas hemos visto unas para cuerpo alto y otras para escote, confeccionadas con gasa de seda y encaje, muy fruncidas. Son suficiente sin embargo, este número, para que se juzgue de su efecto y para que desde luego quede asegurado su éxito.

Pero como todo suele tener en el mundo inconvenientes, esas graciosas y cómodas golillas se oponen un tanto á los peinados bajos puestos en boga. No cabe armonizar una cosa con otra y discútese en la actualidad el interesante tema de la reforma de los peinados. Creemos que al fin triunfará el peinado de rodete alto, en la temporada que se avecina sin inconveniente de que los delanteros vayan flojos como ahora y ondulado el pelo: mas aún, ello ha de contribuir al mejor adorno, al más artístico conjunto de las cabezas de nuestras bellas.

Todavía no se sabe á punto fijo cuales serán las telas que más predominen en la próxima temporada; pero cabe ya en lo seguro, que el terciopelo reinará en toda la línea, no precisamente negro, sino en varios matices oscuros como el verde-bronce, el gris-ceniza, el color pensamiento y el azul. Todos estos tonos resultan muy bellos en terciopelo, y como ese tejido siempre es rico y favorece, no nos extraña que todas sus resurrecciones sean acogidas con entusiasmo por el sexo á quien debe sus principales triunfos. Bien á bien, que hasta los hombres, parecían más hermosos en aquellos antiguos tiempos, en que usaban el terciopelo para sus caballerescas ropillas.

Por momentos pierde terreno la lencería en colores. Destinados á dos gentiles novias madrileñas, hemos tenido ocasión de ver opulentos equipos de boda, y en ninguno figura la ropa interior en colores, lo mismo la confeccionada en el extranjero que la salida de talleres españoles. A tal punto la moda se desentiende de enaguas bordadas, y mantelerías en color, que hasta se prescinde de este auxiliar en las marcas. Todo es blanco para el uso interior, blanco como la nieve que brilla en invierno en nuestras cordilleras, finísimo como la espuma que corona las olas en días de borrasca. Gustamos además, según hemos dicho diferentes veces, de extremar los temas; por eso sin duda, la elegancia ni siquiera usa pañuelos de seda en color; han de ser blancos, con marcas blancas



LA DISPUTA DEL SANTÍSSIMO SACRAMENTO. — Copia de un cuadro de Rafael

también y adornados con encajes y bordados de delicadeza suma.

¡Excentricidades del lujo! Los Estados Unidos han fabricado para la hermosa y célebre actriz, Lily Langtry, unas medias de finísima seda azul pálido, bordadas de pequeños rubíes. Han costado tres mil francos, obteniendo tal éxito, que según nos afirman, son ya varias las millonarias norteamericanas que acaban de encargarse otras semejantes. El hecho no necesita comentarios, partiendo del principio de que cada cual hace de su dinero el uso que le parece, pero considerándolo desde el punto de vista cristiano y humanitario, se nos antoja que nadie ha de creerse autorizado para tan inútiles derroches, mientras haya pobres en el mundo que carecen de lo indispensable.

María Dorotea, la bella archiduquesa prometida esposa del duque de Orleans, tiene un talento musical de primer orden y es compositora inspiradísima. Recientemente, sabiendo que unos pobres músicos no podían abandonar el pueblo situado al pie del soberbio castillo, donde ella veraneaba por falta de recursos, escribió la compasiva princesa una inspirada canción, titulada *Après la pluie, le soleil*, entregándola á modo de inesperado regalo, al jefe de la pequeña orquesta. Tanto gusto, que los pobres artistas merced á la filantropía de la bella archiduquesa reunieron con exceso el dinero que necesitaban. La noble compositora es popular en su patria; todas las clases sociales saben de memoria sus composiciones y como es autora además, del conocidísimo *Himno Real de los Honveds* el talento músico de la futura duquesa de Orleans ha salvado las fronteras de su patria, así como la fama de su hermosura y virtudes.

La *Deutsche Nundschau*, una de las revistas más importantes que se publican en la docta Alemania, acaba de dar á conocer un extenso trabajo crítico de la escritora Blennerhassen, que tiene por objetivo, las novelas del insigne escritor español Pérez Galdós, extendiéndose principalmente ese notable trabajo femenino en considerar las obras del famoso novelista bajo el doble aspecto sociólogo y filosófico. La escritora en cuestión demuestra haber estudiado profundamente la materia, y en conjunto, el citado trabajo, al par que pone de relieve su claro talento evidencia un amor hacia España, y un entusiasmo por nuestra literatura, que bien valen el sincero aplauso, de cuantos nos tenemos por patriotas celosos por conservar nuestro buen nombre en los anales de la cultura moderna.

A despecho de pesimistas profecías, parece que el abono del *Real* se cubre; y de ello nos alegramos en beneficio de la empresa que no ha regateado mejoras en el regio coliseo, y en bien de los esplendores del arte lírico, que tantos apasionados cuenta en Madrid. Dentro de breves días se inaugurará la temporada, y allí veremos de nuevo reunidas las aristocráticas bellezas madrileñas, el mundo que gasta y se divierte, el que da el tono á la Capital de España, y por felices podremos considerarnos si con mejores noticias de Cuba y Filipinas, el arte recibiendo dulce calor y protección de la mujer, su decidida enamorada, consigues hacernos olvidar pasadas amarguras, abriendo al ánimo acojido á la esperanza de más serenos días para nuestra sufrida y noble raza.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

TELEPATIA

Se hablaba del *perisprit*, del cuerpo astral, de exteriorización de la fuerza motriz, de telepatía y de otros temas similares, muy á la moda en estos últimos tiempos.....

Hé aquí la historia que contó el joven pintor Raul Dambreuse, hombre de naturaleza impresionable y nerviosa, y acaso un si es no es desequilibrada—pero

muy circunspecto é incapaz de una invención mentirosa.

* *

Era el año de 1878, en el que se celebraba la Exposición; yo tenía entonces veinte y dos años y estaba muy enamorado de la señorita Augusta X..... hija de un célebre tenor, y ella misma con envidiable porvenir como cantante.

Para la época á que me refiero, se encontraba ella en Viena, hospedada con su familia en casa del rico rentista Mr. H. O.....

Una tarde comíamos en la casa del Conde R....., calle de Varenne, y oí hablar de Augusta de un modo que me disgustó, no porque se dijese de ella nada desagradable ni mucho menos en su desdoro: yo no podría precisar por qué me contraría oír hablar de ella; los enamorados tienen extrañas susceptibilidades, delicadezas increíbles, una hipersensibilidad moral que los coloca algunas veces en un estado de ánimo muy próximo á la demencia ó la monomanía. Fue un placer para mí cuando dejó de hablarse de Augusta para hablar de otra cosa; pero á partir del momento en que su nombre había sido pronunciado, su imagen se había grabado en mi espíritu con tal intensidad, que no ví, en absoluto, nada de lo que me rodeaba.

Permanecí durante toda la velada sin pronunciar una sola palabra, y ya á media noche, después de pedir permiso á mis huéspedes, me disponía á volver á mi habitación situada en Passy cerca del bosque de Boulogne.

* *

Era yo para entonces un gran caminador, y no conocía nada mejor para distraerme de una preocupación, ó rechazar las ideas tristes, que un paseo largo y rápido. Púseme, pues, á caminar á la ventura, y no tardé en perderme en las encrucijadas de Grenelle. En un momento en que había perdido toda idea de orientación, me encontraba en una callejuela estrecha, completamente desierta y que yo suponía estuviera próxima á la oficina de Caill. De pronto un soldado de á caballo pasó cerca de mí; con gran asombro mío el soldado llevaba uniforme de húsar húngaro: dolmán azul celeste con galones amarillos, medias botas y polainas verdes.

¿Qué diablos venía á hacer este militar al servicio del emperador de Austria á la calle de Grenelle?..... Supuse que habría venido á acompañar á algún personaje exótico á la Exposición universal de París y me burlé de mí mismo por la facilidad que tenía para sorprenderme de lo más natural.

Pero de pronto, todo cambió de aspecto á mi alrededor: la callejuela oscura y desierta se transformó en un gran paseo espléndidamente iluminado por gas y rodeado de suntuosos palacios. ¿Habría pasado el puente sin notarlo y me encontraba en los Campos Eliseos?..... Pero no, aquellos no eran los Campos Eliseos. Una turba de gente pasaba á mi alrededor hablando alegremente una lengua extranjera que pronto reconocí ser el alemán.

Impulsado por una fuerza misteriosa é invencible, me escurí, más bien que me marché, y después de haber subido las gradas de la escalinata de un magnífico palacio, me encontré en un vasto salón lleno de gente y ví á un caballero vestido de negro y á una joven de traje blanco que se aproximaban al piano. El caballero me era desconocido, pero la joven no era otra que Augusta. Me pareció muy pálida y sus ojos brillaban con fulgor inusitado y alarmante.

.....Sonaron algunos acordes en el piano..... y Augusta principió á cantar con voz dulcísima, pero algo débil, el aire de *Las bodas de Figaro*:

Voí che sapete
Che cosa è amor
Donne vedete
Se lo nel cuor.....

De pronto, de pálida que estaba, se torna lívida; sacudí su cuerpo súbita convulsión, lanzó un grito desgarrador y cayó de espaldas, rígida.....

Gran consternación: todo el mundo se precipitó sobre ella! Era una confusión indescribible.....

Yo también habría deseado correr en su auxilio, socorrer á mi amada, pero me sentí como petrificado..... Después, sin transición, una profunda oscuridad se hizo á mi alrededor, y permanecí en una extraña vaguedad; sin poder conservar ni aun el sentimiento de mi identidad, y perdí toda noción de tiempo y de lugar.

Algunas veces al despertar, después de una noche de profundo sueño, he experimentado análogos sensaciones.....

Poco á poco volví en mí.

Sentía algo indefinible, que no era ni dolor, ni impresión agradable; pero que tenía de ambas cosas. Era una especie de hormigueo en las extremidades y al mismo tiempo, una sensación de dulce calor en todo mi sér.

En fin, abrí los ojos y me encontré recostado de una pared, en una callejuela desierta de Grenelle. ¿Habría soñado?..... En este caso, era un sueño de naturaleza bien particular. Decididamente, no podía convencerme de que había sido un simple sueño, y dos días después, una circunstancia me hizo fijar más la atención en el asunto.....

* *

Tenía la costumbre de ir todos los días de las cinco á las siete, á mi círculo, á leer los periódicos. Ahora bien, hé aquí lo que leí en la primera gaceta que cayó en mis manos:—

“VIENA.—Un singular y desagradable incidente “acaba de suceder á la señorita Augusta X....., “la encantadora cantante, que actualmente se encuentra de visita en casa del rico rentista, el honorable señor H. O.....—Cantaba anoche la encantadora dama, en un concierto, en el palacio “de Su Excelencia el príncipe de K....., cuando “de repente palideció, vaciló, lanzó un gran grito “y cayó de espaldas, presa de un síncope, y “fue preciso más de una hora para hacerla volver. A Dios gracias, la amable joven artista, “está ya fuera de peligro y los médicos que la “asisten no ven su desvanecimiento sino como “accidente nervioso, sin consecuencia desagradable.”

Yo leí y releí este despacho..... lo aprendí de memoria..... medité mucho sobre él. No había, pues, soñado? ¿Había sido trasportado de Grenelle á Viena, por una mano misteriosa, por un poder mágico que me había hecho impalpable é invisible á un tiempo mismo? No había sido el juguete de una simple alucinación, sino el héroe privilegiado de una historia fantástica..... Había seres *extra* ó sobrehumanos puestos á mi servicio..... á menos que no fuese juguete ó víctima de ellos!

Estas cosas causan un placer no exento de turbación.

Fuíme inmediatamente casa de mi amigo el doctor Frick, sabio honorable que falleció no ha mucho y que pasaba en aquella época por uno de los primeros fisiólogos de París y le conté mi historia, apoyada en el documento. Frick me escuchó atentamente, leyó el despacho de la gaceta, y me dijo con una seriedad que me llenó de estupefacción:

—No me queda la menor duda, mi querido Dambreuse, es una salida del *corpo astral*.

—Hum! ¿Cómo decís?.....

—Oh sí!..... ¿No sabéis lo que es el *corpo astral*?..... ¿No habéis oído hablar del *perisprit*?

—Muy vagamente..... sólo por discípulos del espiritista Allan Kardec.

—Pues bien! *corpo astral* y *perisprit* son la misma cosa.

—Pero.....

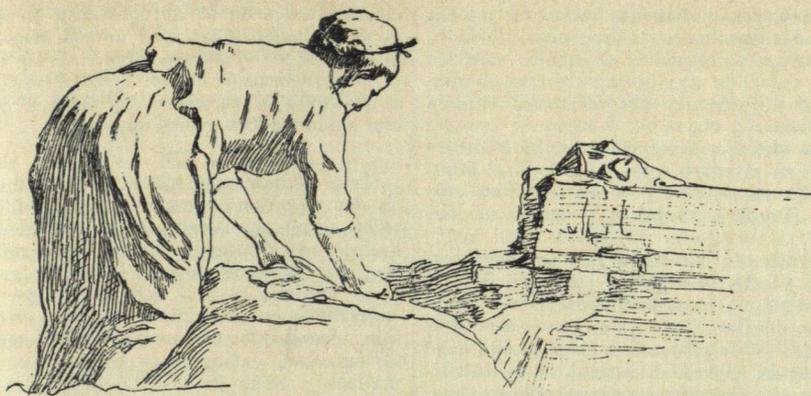
—Diantre! mi buen amigo, para poneros al corriente de la cuestión habría necesidad de una conferencia, ó mejor dicho, una serie de lecciones, racionalmente graduadas..... y quiero por lo tanto haceros un prólogo..... oh! un pequeño prólogo de iniciación:

Según ciertos sabios, ó iluminados, como gustéis, nosotros tenemos en nuestro cuerpo molecular otro cuerpo material también, pero compuesto de una manera muy sutil, tal como el que constituye la auréola luminosa de los astros.

Este cuerpo afecta la del otro penetrándolo, y es él el que anima nuestros órganos visibles y tangibles, y es el verdadero asiento de las sensaciones. El es la cubierta inmediata del alma. Los espiritistas le dan el nombre de *perisprit*; y es sin duda él, al que los filósofos griegos designan con el nombre de *alma sensitiva*, por oposición al *alma intelectual*. Este cuerpo astral puede, bajo cierta influencia hacerse visible y luminoso; y también abandonar momentáneamente el cuerpo molecular, que inmediatamente se hace insensible ó queda en estado de catalepsia.

El *perisprit*, impalpable, ordinariamente invisible, fluído de una sutileza inaudita, atraviesa el espacio con la rapidez del rayo, y puede penetrar los cuerpos sólidos. Ve, siente ó experimenta placer ó dolor. ¿Cuántas tradiciones, cuántas leyendas puede él hacer explicables!.....

Nada más os diré por hoy; pero estad persuadido de que el *corpo astral*, de quien la Ciencia de hoy en día afecta reírse, hará dentro de algunos años hablar mucho, mucho de él.



ESTUDIO DE ARTURO MICHELENA

Los fenómenos de la *telepatía*—se llama *telepatía* la percepción dolorosa de una desgracia que nos interesa y que sucede lejos de nosotros—serán, no lo dudéis, objeto de estudios y experimentos que transformarán nuestros pensamientos, nuestras costumbres y nuestras leyes!

* *

Las circunstancias hicieron que yo no volviese á ver á Augusta X..... sino diez años después de lo que acabo de referir. En este intervalo se había casado con un pianista vienés y yo había experimentado una larga y cruel melancolía.

Todas las tristezas se atenúan con el tiempo y fue por esta razón que no experimenté una comoción muy violenta al volver á ver á Augusta en el mundo, hace algunos años.

Recordéle entonces su accidente de Viena. Ella se estremeció violentamente y me miró con un aire que me hizo sentir un calofrío en las venas.

—¿Qué tenéis?—le pregunté.
—Me recordáis algunas cosas extrañas—me contestó.—Mientras estuve desvanecida á consecuencia de una indisposición nerviosa de algunos días, creí veros avanzar hacia mí y tenderme los brazos..... Y fue tan honda mi impresión, lo creí de tal manera, que aún después de haber recuperado mis sentidos, pregunté por vos y me sorprendí vivamente al saber que permanecíais tranquilo en París.....

SIMÓN BOUBÉE.

PAGINAS CORTAS

La Santa Delos

(POR JACQUES DES GACHONS)



os mástiles ahullan con el viento y las barcas que nos esperaban se dirigen trabajosamente hacia nosotros. . . .

Allá lejos, aquella roca es Delos! la «áspera Delos» que nutrió un Dios, hijo de Júpiter.

Pisando tierra un tiempo en la sagrada Delos, cercana al dios Apolo y al ara bendecida, pudieron ver mis ojos una palmera erguida, asombro de la tierra, presente de los cielos!

Voy solo, al azar, entre las flores salvajes y las rocas cortantes. La roca brilla con mil chispas de plata y de oro; las adornideras rojas oscuras cuyo corazón es negro, se mezclan con los tomillos que perfuman delicadamente el aire seco. En un rincón se encuentra, como agachada, la mandrágora, de ojos violeta, de cuerpo arrugado y cuya raíz es un misterio; aquí está la hierba de tres hojas y el trigo alimenticio. . . Las anémonas, más claras á medida que se sube la colina, y en toda la cima cambian también de tinte las adornideras. Salvias, lavandas, algunas asfo-

delas; pero sobre todo rocas en todas partes, en fragmentos pequeños ó en enormes bloques. . . Ni un árbol; el agrio soplo moderno que ha matado la fe, ha destrozado la palmera de Latona, la de la bella cabellera. . . Ahora es menester ayudarse de las manos, y sobre la última cima del Cinto no permanecer en pie: el viento es terrible, diríase vengador. . . Toda la sala se muestra, clara, neta, alternativamente verde y gris. La mar, rabiosa, se hace espuma. A lo lejos, de todos lados: las Cícladas, Renea, la otra Delos, Paros, la madre de los templos, Naxos, Miconos, Tenos, Siros, Scrifnos, Sifnos y otras todavía en una cortina de brumas con los enlaces de una rueda de fantasmas. Uno se imagina un segundo círculo en que Creta, Citera, el Ática, Eubea, célebre por sus bajeles, la divina Lesbos y la fecunda Chio, de donde Homero cantó á Febo, se dan las manos para retenernos. . . Es necesario bajar porque se aproximan los habladores en voz alta; poco parecidos á los Jonios de larga vestidura y á las hijas de Delos de bellos ceñidores. Tomamos el camino de las ruinas. Aquí está primeramente el teatro con su primera fila de altas sillas de mármol, aquí las calles estrechas y sonoras, aquí el templo completamente blanco y su gigantesca estatua del dios de la isla, aquí el lago sagrado, aquí la villa. . . pisamos en mosaicos intactos. Luégo por las arenas del mar sonoro me alejo de los santuarios recordando el bello diálogo entre la tímida Delos y la rubia Latona, que llevó en sus entrañas al dios de los poetas.

Nació Apolo, sonrió la tierra de altivo gozo, todas las inmortales presentes exhalan un clamor religioso y Themis ofrece al nuevo dios el néctar y la ambrosía: "Déseme una lira armoniosa y curvos arcos!" exclama el hijo de Júpiter, y el suelo se fecundiza y florece á sus pasos.

El templo está en ruina, los laureles han muerto, y si los pilares de fino diamante sostienen todavía á Delos sobre las olas, no es sino para mostrar á los hombres de hoy el abandono de las cosas sagradas.

Los "Arenales de Olona"

(POR A. T.)

Arena fina, de bello color ambarino, igual y firme, rica alfombra que conduce al mar cuyas olas, hoy desenvolviéndose en perzosas volutas, habrán quizá mañana de precipitarse furiosamente unas contra otras, tal es aquella playa admirable en que se pasa el día contemplando el inmenso océano y soñando con los mundos que están del lado allá, mientras que el sol da color de oro mate á vuestro rostro con aquel tono oscuro y caliente de las pinturas envejecidas.

Al lado de esta playa hay una aldea común, con casas bajas, con techos planos para que no haga presa en ellos el viento del

oeste, con calles estrechas y tortuosas circundadas de almacenes en que se encuentra lo que se ha convenido en llamar las cosas indispensables para la vida. En las bodegas separan las mallas deshechas de las redes unas ancianas de tez marchita como una pera seca, con un abrigo de cabeza poco menos que blanco que encubre mal sus despeinados cabellos y vestidas con retazos de todos colores. Hay un puerto donde vienen á encallar las canoas de pesca de sardina, las chalupas que van lejos á pescar atún á las costas de España ó de Portugal. Una pescadería! Es preciso ir allí en la mañana. El pescado blanco está tendido al lado del rojo; los gruesos y peludos cangrejos mueven sus pinzas mientras que las conchillas de Santiago se entreabren como pidiendo el agua que les falta; los lenguados, las anguilas, los grandes y los pequeños pescados mezclan sus formas tan diversas, sus colores tan variados y tan calientes; parece como si un pintor holandés hubiese arrojado confusamente sobre el mármol aquella naturaleza muerta para hacer de ella asunto de una de sus telas de tonos tan vigorosos; y la vendedora que, con los brazos desnudos, empuña en sus sólidas manos aquel glutinoso producto de la pesca, animaría maravillosamente el cuadro, tan opulento tiene el seno, tan chispeantes los ojos medio cerrados, tan pronta se ve su boca á despedir la frase vulgar.

Ir allí en la mañana y contemplar cómo, resbalando de las cestas inclinadas, caen los únos sobre los otros aquellos pescados de escamas nacáreas, rosadas, verdes ó azules, es regalar la vista con la proximidad ó en la mezcla de los colores más bellos y más ricos que puedan verse.

Por la tarde es en otra parte donde es preciso buscar el placer de los ojos. Las jóvenes de los Arenales que por la mañana, con los pies desnudos y sentadas en el suelo, reparan las mallas de las redes tendidas al sol, van ahora á hacer su oficio de "garçonnes" que así son llamadas. Hay que verlas pasar por el "Remblai," adornadas con blanquísimo gorro de largas bridas, bellamente dibujado el fino busto en un corpiño claro, con una falda de lana roja que llega apenas adonde nace la pantorrilla, con las piernas aprisionadas por medias negras bien tirantes, con los piecitos calzados por suecos de elegancia y finura únicas, con los tacones casi en punta, que á cada paso que dan resuenan sobre el asfalto del paseo; hay que verlas pasar, con el aire vivo, el puño en el cuadril, afrontando las miradas que atraen y que en caso necesario provocan con sus encantos.

¿Hay casino en los "Arenales"? ¡Ay! sí! Desde lejos oigo los violines, los violoncelos, el flautín, que se esfuerzan por tocar una música muy sabia, pero muy fastidiosa; percibo la voz del jugador que exclama: están completos los juegos!—no se admite más! Alcanzo á ver pabellones que flotan al viento, faroles que se mecen, estacones que se levantan y servirán de apoyo á los fuegos artificiales—yo huyo entonces:—voy á la orilla del mar á ver el océano haciendo espumas, á seguir con los ojos la cabellera de humo del vapor que pasa á los lejos.

La receta de Rossini

(POR GASTON DESCHAMPS)

Una tarde en que Rossini había hecho servir en honor de Duprez, su tenor favorito y uno de sus raros íntimos, los maravillosos macarrones que él mismo preparaba y respecto á cuya preparación guardaba el más impenetrable secreto, Duprez se permitió declarar al maestro que su discreción á ese

respecto era un verdadero crimen de lesa glotonería.

Rossini al cabo se decidió á revelar la famosa receta. Con el tono y gesto de quien confía un secreto de Estado y ardiendo los ojos en malicia, dijo:

—Toma usted una langosta viva y adulta, la abre en dos: la pone al fuego con papas, tomates, trufas, huevas de carpa, huevos de pájaros marinos, dos hígados de pollo y dos perdices bien deshuesadas. Comprende usted?

—Perfectamente, respondió el tenor.

—Agrega entonces un ramillo de perejil y un escrúpulo de ajo porro. Entiende?

—Entiendo. Un escrúpulo de ajo porro.

—Por supuesto una polvada de pimienta roja y otra de azafrán. Baña el todo con media botella de Sauterne no muy viejo, deja cocer á fuego lento durante cuarenta y cinco minutos y sirve en caliente. Eso es todo.

—Duprez, que había escuchado con redoblada atención, se atrevió á insinuar:

—Pero, maestro, y dónde entran á figurar los macarrones?

—Los macarrones! exclamó con gran seriedad el buen apóstol, oh! eso no tiene mayor importancia. Pueden ponerse, si se quiere.

UNA BARBA

Refiere Margueritte, uno de los académicos *in partibus* d'Anteuil, que un día le llevó su mala ventura á hacerse afeitar en una posada de camino por un aldeano que hacía de Fíguro cuando Dios quería, apoyaba bien la navaja en la piel y, concienzudamente, á grandes pases rapaba al paciente como si laborara su campo.

El tío Juan, sin embargo, á fin de demostrarle que él no era barbero de tres al cuarto y que de Fíguro tenía al menos la locuacidad, le refirió una aventura de la guerra del 70. Juncourt, que es el nombre de la aldea en donde esto ocurría, está á dos kilómetros de la frontera prusiana y durante la batalla de Gravelotte sirvió de cuartel general al Príncipe Rojo. El tío Juan, como todos los vecinos, había tenido que asilar en su casa heridos y cansados alemanes y en la silla en que había pasado la noche y sólo había logrado conciliar el sueño cuando ya clareaba, vinieron á despertarlo con brucea sacudida dos gigantescos granaderos. Uno de ellos hablaba francés y le ordenó que se preparara á ir á afeitar al Príncipe Federico Carlos.

Remiso, temblando, el buen campesino tuvo que ponerse en marcha entre sus dos guardianes.

—No había sino que atravesar la plaza. Me parece verla todavía llena de carretones barnizados de gris y adornados con águilas negras. Por todas partes caballos amarrados, otros ensillados y tenidos por ordenanzas, soldados que limpiaban los fusiles, heridos tendidos en los bancos y en los quicios.

—Llegamos á la casa municipal. A la entrada había un centinela encapotado. No se le veía sino el casco y el fusil. Yo sigo mis dos soldados que se detienen á la puerta de un salón. Tocan discretamente. La puerta se abre y héme de un envión en mitad de la sala.

—El príncipe estaba en un sillón junto á la ventana mirando al jardín en donde estaban clavando tiendas. A derecha e izquierda del sillón había un bávaro enorme, con casco á barbiquejo, inmóviles bajo el uniforme azul, en alto la cabeza, recto el cuello, y fijos en mí los ojos. Sobre un mueble había tohallas y una jofaina con agua.

Yo sentía que me traspasaban las miradas de los dos plantones y que tenían listas las manos á descargarlas sobre mis hombros á la menor sospecha. Por cierto que yo no tenía ánimo para moverme. El prin-

cipe estaba tranquilamente reclinado y tenía los brazos pendientes. Era grueso, fornido, debía ser alto, la piel y el cabello rojo, las barbas color de sanahoria, abiertas en abanico, el aire duro y despreciativo. Parecía no verme.

—Con que era aquel el Príncipe Federico Carlos, el príncipe rojo como todo el mundo lo llamaba hasta por el color del uniforme! Preparé el jabón y asenté la navaja.

—Entretanto, me decía yo: con sólo una presión fuerte, ¡je! adiós, príncipe! Ese sí sería un golpe..... pero, siempre habría quien lo reemplazara. Y el viejo Juan no saldría á contarla. Un sablazo en el estómago, doce balas en la cabeza. Eh! tanto vale mostrarles que en Jancourt sabemos afeitar como en cualquiera otra parte. Ya verán si me tiembla la mano.

—Pensando en todo aquello me acerqué y comencé á enjabonar á Federico Carlos. Curioso efecto el de la espuma en aquella cara de camarón. Con todo al coger la navaja me tembló la mano. El príncipe me miró con un aire de confianza tan despreciativo que me volví el ánimo. Hice lo mejor que pude y ya no temblé más. Pero qué largos me parecieron aquellos tres pases rápidos alrededor de las barbas.

—Cuando hube concluido me volví del lado de los dos bávaros, y con amabilidad, aunque todavía sentía el efecto de sus miradas, pregunté:

—¿Quién más?

—Nadie contestó. El día siguiente y los demás no hubo bávaros. Me dejaban solo con el príncipe.

El tío Juan guardó silencio aliviado por su confidencia. Los ojos deslustrados que un instante se animaron volvieron á amortecerse y el viejo no agregó palabra, sintiendo como se borraba lentamente el recuerdo único que colmaba su sér, vestigio de tanta ruina, faro oscuro de su pobre pensamiento.

Fue en una *sardinería*, en el departamento de *fritura* en donde vi la moza más bella de que pueden enorgullecerse las pesquerías de Concarneau. Un fogón es trono raro para una divinidad y más cuadran á la beladad de afrodita las cándidas espumas marinas que la ebullición del aceite de olivas. En el sitio sombrío donde vi por vez primera esta maravilla no flotaban perfumes de néctar ni de ambrosía. La gorrilla á la moda de Concarneau, ajustada en aquella cabeza perpetua, dejaba apenas escapar, acá y allá, algunos rubios rizos y turbaba la pureza de líneas del perfil. Un delantal burdo ofendía los delicados contornos del busto, del talle suelto y sus esbeltas curvas. Cuanto á los pies, en apariencia dignos de ser modelados en mármol por el cincel de Puech, desaparecían en enormes suecos. Y sin embargo, al agitar con la férrea espumadera las sardinas en el aceite tenía la muchacha aires de reina. El gesto era bello. La manga recogida descubría un brazo blanco y firme cuya frescura hacía pensar en Nansicua que no desdébala las tareas serviles. Sólo que ella era hija de reina, y esta había nacido en la choza de un pescador.

El director del establecimiento al notar mi admiración, me dijo:

—Esta es Iannic, la perla de Concarneau. Muchos novios trae al retortero, pero ella es difícil y con lo que gana aquí tendrá una dote que le permitirá elegir. En los ratos perdidos esculpe zuecos y figurillas de madera.

Dí las gracias al director y fue grande mi complacencia al saber que Iannic era artista y que sus bellas manos se reposaban sometiendo á las leyes de la línea la materia indócil. Mentalmente la comparé á las más gra-

ciosas jóvenes de la antigüedad y en el fondo de mí memoria se alzó un eco armonioso de Teócrito: "Mira esta copia..... La esculpí en el corazón de un olivo silvestre, y si la llevas á tus labios, aspirarás el fresco olor de la madera recién cincelada....."

Grato es descender hasta el mar al ritmo de dos monótonos remos; por este río Odet cuyas aguas claras reflejan los edificios y los umbrios de Quimper. El deslizarse por esta límpida corriente entre riberas de granito y de verdura es una delicia. Es necesario embarcarse en la mañana, bajo el cielo pálido, cuando la bruma atenúa el contorno de las cosas, extingue los colores, funde los matices y llena de misterio la profundidad de los follajes. Resbala la barca en medio de un silencio que turba apenas el grito de las garzas y á medida que se avanza, se borra y desvanece la ciudad en el horizonte ligeramente azulado. Tiemblan los encinares tras las alburas de la bruma. A ratos la curva de la ribera se ensancha, la perspectiva la limitan verdes collados y eree uno flotar, como Loengrin, en un lago de la leyenda. Más allá la corriente se angosta, un promontorio coronado de pinos avanza hasta mitad del estrecho y se piensa en recordos del Archipiélago entrevistados como ensueños. Tranquilo está el río que parece dormir. La costa desfila ante nosotros y va mostrándonos ahora una vieja casa solariega en piedra gris que alza su techo de pizarra por encima de los árboles; ahora una quinta baja del mismo color del suelo: ó sinuosas avenidas que se pierden en el musgo bajo la bóveda del ramaje, ó una casita color de rosa cuyos reflejos parecen esparcir deshojados pétalos sobre el espejo de las aguas. Todo eso dura largo tiempo y mientras dura encanta.

Alfonsina Plessis

(LA DAMA DE LAS CAMELIAS)

A Sara Bernhardt se le ha ocurrido poner en escena la *Dama de las Camelias* haciendo que los personajes aparezcan vestidos á la moda de 1845, época en la cual se verificaron los sucesos que inspiraron á Alejandro Dumas, hijo, el primero y el más célebre de sus dramas. Esta resurrección de indumentaria que entre otros vestigios traerá á las tablas nada menos que la crinolina ha hecho recordar la historia del drama que la provoca y el de la heroína que lo inspiró.

Margarita Gautier, cuyo *nom de guerre* fue María Duplessis, y cuyo verdadero nombre era Alfonsina Plessis, era, dice un cronista, una criatura maravillosamente bella, de encanto y seducción irresistibles. De su partida de bautismo aparece que nació el 15 de enero de 1824, en Nonant, y que fueron sus padres dos humildes industriales, Marin Plessis y Marie Deshayes, su esposa.—Jules Janin, en notas escritas al margen de uno de los primeros ejemplares de la *Dama de las Camelias* refiere que á la muerte de sus padres Alfonsina fue recogida por un tío "hombre avaro y duro que la colmaba de injurias y de amargos reproches. En su fustán de percala se la habría tomado por una campesina á no ser por aquel aire de reina que jamás la abandonaba. Harta de injusticias la huérfana le quita un día diez luises al tío y emprende el camino de París. Se le agotan los doscientos francos, tiene hambre, la gente se congrega en torno de aquella niña tan pálida y tan bella, que parecía sufrir. Una obrera la asila en su casa, pero al cabo de algún tiempo muere y Alfonsina se encuentra de nuevo en la calle. Un año después una briosa pareja arrastra por los Campos Eliseos una elegante caleza. Una joven de milagrosa belleza, negligentemente reclinada, mira con ojo indiferente á cuantos la rinden

homenaje: es María Duplessis, la mujer á la moda, la reina de la elegancia.”

Entonces la conoció Alejandro Dumas y del idilio de Bougival sólo quedan dos piezas auténticas. La última carta de María á Dumas:

“Querido Adet:

Por qué no me has dado noticias tuyas y por qué no me hablas *francamente*? Creo que deberías tratarme como á una amiga. Espero carta tuya y te beso muy tiernamente como tu amada ó como tu amiga. Tú lo resuelves. De todos modos siempre seré tu abnegada

MARIA.”

Y la famosa respuesta de Dumas:

“Mi querida María:

No soy ni tan rico para amaros como yo querría, ni tan pobre para ser amado como lo queréis. Olvidemos los dos. Vos, un nombre que debe seros casi indiferente, yo una felicidad que me es imposible.

Inútil es decirlo que triste estoy, ya que bien sabéis cuánto os amo. Adiós. Tenéis mucho corazón para dejar de comprender el motivo de mi carta y sois muy inteligente para dejar de perdonarme.

Mil recuerdos.—A. D.”

Cuanto á la distancia á que María estaba de haber sido realmente lo que Margarita Gautier es en el drama, Dumas, que no fue Armando Duval sino á medias, confiesa que: María no tuvo todas las aventuras patéticas que yo le atribuyo á Margarita, pero habría querido tenerlas. Si no sacrificó nada por Armando, fue porque él no lo consintió. Ella no pudo representar, con gran dolor suyo, sino los dos primeros actos.

Murió física á los 23 años de edad y el autor de *Esmaltes y Camafeos* exclamó ante su tumba: Si un artista la hubiera conocido, habría hecho de ella su Fornarina y habría fijado en el lienzo su cabeza encantadora, por siempre desaparecida. Cómo es que ninguno de esos jóvenes derrochadores que obstruían su tocador colmándolo de riquísimos cofres y de vasos preciosos, no tuvo la idea de regar un puñado de oro á los pies de un escultor y de eternizar en Paros ó Carrara esa belleza que fue la gloria y la vergüenza de María Duplessis. Al menos su vida perdida habría servido de algo. Friné dejó su estatua y los siglos la absuelven.”

Quizás á ese arranque de Gautier debió Dumas la idea de dramatizar la historia de sus veinte años. Alberto Wolff nos ha contado cómo *Dumasito*, á la vuelta de un viaje á Italia y detenido en Marsella por falta de recursos escribió de un tirón, en un cuarto de hotel, los dos primeros actos del drama, y los otros tres, al llegar á París, en un sexto piso de la Place Louvois.

Cuando aquel grito de la juventud, aquella piedad póstuma del amor, fue vaciada en el áureo molde artístico, el joven autor fue á leer el manuscrito á su padre. El viejo mago se dispuso á oír con no fingida incredulidad. Veamos, hijo. El primer drama es bueno para echarlo á la chimenea. Veamos tu ensayo!

Alejandro, amoscado, tímido, empezó la lectura. Dumas oyó con atención el primer acto. El segundo mereció su aprobación. Al final del tercero se echó llorando al cuello de su hijo: “Pero eso es imposible, Alejandro. Lo que me estás leyendo es una obra maestra.”

El se encargó de hacer representar el drama en su teatro, pero hubo retardos, el teatro quebró y la pieza quedó en cartera.

Vino luego la odisea de director en director, de *estrella en estrella*, de rechazo en rechazo. Eso es la *Vida de Bohemia* sin el talento de Murger, dijo uno. Se parece mucho á *Manon Lescaut*, contestó otro; como si las rosas no se parecieran á las rosas. La Dejazet no se resolvía á hacer de Loreta. La actriz Fargueil le dijo al autor: “Su drama se

desarrolla en una esfera que no conozco.” Á lo que dicen que Dumas contestó: ¡A su edad, señora? Entonces ha perdido usted la oportunidad de conocerla.

Por último Bouffé el director del Vaudeville aceptó la pieza á título de prueba y Fechter, que había aceptado el papel de Armando, hizo viaje á Inglaterra á fin de catequizar á la Doche para que hiciera de Margarita. La Doche aceptó entusiasmada. Cuando todo estuvo listo, la censura, en nombre de la moral, prohibió la representación. La Doche se valió de Persigny y de Morny para que Napoleón levantase el interdicto y el Emperador convino en que “le dejaran hacer su papel á esa muchacha.” La víspera del estreno nadie creía en el buen éxito de la prueba.

Mme. Doche, que vive aún, acaba de contar á Adolfo Brissou sus impresiones de esa noche. Era el 2 de febrero de 1852. El teatro estaba lleno de un público incierto, alborotado, pero vibrante. El alma de la multitud vibra con la de los amantes. Una onda de ternura recorre la sala. Todos lloran. Ruge y se desencadena la tempestad de aplausos. Dumas era célebre.

La actriz recuerda que se desvaneció al caer el telón y se estremece aún á los 63 años al pensar en esa noche inolvidable. Mis títulos de nobleza, dice ella, son estas líneas de Dumas en el prólogo de la *Dama de las Camelias*: “Mme. Doche no es mi intérprete, sino mi colaboradora.”

Cerremos estos recuerdos con el juicio de Pousard, el día siguiente de la primera representación de la *Dama de las Camelias*: “El arte no está en ningún extremo, sino en la verdad. Se le censura á Dumas haber elegido por heroína á una cortesana. Quememos, pues, á Horacio porque cantó á Lalagere, á Cloe, á Lydia . . .”

Pudiera agregarse: arranquemos del Evangelio el episodio de Magdalena, la mística Traviata.”

Variedad filosófica

DURMIENDO

(POR A. MOULIN)



iscutíase no ha mucho entre discípulos y profesores en una conferencia de agregación en la Sorbona. Tratábase de un texto de Maine de Bi-

ran sobre el sueño y los sueños.

“En el sueño del pensamiento, cuando toda facultad activa de combinación está en suspenso, diversas imágenes ó fantasmas vienen á rodear los sentidos interiores, se suceden los unos á los otros, se reemplazan y se agregan de todas maneras y forman cuadros móviles, irregulares y disparatados en todas sus partes, sin plan, sin ligamen, sin unidad de sujeto ni de objeto. . . Este ejercicio de la imaginación pasiva . . . hace los sueños del hombre dormido.”

Algunos emitieron dudas. El que leía á Biran se interrumpió para comentarlo así:

El hombre despierto que, muellemente extendido, deja vagar su espíritu, permanece á pesar suyo esclavo de una lógica interior y secreta cuyas leyes observa su imaginación, no obstante su libertad aparente. Esta imaginación se propone llenar un cañamazo, elige entre las imágenes que se presentan en tro-

pel, aparta aquellas que son absurdas, ó bien extrañas al objeto que se ha propuesto y logra de este modo formar un cuadro más ó menos complicado, cuyas partes todas se armonizan entre sí y concurren á establecer una verdadera unidad de dibujo, de plan ó de acción. Hay, en suma, finalidad en todo arrojamiento.

En los sueños, al contrario, nada igual sucede. Estos no son sino una agregación fortuita de imágenes, relaciones cualesquiera de fantasmas, las más veces ilógicas y frecuentemente extravagantes y absurdas. Tal era también la opinión de Descartes: él distinguía las concepciones del sueño, de aquellas que se tienen despierto, por la inevitable incoherencia de las primeras, y la lógica y encadenamiento de las otras.

Y bien, dije yo, lo siento por Descartes y Maine de Biran; pero este es un hecho que está en completa oposición con su doctrina y la nuestra. Es un sueño que tuve hace dos meses y que anoté minuciosamente al despertar. Me diréis, después de haberme oído, si el estado mental del durmiente y el del hombre despierto, sea que sueñe ó no, parecen siempre tan opuestos y heterogéneos.

Permitidme solamente recordaros, antes de comenzar, que, según Léluat, en el momento de despertar es difícil distinguir el sueño de la realidad que ha precedido como de la que va á seguir. Mas aún, según el sabio Doctor, en esto pueden experimentarse *falsas sensaciones* (1) tan vivas, tan bien ordenadas, y en apariencia tan reales como la más auténtica y activa de las sensaciones de la víspera. Yo tengo pues también mis autoridades; pero yo podía, sin fanfarronada, prescindir de ellas, como vais á juzgarlo vosotros mismos. Oid, pues, mi sueño.

Primero ¿soñaba yo verdaderamente? Todavía hoy estaría tentado á dudarlo. ¿Soy yo, veamos, el que recorrió como paseante, al caer de la tarde, los muelles del Sena por la parte de arriba del puente de San Miguel? El último aguacero había acumulado en el ángulo de las calles regueros de limo, y yo me divertía en franquear de una acera á otra la estrecha distancia que hay en estas oscuras y sucias callejuelas. Una de éstas, que creo se llama—la calle del Gato que pesca—bastaría á obstruirla toda entera un carro de mano.

Aunque bastante ligero de piernas por naturaleza, jamás me había sentido tan listo. ¿Era la brisa de la tarde, más fresca después de la lluvia? ¿Era el invisible impulso de la primavera? Yo no sé; pero yo iba de lante de mí, retozando de satisfacción y gozándome en repetir mis brincos. Hasta me asignaba en la acera por donde caminaba, imaginarios obstáculos: dos, tres, cuatro surcos consecutivos, y los franqueaba de un salto. Ni el menor esfuerzo, ni fatiga, ni cansancio. Los muelles, me acuerdo bien, estaban casi desiertos; apenas dos ó tres pasantes aislados, arrebujados en sus tapabocas, se volvieron un poco sin detenerse para ver, para admirar mi gimnástica.

Mi agilidad, en efecto, era de instante en instante más maravillosa. Yo me daba cuenta de ella; pero no sin una íntima sorpresa. A cada salto nuevo crecía la distancia franqueada. Llegué á sentir que me bastaría para no caer una distancia de seis á diez metros, con sólo quererlo. ¡Buen Dios! me decía yo conmovido con una alegría inquieta, yo quisiera tener la conciencia satisfecha respecto á este punto. Hace quince años que yo no podía saltar sino cuatro metros de anchura á lo sumo en el gran patio del Liceo; y todavía me era necesario hacer un esfuerzo formidable. Hoy me encuentro saltando el doble ó el triple y maldito si yo sé cómo ni por qué.

Y sin apresurar mis pasos, al llegar á la

(1) Con más gusto diríamos nosotros sensaciones “subjetivas.”

entrada del puente, empujé bruscamente con el pie el suelo.

La calle Lagrange es muy ancha en este lugar; yo la franqué sin el menor esfuerzo, sorprendido, un poco inquieto, pero en el fondo encantado de esta proeza desconocida; me había bastado en dos intervalos, cuando iba á caer al suelo, levantar ligeramente la punta del pie; y deslizándome en el aire á algunos centímetros del piso, había alcanzado á colocarme en la orilla de la acera, del otro lado de la calzada, sin más esfuerzo que el que hubiera desplegado un pájaro.

Yo me tenté, incrédulo. Algunos pasajeros afanados, no parecían haber puesto su atención en mí. Sin embargo, no era posible dudar: era yo, yo mismo el que acababa de cumplir aquella hazaña. ¡Qué admiración no iba yo á suscitar mañana, cuando, ante un público, por incrédulo y escéptico que fuese—reunido expresamente, repitiese yo mis proezas aéreas!

Pensando en esto, continué mi camino encontrándome siempre más libre y menos pesado. El menor impulso del pie me levantaba más alto que las puertas cocheras; tanto que *para descender* me era necesario emplear toda mi voluntad y que todo mi cuidado se contraía á conservar el equilibrio; ¿qué haría yo, en efecto, si mi cabeza, á despecho de esta insólita ligereza de todo mi cuerpo lo arrastrase en un movimiento basecular? Mi corazón comenzaba á palpar y yo azotaba el aire con mis brazos. . . . Un brinco más! Esta vez me sentí subir al nivel de un segundo piso. Debajo de mí, muy bajo, á la izquierda, el Sena relumbraba encrespado; yo palpé con la mano el antepecho de hierro de un balcón viejo; me parece que siento todavía el frío del metal. . . . Después, muy poco á poco descendí y tomé tierra. . . . La nariz levantada, la boca abierta, los ojos desplegados, un obrero viejo, apoyado en su pala, estupefacto, me miraba: Ah! bien, dijo, con voz ahogada, hé aquí un negocio! Si yo hubiese creído que no íbais á permanecer allá arriba, vos! Ah! bien! ella es fuerte, aquella!

No había duda ya! Sin embargo, más movido que el viejo, pero tratando de parecer sereno, quise interrogarlo:

—Decid, mi bravo, ¿á qué altura me habéis visto elevarme?

—Oh! señor, entre el segundo piso y el tercero, y tal vez mucho más alto. . . .

Así pues, esto era *verdadero*. No me era ya permitido dudar en lo sucesivo. Yo me había observado, tanteado y hasta pellizcado; todo esto lo había yo *sentido*.

Por exceso de precaución ante la rareza del hecho, yo me había empeñado en suspender mi juicio y procurado resistir á la evidencia que me coaccionaba. Después de todo, ¿no había sido yo hasta aquí el único que podía hacer constantes los prodigiosos efectos de la nueva facultad que acababa de caerme en suerte? Hay más, á fin de eliminar toda probabilidad de error ó de ilusión, aun á expensas de hiperbólicas hipótesis, había procurado atribuir á mi miopía, al crepúsculo, á la niebla y que se yo que más, el aire de sorpresa que me había parecido leer, hace algunos instantes en uno ó dos rostros. Pero esta vez la duda era imposible; la certidumbre se imponía imperiosamente. ¿No había yo agotado, uno después de otro todos los criterios clásicos, consultado todos los testimonios posibles, obtenido en fin una atestación imparcial, exterior, oficial, por decirlo así?

—Y entonces? interrumpió uno de los estudiantes que veía aproximarse el fin de mi relato.

—Entonces? me acuerdo de haber experimentado una turbación mortal, indecible, y sentido en la garganta una punzante angustia. Después—me sería difícil explicar por qué—me desperté bañado de sudor, oprimido

y con la cabeza atormentada; y me preguntaba si mi aventura era verdadera ó falsa. Si ahora, señores, alguno de vosotros quiere decirme en qué ha diferido mi sueño de la realidad *verdadera*, y ha comprendido esa agilidad fabulosa que me lamento de no haber poseído sino soñando, lo oír con gusto y estoy dispuesto á darle las gracias de antemano.

—Monsieur, dijo el sabio profesor que nos dirigía, desde el principio, comprendí en vuestro sueño que estábais bien dispuesto físicamente cuando lo tuvisteis. Y no puedo menos que desearos para el porvenir, junto con sueños siempre tan ligeros, una euforia tan agradable. En cuanto al problema filosófico que os es grato ingerir en vuestra anécdota, haremos bien, creo, en diferir la discusión para más tarde. Por hoy, dijo mirando el cartel, la hora ha pasado (todo el mundo al oír estas palabras, acudió á sus sombreros, bastones y bufandas). Me parece, además, que hay algún artículo que escribir en el aire ó en alguna otra parte.

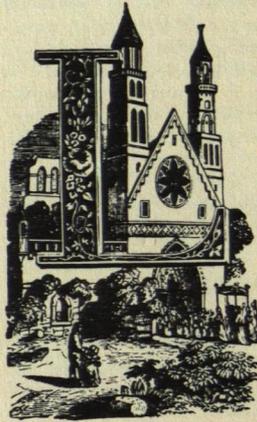
Y era verdad; hélo aquí.

Tipos femeninos de Londres

[POR JESSÉ FRANCIS SHEPARD]

I

LAS PARROQUIANAS DEL «ALBERT-HALL»



A estación de los Oratorios se abre en Londres al mismo tiempo que las puertas del Royal Albert Hall. Un mundo femenino especial, que no va al teatro, un mundo que ha conservado los usos y costumbres corrientes del siglo XVIII asiste á las audiciones del Royal-Albert-Hall. Aquella sociedad, interesante por sus afectaciones

de respeto por el pasado, comienza también á sentir esa decadencia que sufren todas las cosas en Inglaterra hace una veintena de años.

Haendel es obligatorio. Se va á oírlo como se va á confesar, una vez al año, ó más á menudo según la devoción del oyente. ¡Y qué agradable es el confesionario! ¡Qué dulce y alta es la confesión pública de predilección por la antigua escuela y de antipatía por todo lo nuevo.

El «Mesías» es en Inglaterra lo que es «Parsifal» en Alemania. Con esta obra tienen las personas piadosas la satisfacción de oír una especie de sermón lírico, pues para el mundo las palabras son lo principal, la música lo accesorio. La careta artística que se emplea sirve para ocultar el intento de la «respectability» tan buscado y tan necesario para mantener el equilibrio moral y mundano.

Aquel medio, que no tiene de aristocrático sino el vago carácter que le da la imitación, produce en la imaginación de las damas análogo efecto al que produce el hipnotismo en las histéricas, que beben agua por vino, y lo hallan excelente.

Pero la dulce hipocresía formada por siglo y medio de canto y convención no siempre da la deseada satisfacción, aun en un medio arquiconvencional como es el Albert-Hall. Pasa á las veces una sombra por la frente de nuestras «precieuses» es que descubren una princesa real sentada en un palco, y les viene el pensamiento de que no la contemplan si no es desde el extremo del binóculo. Jamás son invitadas á las grandes reuniones mundanas, aunque muchas entre ellas son viudas

ó hijas de oficiales, ó parientes de personas distinguidas, quizás aun de grandes nombres del «Court-guide.» Estos tristes pensamientos turban la expresión habitual de calma que nuestras damas creen el colmo del buen tono, y borran por un momento la ligera sonrisa de suficiencia que parece decir: «Estoy aquí en mi elemento.»

Además de los Oratorios del Royal-Albert y los meetings de indignación en el Exeter-Hall con motivo de los asesinatos de misioneros en China, hay también otras pequeñas distracciones; por ejemplo: una pequeña sociedad que acaban de fundar aquellas caritativas personas con el fin de decidir la grave cuestión de la inmortalidad de los animales. El problema que ocupaba igualmente á estas damas hace algunos años era éste: cómo dar muerte á los ratones sin hacerlos sufrir? Cuestión que hará surgir otra no menos ridícula: cómo ayudar á los pobres del East End á morir de hambre sin que ellos lo perciban? Pero hablar tan irrespetuosamente prueba que se ignoran los usos correctos de una gente que reivindica todas las prerrogativas intelectuales y morales, sin haber hecho cosa alguna para adquirirlas.

En estío las más asiduas entre estas damas van también á oír los Oratorios del Crystal-Palace; en invierno oscilan entre el Royal-Albert y el Exeter-Hall, lugar de reunión de los misioneros, lugar clásico de las lucubraciones político-religiosas. Las atormenta el deseo de someterse á un jefe, á una idea, de ayudar al sometimiento de países extranjeros, sin desviarse por eso de la rutina del conservatismo ortodoxo. ¿Qué es la religión? La Iglesia anglicana. ¿Qué es la caridad? Enviar biblias á los salvajes. ¿Qué es el arte? La representación de escenas bíblicas por pintores como Holman Hunt. ¿Qué es la música? Es Haendel: él sólo!

Wagner da rudo choque contra estas tranquilas personas; Berlioz las trastorna; Chopin las burla; todavía admiten á Beethoven, sin saber decir por qué. Conocen vagamente un lugar llamado Baysent y creen que Wagner en persona es quien dirige la interpretación de sus obras, sin saber que el maestro ha muerto. Las coloca evocar el recuerdo de las diferentes cantatrices que han oído en el «Mesías», desde Jenny Lind hasta Mme. Wilsson, y sobre todo cómo han cantado el aire favorito: «I know that my Redeemer liveth.»

No son estas damas las que llaman los ingleses «Strong-minded» las mujeres que pretenden igualdad de derechos para ambos sexos, las que hablan en público, las que afectan aires democráticos; son vistas por las primeras como libres pensadoras, y por consiguiente, como fuera del buen tono.

Las mujeres emancipadas tienen iniciativa y dicen francamente su opinión; las esclavas del buen tono se aplican por el contrario á ocultar sus verdaderos sentimientos, á disimular su ambición, á imitar siempre, á desconfiar de todo lo que toca con la vida positiva; les gustan las cuestiones neutrales, se ocupan preferentemente de acontecimientos lejanos, hablan poco, se muestran mucho, evitan las discusiones con la gente despierta.

Pero, escuchad! Se va á ejecutar la obra maestra de aquel que encargaba una comida para tres y la devoraba él solo. Con efecto, hay en aquella música no sé qué pomposo que despierta la idea de mesas que gimen bajo el peso de cuartos de buey, un poder teutónico, que hace pensar en un tonel de cerveza más bien que en una botella de champagne. Es el verdadero «Mesías» del gigante Haendel, que se ha convertido en un fetiche, en una superstición transmitida de una generación á otra, y que hacia la Navidad se levanta triunfalmente ante el público inglés.

¡Y qué cuidados se toman para escoger los más grandes artistas, las voces más bellas, á fin de crear una ilusión allí donde falta la música!

Es el puritanismo encarnado en el arte; pero también, qué atmósfera de «respectability!» Ciertas ancianas señoritas que acaban de entrar en grupo tienen aquel aire de prioridad y de rango que es propio de una clase especial. Son las sombras de las formalidades del pasado, de las negaciones de lo presente, sin pasiones ni impulsos, pero llenas de preocupaciones. Se puede pensar que si alguna vez hablaron de amor fue como Adán y Eva en el «Paraíso Perdido» de Milton, en

que cada palabra está pesada, cada frase medida con extraordinaria exactitud de convención. La música, el arte, el amor, todo debe estar regulado de manera que se adapte a un modelo de bondad banal y de dignidad sin vida; todo debe estar regulado, hasta los latidos del corazón. La concurrencia ha sido hecha para el Oratorio, y cada mirada, cada ademán se verifica en determinado instante. Es el aire afectado del antiguo minueto en que se puede contar uno, dos, tres, con la

voz y con el pie, en el cual todo el arte consiste en conservar rígida la espina dorsal, a pesar del ruido ensordecedor de los trombones y de la música irritante de los violines.

Las audiciones del Royal-Albert-Hall hacen pensar en aquellos banquetes en que los convidados son numerosos, los platos fiambres, los brindis-discursos, y todo servido con un vino común que os quita el escaso apetito que tenéis.



Orador plagiario

Los señores Zola, d'Annunzio y Lombroso no son los únicos acusados de plagiarios. Sábese que Mr. Bryan, el joven candidato á la Presidencia de los Estados Unidos, elegido por el Congreso de los demócratas de Chicago, debe su brillante y súbita popularidad á un discurso lleno de fuego, con audaces metáforas, que pronunció en una de las sesiones de dicho congreso. Entre las frases retumbantes que le conquistaron de golpe el corazón de los delegados de su partido, hay dos particularmente notables, con las cuales alcanzó de la noche á la mañana el renombre de buen orador. Hélas aquí: "No haréis que pese la corona de espinas sobre la frente de los trabajadores; no crucificareis á la humanidad en cruz de oro."

Ahora bien, los periodistas americanos han descubierto que cierto diputado Mac-Call, en un discurso pronunciado el 26 de enero de 1894, en presencia de Mr. Bryan, se expresó del modo siguiente:

"Pensáis acaso en los trabajadores al preparar esa ley? Siempre estáis prontos á traicionarlos con un beso, los mortificáis hasta derramar su sangre, y claváis en su frente la corona de espinas. No debéis crucificar á la humanidad en cruz de oro." El plagio parece en efecto bien caracterizado. Lo más curioso de esta aventura es que Mr. Mac-Call es adversario terrible de Mr. Bryan, y que, en todas las reuniones públicas que se efectúan actualmente, presentan á aquél al auditorio como "el autor de la única frase hermosa pronunciada por Bryan."

Los huevos en Europa

Varias publicaciones extranjeras, tales como el *Journal of the Board of Trade* y el *Handels Museum* dan instrucciones interesantes sobre el comercio de huevos en Europa. Los principales países productores de huevos son: Rusia, Francia, Alemania y la Gran Bretaña. Se calcula el número de gallinas rusas en 57 millones, que producirían un total de más ó menos 4 mil millones de huevos; las francesas y las alemanas son casi igual en número, 50 millones, y darían 3 mil millones y medio de huevos. Inglaterra no tiene sino 30 millones de gallinas y 2 mil millones de huevos. Esto no basta para su propio consumo, y tiene que hacer llegar del continente mil millones y medio de huevos suplementarios.

En esta importación la parte de Francia es de 350 millones, la de Alemania de 400 y la de Rusia de 260.

Estas cifras que recuerdan ideas gigantescas representan sumas considerables. El total de las importaciones de huevos en Inglaterra, en el año 1895, llegó á 100 millones de bólvares.

Rusia es el país en donde el comercio de huevos toma la forma más extraña.

En efecto, por todas partes se exportan los huevos con su cáscara. En Rusia los grandes exportadores expedían los huevos, sin cáscara, en cajas de hierro, en estado de preparación que no puede ser utilizado sino para la pastelería ú otros usos análogos. Esta costumbre se explica por la dificultad que tienen los exportadores en despachar los huevos frescos, á causa de las enormes distancias que tienen que recorrer. En efecto, cantidades considerables de huevo se recogen en regiones que distan 600 á 2.500 kilómetros de la frontera.

Ya se puede suponer si estarán frescos á su llegada á Inglaterra, y si se podrían servir como huevos pasados por agua.

El número 13

La creencia general de que el número trece es fatal ha recibido un golpe rudo por diversas circunstancias relativas á la expedición de Nansen. Esta ha sido una de las mas peligrosas, pues los exploradores se internaban por un tiempo indeterminado en los desiertos helados del polo. Además, el número de pasajeros del *Fram* era trece. El trece de febrero se tuvo la primera noticia del regreso de Nansen. El trece de agosto llegaron á Varda. Esta expedición que parece consagrada al más nefasto de los signos, se llevó á cabo felizmente y no hubo que deplorar ningún accidente fatal.

DE AYER A HOY

Hubo un tiempo en esta vida en que sin leyes ni fueros, iba la virtud vestida y las personas en cueros. Hoy en todo es diferente: *temiendo por la salud, anda vestida la gente y desnuda la virtud.*

M. VALERA GARCÍA.



(A LOS 20 AÑOS)

Grabó su imagen en el tronco del árbol



(A LOS 70 AÑOS)

Transformaciones del tiempo

Leones

Una revista inglesa de historia natural, nos informa de la escasez creciente del león en las Indias. Actualmente no se encuentra el rey de los animales sino en un solo lugar: el bosque de Gir en el Kathiawar. Desapareció del país de Rajkot, de las colinas de Barda y de muchos otros lugares donde su especie abundaba en otro tiempo. En el bosque de Gir mismo no tardará en desaparecer. Antes, en efecto, los cazadores no se atrevían á aventurarse en aquellos bosques donde reinaban las fiebres y donde se refugiaban los bandidos de la comarca. Pero, desde hace varios años el bosque se desmonta poco á poco y se puebla; fiebres y bandidos desaparecen y con ellos los leones. Para impedir la extinción total de estos últimos, el durbar de Kathiawar ha prohibido la caza de leones durante seis años.

Infelizmente los leones que uno se ve obligado á proteger más que á las perdices.

El Megápodo de Australia

Hay ciertos pájaros que no empollan sus huevos, pero emplean proceder muy ingeniosos para asegurar á su progenerita el calor necesario á la incubación: en este número se encuentra el Megápodo de Australia, ó como se le llama en los libros de ciencia, el *Megapodius tunulii*. Su nombre le viene de que fabrica otros muy anchos y muy altos que los primeros exploradores tomaron por algunos de esos monumentos funerarios primitivos que se designan con el nombre de *tunuli*. El megápodo edifica un nido ó mejor dicho una empolladora artificial, á veces sobre 4 metros y medio de alto y 18 de circunferencia, con hojas y materias vegetales en descomposición. Entierra allí sus huevos y la fermentación de estas hojas produce una temperatura muy suficiente para la incubación.

Un libro

Acaba de publicar en Londres M. Egmont Hake un libro titulado: *Un soldado de Gordon en la China*, con muchas reminiscencias de la vida del célebre *condottiere*.

Extractamos de él el relato de una extraña ceremonia: la recepción del *vestido amarillo* que envió á Gordon el Hijo del Cielo, después que aquél hubo dominado, junto con Li-Hong-Tchang, la rebelión de los Taipings.

El amarillo es el color imperial, y nadie puede usarlo sin permiso especial del soberano. Lo que llaman "el vestido amarillo" no es simplemente un vestido, sino una multitud de capas, tónicas, sombreros, gorros, zapatos, cinturones, etc. Hé aquí como se efectúa la entrega de las diversas insignias: "Puesto de pie en medio de una selecta concurrencia, Gordon no hacía más que ponerse y quitarse todas las vestiduras una tras otra.

Entretanto ofanse las salvas de cañonazos, el sonido de las cornetas y las aclamaciones repetidas de las tropas. Cada vez que traían una nueva caja con un traje completo, se levantaban los enviados imperiales, se acercaban á Gordon en orden solemne, arrojábanse á sus pies y se golpeaban por tres veces la frente contra el suelo. Volvían en seguida á su puesto con la misma gravedad, para repetir las evoluciones á la siguiente caja. Es fácil formarse idea del número de cajas, sabiendo que la ceremonia duró cinco horas. Veíase en los labios de Gordon una sonrisa, entre burlesca é impaciente....."

Nueva Zelandia, el paraíso de los criados

Dicen los periódicos ingleses que la Nueva Zelandia será decididamente el paraíso de los criados, los cuales gozan allí de una condición envidiable; son más estimados, y están colocados en una posición superior á la que ocupan en otras partes. Se discute actualmente ante el parlamento de la Nueva Zelandia un *bill* que pondrá el colmo á su felicidad. Este *bill* ordena que todo criado deberá pasar en lo sucesivo medio día por semana fuera de la casa de su amo. No se ha escrito inútilmente la palabra *deberá*; para asegurar la ejecución del decreto no han querido los legisladores neozelandeses dejar ninguna salida á se-

ñores ni criados. Si estos permaneciesen en la casa en ese medio día libre, desempeñarían siempre algún trabajo; seguirían á poco los abusos; y con el objeto de prevenirlos se ha ordenado que todo criado, al llegar su día de libertad saldrá de la casa á las dos de la tarde y no volverá sino á las diez de la noche. Puede ir á ver á sus amigos, pasear por las calles, divertirse ó fastidiarse; importa poco lo que haga, con tal que no esté en la casa. Los contraventores á esta ley pagarán una multa de 5 libras esterlinas. La consigna es que no hagan nada, quieran ó nó..... Si la Nueva Zelandia es un paraíso, es un paraíso sin libertad, un paraíso colectivista.

Manera de predecir el tiempo

El profesor Giovanni Ombroni, de Padua, propone un método nuevo y seguro para anunciar el tiempo, no de invención suya, sino de un tal Agostini; pero que él ha observado y considera excelente. No es del todo infalible el nuevo método, pero presenta tales probabilidades de exactitud que se puede emplear con toda confianza, según él dice. Consiste en lo siguiente el principio de Agostini: que las condiciones meteorológicas de un día cualquiera se repiten casi idénticas á los siete días,—en la primavera á los seis, y en el otoño á los ocho días. Esta repetición periódica puede observarse durante tres, cuatro y hasta cinco semanas. Desgraciadamente en el transcurso del tiempo se presentan trastornos atmosféricos que destruyen los períodos ya marcados, y hay que volver á empezar los cálculos. Pero nada es más fácil que predecir el tiempo de cada uno de los días de la semana siguiente. Si ayer martes llovió, y antes de ayer lunes el tiempo estuvo nublado, el lunes próximo estará nublado, y el martes lloverá á cántaros..... ¡Qué método tan sencillo, y cuántos siglos han pasado antes que la humanidad pudiese descubrir las cosas más elementales!

Cerebro artificial

Villiers de L'Isle-Adam tuvo la ocurrencia de que se podía hacer una mujer eléctrica, construida y animada por hábil mecánico. Un sabio americano, que pertenece evidentemente á la ingeniosa corporación de los desdesholladores, ó á la ingeniosa todavía de los enajenados, presenta por medio de la preusa una proposición tentadora á los ciudadanos de los Estados Unidos. Este personaje, llanado Huntley, recuerda que la ciencia ha llegado á preparar conservas de carne en las cuales no entra para nada la carne, vino sin uvas, frutas y legumbres artificiales, azúcar con las sustancias más extrañas, y ha llegado á imitar el perfume de las flores. Ya eso es algo; pero todavía muy poca cosa comparado con lo que hace M. Huntley.

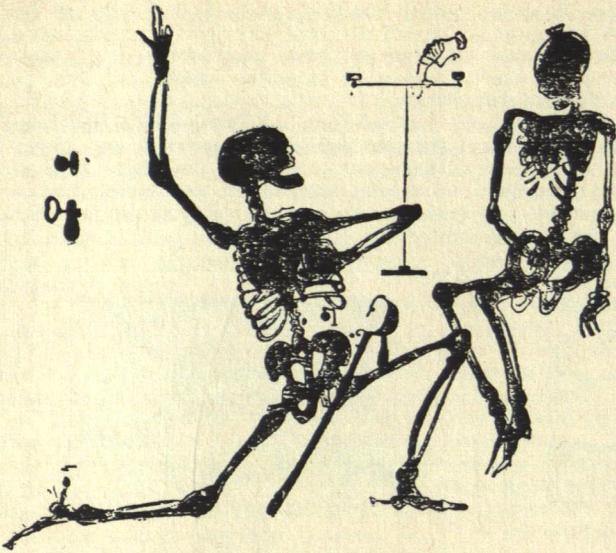
Este señor ofrece componer, con elementos y combinaciones químicas, un cerebro humano perfecto y capaz de funcionar. Exige que un americano de buena voluntad se deje quitar la masa de su cerebro natural, para llenar después el cráneo con el producto de la fabricación Huntley, garantizando que el paciente pensará, vivirá y obrará lo mismo que antes. Las personas que quisieren probar el experimento pueden pedir informes suplementarios. Habrá más de un yankee dispuesto á pedir á este extravagante los "informes suplementarios."

CHARADA

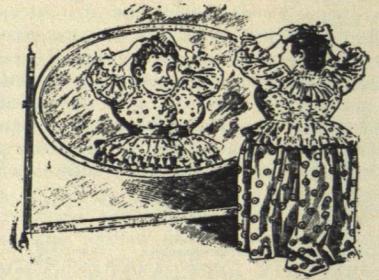
—Teniendo *cuarta* y *segunda*,
mi *dos tres primera* exclama,
en mi casa yo entraré.

—Pues si aparejo mi *toda*,
replico, con viento suave,
por los mares surcaré.





UNA DECLARACION DE AMOR FOTOGRAFIADA POR LOS RAYOS RENTGEN



MONSIEUR ET MADAME

MISCELANEA

Medicina EL HIPO

Por Henri de Parville

¿Tiene usted hipo? Eso le sucede á cualquiera. Antiguamente era el hipo verdadera enfermedad que duraba semanas, meses y hasta años.

Bartholin cita el caso de una mujer atacada durante dos años por un hipo tan violento que la hacía considerar como poseída del espíritu maligno. Para curarla la dejaron tranquila y encerraron al marido. ¿Por qué? ¿Quién podía tener interés en dar un hipo semejante á la pobre mujer? No podía ser sino el marido, pues á encerrarlo. Otros tiempos, otras costumbres.

Bartholin menciona otro hipo que duró treinta años! Probablemente la enferma sería también casada. Hay, sin embargo, un caso de una joven de veinte y cuatro años que tuvo un hipo regular de catorce días, al cabo de los cuales cesó la crisis para volver después por otros catorce días! El hipo cesaba cada vez que la joven se dormía. El doctor Borrichius, que cita el caso, la curó sangrándola en el brazo, lo que bastó para dar á Borrichius gran reputación.

Bueno es que se sepa que hay hipos de hipos: el hipo benigno que ataca á las personas sanas y se quita pronto, lo conocemos todos. Pero ese mismo hipo insignificante puede aumentarse y hacerse crónico, constituyendo una neurosis semejante á la corea. Este es el hipo de que tratamos anteriormente, que dura meses, años y á veces toda la vida: es transmisible por imitación, y se encuentra á menudo en las personas histéricas, hombres ó mujeres. ¡Dios os libre de él, pues exige un tratamiento muy serio!

Hay todavía otra especie de hipo, resultado de las afecciones cerebrales, de las lesiones orgánicas del estómago, del peritoneo, etc. El hipo ordinario que nos ataca de pronto, no es peligroso, pero sí molesto y desagradable. Se han indicado muchos medios, más ó menos eficaces, para curar ese espasmo del diafragma: tomar lentamente un vaso de agua, comprimir el epigastrio ó las sienes, mirar para arriba, para abajo, etc.

Muchas veces no bastan todos estos medios y el hipo continúa. Indicaremos brevemente otra manera de quitarse el hipo. Como es un espasmo del diafragma, hay probabilidad de contenerlo, obrando sobre los nervios frénico y neumogástrico; basta con apoyar fuertemente el pulgar y el índice sobre estos dos nervios, situados sobre la clavícula entre los dos manojos del músculo esternomastoidiano. Pero este procedimiento exige naturalmente que se conozca bien la posición de los dos nervios; no está al alcance de todo el mundo. Me gusta más el indicado por el doctor Pauzat que consiste en comprimir la yema del dedo pulgar contra la del meñique de la misma mano, comprimiendo fuertemente, y las dos manos á la vez. Aplicando este medio al principio del hipo lo contiene en el acto; si se hace más tarde no es tan eficaz.

Hay otro medio más original que consiste en extenderse en el suelo, con los brazos abiertos en cruz. Es muy raro que el hipo resista á este esfuerzo supremo. Para la mujer puede ser bárbaro el procedimiento, pero... el fin justifica los medios. Es preciso de todos modos obrar sobre el diafragma, que acaba por tomar otra vez su ritmo normal.

El profesor Lepine, de Lyon, acaba de referir ante la Sociedad de biología el caso de una joven que tuvo durante cuatro días un hipo intenso (30 respiraciones por segundo). La joven que era de buena constitución, había tenido trastornos dispépticos. Con este motivo se le examinó la lengua; la enferma la sacó y la tuvo fuertemente extendida por cierto tiempo. En ese momento cesó el hipo y M. Lepine aconsejó á la enferma que volviera á sacar la lengua y la sostuvo con fuerza algunos minutos. El hipo cesó entonces definitivamente.

Es oportuno recordar que desde 1894 había curado M. Viaud dos casos de hipo persistentes y refractarios á todo tratamiento, valiéndose de las tracciones rítmicas de la lengua. Debe, pues, recordarse que el hipo puede contenerse con la simple tracción de la lengua.

Hipnotismo

SUGESTIÓN

Todas las edades son capaces de sugestión. Una prueba original ha sido presentada á la Sociedad de hipnología y psicología por el doctor Goderichze. Una muchachita de once años acostumbraba acompañar á su primo, médico de campo, en las visitas profesionales, y así fue adquiriendo algunas nociones de medicina, con las que se ufana mucho, utilizando también en ocasiones sus conocimientos.

Después de una grave enfermedad que tuvo, salió un día, durante la convalecencia, sostenida por su madre y caminando con mucha dificultad. El médico exclamó sonriendo á la verla:

—Ah, Dios mío! si está paralizada!
E inmediatamente se puso la niña astásica y abásica. Poco tiempo después fueron volviendo lentamente las fuerzas, á voluntad del médico; cuando estuvo algo repuesta le dijo este en alta voz:

—¿Te estarás poniendo tísica?
A poco empezó la niña á toser y á escupir sangre. Luégo se le descubrió una dilatación del estómago. La enfermita tuvo crisis estomacales, vómitos y espasmos violentos. En otra ocasión tiraron á una de sus compañeras de colegio una bolita de papel en un ojo. Por simpatía empezó ella á frotarse los ojos hasta provocar una eritema de la pupila, con fotofobia y espasmo de los párpados. Estuvo cerca de un año sufriendo de la vista.

En todas las ocasiones había habido autosugestión; y con sólo la sugestión para despertarla volvía la niña á su estado normal. Esta niña tenía predisposición á los trastornos psíquicos; más no por eso deja de ser curioso el ejemplo. La sugestión es en muchos casos poderosísima, y es preciso cuidar especialmente á los niños de las impresiones que pueden recibir y de las relaciones exteriores.

Valor definitivo de la yarda

Hasta hace poco tiempo se deducía la relación entre la yarda y el metro por cierto número de comparaciones antiguas ó medidas indirectas, que daban un resultado en el cual podían subsistir todavía algunas dudas; por este motivo se creyó ventajoso, en vista de la reforma anunciada de las pesas y medidas del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, establecer de un modo definitivo, por comparaciones directas muy precisas, el valor de la yarda con respecto al metro. Recordaré que la unidad fundamental de las medidas británicas se encuentra en la distancia que hay entre dos rayas trazadas sobre las moscas de oro incrustadas en una barra de bronce, á la cual se ha dado el nombre de *imperial standard yard*. La temperatura con que se define la yarda es de 62° Fahrenheit y 16° 667 centígrados. El metro se define por la distancia, á temperatura de hierro derretido, de dos rayas trazadas en el patrón internacional de platino aleado con iridio, depositado en la Oficina internacional de pesas y medidas. Era preciso determinar la fracción del metro internacional comprendida en el *imperial standard*.

Con ese objeto dos tipos de la yarda, determinados anteriormente, fueron comparados en Londres bajo la dirección de M. Chaney, director del servicio de pesas y medidas del Reino Unido con la *imperial yard*, á temperaturas poco distintas de la que define el marco. Estos dos representantes de la yarda fueron transportados á la Oficina internacional de pesas y medidas, en el parque Saint-Cloud, donde fueron también comparadas por M. Benoit, director de la oficina, con dos reglas cuyo largo era conocido como metro internacional.

La principal dificultad de esta determinación provenía de que, siendo la yarda de 8 á 9 centímetros más corta que el metro, era imposible hacer comparaciones directas de los dos largos fundamentales entre la yarda y el metro. Las dos reglas métricas empleadas en esas determinaciones están divididas en milímetros en toda su extensión, y el estudio de las subdivisiones se ha hecho de tal modo que se pueden encontrar, en cada una de las dos reglas, una distancia, de un número cualquiera de milímetros, cuyo valor es perfectamente conocido. Una de las reglas es de bronce y la otra de platino con iridio. Se escogió en cada una de ellas un largo de 914 milímetros con el cual se compararon las dos yardas á temperaturas poco distantes de la de su definición.

Para hacer un registro serio de todas las medidas, se formaron las seis combinaciones que se pueden hacer con las cuatro reglas entre sí, y, en cada una de las combinaciones se hicieron diez y seis comparaciones completas de las dos reglas que estaban en experimento, cambiando en cada vez el arreglo respectivo de las dos reglas. De este conjunto de noven-

ta y seis comparaciones completas se ha deducido el valor de la yarda con respecto al metro. Ese valor es el siguiente.

1 yarda=0, 914 399 2 metro.
De lo cual se deduce que:
1 metro=L. 039 614 3 yarda.
ó 1 metro=39, 370 113 pulgadas.

Estos números pueden considerarse como equivalentes definitivos por medio de los cuales se transformarán en lo sucesivo las medidas británicas en medidas métricas, y viceversa; dichos equivalentes, sancionados por la ley inglesa, servirán para pasar al sistema métrico, que será próximamente el del Reino Unido.

C. E. G.

De Mercurio al Sol

Por SAINT-RÉAL

Los que no están iniciados en los trabajos de la astronomía se preguntan qué secretos pueden ocultarse todavía en esas regiones cercanas al Sol, exploradas tantas veces por los anteojos de los sabios.

En primer lugar su imaginación no comprende que la luz, invocada universalmente para las manifestaciones de la verdad, sea en este caso un obstáculo para la ciencia; y lo es en realidad; el astro del día apaga con sus rayos deslumbradores, hasta el punto de hacerlos invisibles, á todos los astros, sean ó no luminosos, que se hallen cerca de él.

Con el objeto de aprovechar el paso de la luna por delante del sol, ó mejor dicho el eclipse, partió para el Japón M. Deslandres: el objeto indicado para su largo viaje era utilizar la duración del fenómeno (tres minutos poco más ó menos,) para tratar de resolver ciertas cuestiones respecto á la constitución del sol y la existencia de los planetas llamados intra-mercuriales, es decir, situados entre el Sol y Mercurio.

Por sobre la *fotosfera* se extiende alrededor del globo solar una capa de gas ardiente á la que se ha dado el nombre de *cromosfera*: de allí parten las llamas hasta cuatrocientos ó quinientos mil kilómetros de altura! Y más allá de estos rayos se extiende una aureola, una corona luminosa que no se puede contemplar sino durante los eclipses totales de sol. A esta región es á donde ha debido de llevar sus investigaciones M. Deslandres.

Con mucha razón fue nombrado este astrónomo para las mencionadas investigaciones, pues es autor de un procedimiento fotográfico muy ingenioso, fundado en el aspecto espectroscópico de las rayas de calcio, uno de los metales que existen en la atmósfera solar; el nuevo aparato que le sirve para este objeto, de su propia invención, se llama el *espectrógrafo*.

M. Deslandres habrá llevado también sus investigaciones á los espacios situados entre la corona del sol y Mercurio, en los cuales se ha creído reconocer un planeta, según observaciones precedentes, no confirmadas hasta el día.

En las mismas regiones intra-mercuriales ha visto otro sabio M. Trouvelot, una estrella roja desconocida y muy brillante. Esta observación fue hecha durante un eclipse.

Desgraciadamente, M. Deslandres tuvo en sus observaciones la contrariedad de que el cielo estaba muy nublado, y es de temerse que no haya podido encontrar una solución clara y precisa á las cuestiones discutidas.

Temperatura del espacio

Cuando se trata de calcular la elevación de temperatura producida por la radiación de las estrellas en un punto cualquiera del espacio, se encuentra una gran dificultad para evaluar la energía de sus rayos. Admitiremos primeramente, á falta de otra explicación mejor, que la repartición de la energía en los espectros de las estrellas es la misma que en el espectro del sol, y que su energía radiante con respecto á la del sol está en la misma proporción que la intensidad luminosa ó fotográfica de los diversos astros.

Se conocen cuatro procedimientos para calcular la energía enviada por las estrellas: consiste uno de ellos en determinar el brillo de una estrella de primera magnitud, deducir luégo de aquí la radiación del conjunto de astros, aplicando la fórmula de Gould para la enumeración de las estrellas de cada magnitud. Pero este procedimiento es de aplicación algo difícil, porque la energía de la radiación de las estrellas, más hermosas llega justamente al límite de las cantidades que pueden medirse con instrumentos más sensibles. Además, la fórmula de Gould sólo se ha establecido para cierto número de magnitudes de estrellas. Es preferible adoptar otro procedimiento más sencillo, tomado del cálculo directo de las acciones fotográficas totales de las estrellas y del sol. El capitán Abney ha determinado reciente-

mente la proporción de la luz del cielo estrellado con la de la luna llena; según él es igual a $\frac{1}{11}$, hechas todas las reducciones de la oblicuidad de los rayos con respecto a la placa, y de la absorción atmosférica. Tomando el doble para los dos hemisferios, y adoptando $\frac{1}{10000}$ como relación de la intensidad luminosa de la luna comparada con la del sol (término medio de las medidas de Wollaston, Bouguer y Zöllner), se verá que el sol nos envía 13.200.000 veces más energía vibratoria que el conjunto de las estrellas. La elevación de la temperatura de un cuerpo aislado en el espacio, y sometido a la acción de las estrellas, es igual al cociente de la elevación de temperatura del sol sobre la órbita de la tierra por la raíz cuarta de 13.200.000 ó sea 60 aproximadamente. Este número debe considerarse como mínimo, pues es fácil que las medidas del capitán Abney hechas en South-Kensington, hayan sido falseadas por alguna fuente de luz extraña. Puede deducirse de todo esto que la radiación de las estrellas por sí sola sostendría la probeta que hemos supuesto colocada en diversos puntos del cielo, á la temperatura de $\frac{3.3}{6.0} = 5,6$ abs= $267,4$ centígrados.

No se debe creer que la radiación de las estrellas eleva en 5 ó 6 grados la temperatura de los cuerpos celestes. Si el astro de que se trata posee una temperatura muy distinta del cero absoluto es mucho más fuerte su pérdida de calor; y veremos que la elevación de la temperatura es debida á la radiación de las estrellas, calculando la pérdida por la ley de Stefan. Vese también que, con respecto á la tierra, la elevación de temperatura causada por la radiación de las estrellas es inferior á un cienmilésimo de grado. Y todavía debemos considerar ese número como límite superior de la acción que tratamos de evaluar.

Tenemos, sin embargo, que insistir en decir que los números que acabamos de presentar son bastante inciertos; no se trata por el momento sino de dar una cifra aproximada, y creemos que los que hemos anotado bastan para fijar, en los casos no dudosos, las condiciones de habitabilidad de ciertos planetas. En todo caso, es muy probable que las estrellas fijas no representen ningún papel en los fenómenos térmicos del sistema solar.

CH. ED. GUILLAUME.

Visión trágica

RESURRECCIÓN

Los doce hombres entraron uno por uno, con paso lento y rostro sereno y fueron á ocupar sus puestos. Mientras que el ugrer va por todos lados haciendo desocupar el pretorio y rechazando con gesto de indulgencia la oía del público, cuya curiosidad fraterniza con el escepticismo de los abogados y las pasiones adversas de los testigos, aquellos doce hombres permanecen sentados, inmóviles, enigmáticos, conservando, hasta en su mirada dormida, el secreto de la decisión ya tomada. «De las palabras—sí ó no—una de las cuales está ya escogida, con la sentencia de vida ó muerte de un sér humano.

Ábrese una puerta en el fondo de la sala. «La corte! Aparecen las vestiduras rojas, se acercan y se instalan. El silencio es profundo y solemne. A una palabra, á una señal del Presidente, levántase uno de los doce. «Por mi honor y mi conciencia, dice con voz apagada, la respuesta del jurado es ésta: No!»

Trascurre un breve instante. Pasan los papeles de manos del jefe del jurado á las del presidente, y después al secretario. Y en aquel profundo silencio, en medio de la ansiedad general, oye la voz del presidente que ordena: «Que entre el acusado.»

Aparece con el rostro pálido, contraído por el esfuerzo de la voluntad dominando la angustia de ese momento único, terrible, al cual han convergido lenta y cruelmente todos los minutos, todas las horas de aquellos cinco años de paciencia y de suplicio. Llegó por fin el momento tan deseado, por el cual suspiraba con anhelo; sí, ese minuto ansiado y ahora tan temido! ¿Qué le tendrá reservado aquel minuto? Allí están esos hombres inseguros y falibles, maleables como cera tanto por la razón como por el sofisma, allí están los doce con sus caras enigmáticas y mudas. ¿Qué habrán pensado? ¿Qué habrán dicho? ¿Qué respuesta se habrá dado allí y estará en el aire que respira, respuesta que todos conocen menos él?.....

¡Ah! esa emoción la conoce! Ya había experimentado esa horrible contracción de todo su sér estremecido y tirante como cuerda viva que siente venir el choque que la ha de romper...Ha soportado esa espantosa tragedia hace cinco años, cinco siglos... Y sin embargo en este instante de ansiedad, en que cree y enloquece, desaparece bruscamente en él el sentimiento del tiempo y del espacio, y los cinco años le parecen cinco días. Encuéntrase allí cual un muerto resucitado milagrosamente, interrogando si le van á quitar otra vez la vida!

Y todo eso en el mismo minuto, todavía menos, en el instante en que atraviesa la distancia que le separa de la barandilla, á la cual llegan á asirse sus manos convulsas, mientras oye confusamente las palabras que va leyendo el abogado con toda precisión... palabras y más palabras..... hasta llegar á la única que él espera, anhela, teme, siente que se acerca, llega, ha llegado por fin.....

—No!
Un deslumbramiento en los ojos, un estremecimiento de alegría, una sensación indescriptible en el corazón... ¡Absuelto! No más angustia, no más tortura, todo ha pasado..... Y empieza otra vez la vida!

JUDEX.

Efectos del agua respecto al cuerpo y al espíritu

Con este título el señor doctor Camus da muy curiosas instrucciones acerca de este particular en el *Journal d'Hygiène*. Hé aquí un resumen de ellas. El agua es la bebida más conveniente para conservar la salud del cuerpo.

Todas las otras son alterantes, mientras que esta alimenta y posee notables virtudes, de las cuales basta una para hacer su elogio.

Si este elemento mantiene el cuerpo en su estado natural, también mantiene el espíritu en su tranquilidad ordinaria. El espíritu, libre y tranquilo, no se eleva sobre su esfera y juzga las cosas racionalmente. Esta tranquilidad y esta prudencia han hecho que se consideren hasta ahora á los bebedores de agua como hombres de poco genio; es decir, poco dispuestos á esas emociones secretas que revelan toda la actividad de un sér que piensa, y á esas turbaciones que constituyen el entusiasmo. Todos los bebedores de agua son apacibles, taciturnos y de un temperamento frío y se les acusa de tener un genio lánguido é incapaz de pretender alguna obra que pudiera aspirar á la inmortalidad. Pero estos reproches no deber referirse al abuso del agua tomada en gran cantidad ó inoportunamente. Hay personas que necesitan tener el alma agitada para concebir algo ó para sentir. Hay otras de una constitución flemática y en éstas las impresiones son débiles. Con el exceso de agua, las fibras se ablandan y se debilitan pues la sangre se hace más acuosa y se conserva un temperamento flemático, que es de todos los temperamentos el menos propio para las ciencias. Estas personas deben hacer uso del vino puro, ó á lo menos mezclado con agua para impedir los malos efectos que el agua pueda producir. ¿Pero cuál debe ser la proporción del vino y del agua en esta mezcla? Esto no puede indicarse sino según las constituciones, las edades, las estaciones, el clima, el sexo y la calidad del vino. Los malos efectos del agua pueden también impedirse haciendo infundir en ella algunas plantas aromáticas y agregándole café. Entonces el agua cargada de partes amargas aumentará la circulación y facilitará el ejercicio de las funciones animales. Los diversos efectos de que se trata han sido ya aprobados por gran número de personas.

La máquina de escribir

El uso de la máquina de escribir se extiende cada vez más; es quizás interesante saber cómo fue inventada y resumir la historia de sus progresos. Una comunicación hecha por M. O. de Rochefort-Lucay á la Sociedad de ingenieros civiles da sobre este asunto informes interesantes. Las primeras máquinas de escribir fueron construidas en Inglaterra por los ciegos, en 1714. Las primeras patentes americanas no pasan de 1829, y en 1833 fue cuando el Marseillais Havier Progrin ideó colocar los tipos sobre pilancas independientes. Pero el americano Charles Turber, fue el primero que inventó la forma de rodillos de las máquinas modernas. El trabajo producido por las máquinas de aquel tiempo era sumamente lento y la manipulación era muy incómoda. En 1857 apareció la primera máquina que daba un trabajo regular bastante rápido. Sin embargo, era tan inferior á la simple escritura á la mano, que se necesitaron veinte años para remediarlo. La máquina no vino á ser verdaderamente práctica sino con la de Shales, inventada en 1868 y puesta en venta en 1875. Es verdad que desde entonces se ha recuperado el tiempo perdido. De 1875 á 1896 se han construido máquinas de gran velocidad; ellas representan un valor de 150 millones de bolívars. Se puede dar cuenta del perfeccionamiento de las correspondencias por estas máquinas, si se piensa que sin apresurarse, se pueden llenar más ó menos seis páginas de papel comercial en una hora, con una escritura si no elegante, al menos muy clara, y perfectamente legible.

La máquina de escribir es cada día más apreciada en el viejo mundo. En el nuevo hay más ó menos 150.000 actualmente empleadas.

Profundidad de los mares

El *Cosmos* publica el siguiente cuadro con la profundidad que se ha asignado últimamente por medio de la sonda á los diversos mares: el norte del Pacífico 8516 metros; sur del Pacífico 8281; mar de las Antillas, 6260; océano Glacial Artico, 4846; mar Mediterráneo, 4400; mar Negro, 2618; mar del Norte, 898; el norte del Atlántico, 8341; sur del Atlántico, 7360; océano Indico, 6295; océano Glacial Antártico, 2621; mar de la China, 4293; mar del Japón, 3000; mar Báltico, 427. En estas aguas límpidas y con buen sol, ve perfectamente claro un buzo á los 20 ó 25 metros de profundidad, á los 30 metros, apenas distingue; y más abajo, es una noche oscura perpetua, donde no han penetrado nunca los rayos solares ni aún en estado difuso. A los 10 metros, los objetos toman tonos azulados, y á los 20 ó 25 metros de profundidad, se ponen tan azules que llegan á negros. Por ese motivo los peces particulares que la expedición del *Travailleur* y otras expediciones han extraído de las grandes profundidades del mar, han ido perdiendo con el tiempo y las generaciones sucesivas no solamente la costumbre de servirse de sus órganos visuales, sino los órganos mismos. Eso mismo sucede á ciertos insectos llamados *caertericólos*. Un sentido que no se excita, que es completamente inútil, se atrofia y acaba por desaparecer.

Los botes submarinos

M. L. Pesce ha dado últimamente una conferencia sobre esta materia á la Sociedad de ingenieros civiles de Francia. El Boletín que reproduce textualmente la comunicación, nos presenta interesantes datos históricos. En 332 antes de Jesucristo, durante el sitio de Tiro, se sirvió Alejandro de una máquina para caminar bajo el agua; tratábase de las campanas de buzo que fueron empleadas. Vemos en seguida las invenciones de Cornelius Van Drebbel en 1620, del padre Merseenne en 1634, de Borelli en 1680, y así encontramos toda una serie de inventos notables hechos en 1797, 1800, 1809, 1815, 1823, 1845, 1853, 1855, 1862, 1864, 1872 y 1875, hasta llegar, en 1886 á los descubrimientos modernos que ya conocen nuestros lectores. Trátase, como se ve, de un asunto interesante que ha sido estudiado desde la más remota antigüedad.

No es nueva la teoría de Lombroso

Lombroso, sus doctrinas y discípulos han llamado la atención últimamente, suscitando algún tumulto en el congreso de antropología criminal de Ginebra.

A juzgar por la emoción que causan las teorías del profesor italiano, podía creerse que eran originales y nuevas, y que el inventor fuera el mismo Lombroso, lo que no deja de ser un grave error. Lombroso tuvo un precursor, así en lo que se refiere á su determinismo fisiológico y á su concepción del hombre que nace criminal, como en cuanto á su sistema de profilaxia social. Este precursor es un personaje de Toeffler, el ilustre frenólogo Craniose. Léase la historia de la familia Crépin:

«Craniose comunica un gran proyecto de sociedad modelo, que piensa someter á la aprobación del gobierno. Las bases de esta sociedad serán las protuberancias. El Gran Tanteador hará las veces de religión, de moral y de leyes. El Gran Tanteador tocará el cráneo de todos los ciudadanos que hayan llegado á la edad de quince años, y los destinará según sus protuberancias. Los que tengan protuberancia de limonada harán limonadas; los que tengan de pilón de azúcar, venderán comestibles; los que tengan de hemistiquio, serán poetas; los que tengan la protuberancia del azul de Prusia, serán pintores; la de regaliz formará los boticarios; la del ventilador hara desholinadores; la de rueda, relojero, etc. etc. Después de esto, se apartarán todos los que tengan protuberancias de asesinato, de robo, de estrangulación, de horca, de asfixia por carbón ó por cualquier otro medio, y se deportarán para la colonización de países lejanos y salvajes. De esta manera forma Craniose una sociedad admirablemente organizada, procedente de las protuberancias, que á su vez dimanán del Gran Tanteador, quedando como superfluas las leyes, la moral y la religión: las leyes, porque no habrá más crímenes; la moral, porque no habrá otra cosa que hacer sino atenderse á las protuberancias; la religión, porque no se volverá á tratar de ella.»

Póngase estigma en lugar de protuberancias y se tendrá toda la teoría de Lombroso.



Ana Luisa Ibarra.—La dolencia que nuestro inspirado Sánchez Pesquera llamó «poesía de la muerte» fue minando lentamente el cuerpo de la hermosa joven, destinada á vivir la vida de las almas buenas. Atravesaba el oscuro camino de la existencia dejando á su paso huellas de resplandores luminosos; y sonreía y serena, como que la alentaba y fortalecía el espíritu de los grandes afectos y de las grandes virtudes, se adormió para siempre jamás en su lecho de dolor, soñando con el cielo, y húmedo el labio donde parecían palpar los últimos besos y los últimos adioses consagrados á los seres que le fueron más caros en el mundo.

Ni la ciencia, que apuró todos sus recursos; ni los horizontes de nuestros campos, propicios á los temperamentos delicados; ni los más asiduos cuidados de la familia, pudieron arrancarla de los brazos de la madre común, de la pálida enlutada, que con canto de sirena la venía atrayendo á su regazo.

«Flores sobre esa tumba! Que el rocío de los recuerdos las mantendrá siempre vivas y cargadas de esencias virginales.

Escuela Central de Ingeniería.—El señor doctor Miguel Páez Pumar, que se ha acreditado como institutor en la dirección del *Colegio Avelledo*, ha obtenido del Ejecutivo Nacional autorización legal para establecer en esta ciudad un instituto de enseñanza privada y de estipendio particular, que denomina Escuela Central de Ingeniería y ha organizado bajo un plan análogo al de la Escuela Central de Artes y Manufacturas, de París, y la de Ingeniería, de Hannover.

Con las bases del nuevo establecimiento de enseñanza, en el cual entra como punto esencial la innovación de un gabinete de física y un laboratorio de química, dotados del mayor número de aparatos y elementos indispensables para hacer de las ciencias experimentales un estudio serio y provechoso; ha publicado el Dr. Páez Pumar un folleto de 30 páginas, acompañando á dichas bases, el Decreto Ejecutivo y las opiniones de la prensa, que todas le han sido favorables.

Damos al autor las gracias por el ejemplar que nós ha remitido.

Versos de Enrique W. Fernández.

Desde Londres, donde ha sido ricamente impreso, y con dedicatoria autógrafa que, por lo honrosa, enorgullece á nuestra publicación y compromete su reconocimiento, se nos ha enviado el tomo de poesías que modestamente lleva el título de este suelto y que su autor dedica á sus compatriotas los poetas jóvenes de Colombia.

Personalidad distinguida en la política de su país es el señor Fernández; y como poeta, más de un aplauso entusiasta y sincero han arrancado muchas de sus producciones. Su lira no tiene una sola cuerda, por eso no es monótona. Ha cantado á Bolívar, ante el soberbio bronce de Tenerani, donde

.....llega,

no un pueblo, un mundo, el mundo americano-
y en mudo arranque la cerviz doblaga;

filosofa, contemplando con el pensamiento el lecho de Napoleón, quien es para él:

aquí una sombra y ante Dios un reo;

la hermana de la caridad le arranca estrofas empapadas de unción cristiana: la hermana de la caridad que:

se inclina hacia el guerrero moribundo,
como ángel blanco de tendidas alas;

llora con lágrimas de dolor, pero de dolor con fe en la religión del Cristo que consuela y fortifica, la muerte de la madre amante, centro de los más grandes afectos en la vida; con entonación épica glorifica al Tequendama; aparece con suavidad de égloga en *Viajando*; y la religión y la naturaleza le ofrecen caudal de inspiración, donde apaga la sed de sus nobles sentimientos.

Proximamente nos será grato traer á nuestra Revista el retrato del poeta, acompañado de las respectivas notas biográficas, que lo darán á conocer á nuestros lectores.

El Zoófilo Venezolano.—Entre las últimas publicaciones llegadas á nuestra oficina, están los dos primeros números de esta revista caraqueña, que dirige la señora A. de Almeida e Vasconcellos y sirve de órgano á la Sociedad Protectora de Animales.

Esta sociedad cuenta con un respetable número de socios; y la lectura de su periódico, amena por lo variada, corresponde á los sanos propósitos de la asociación.

Bocetos vulgares.—Con amable dedicatoria que sabremos estimar, hemos recibido este libro, autorizado por la firma de don Manuel Valera García, literato español, residente en Sevilla, «patria del Gran Tenorio,» que diría Campoamor, patria de hermosas mujeres y patria de intenciones preclaras que dan nombradía á la Península.

De varios artículos consta el libro de Valera García y en ellos corre pareja su ingenio con la discreta galanura del estilo.

Versos de Gabriel Colmenares.—(C. Mariño G.) Es tan modesto el joven autor coriano, que en la introducción de su folleto dice «que no abriga la pretensión de exhibirse como poeta, ni va en su ánimo la aspiración siquiera de que se le juzge buen versificador.» Tales conceptos informan, á no dudar, un temperamento sincero, un alma delicada. Leídas las treinta y ocho composiciones del folleto, nos representamos al compatriota muy joven todavía, apasionado, sentimental y con disposiciones y buena voluntad para el cultivo de la poesía.

Saludamos en él á una esperanza de las letras y le damos las gracias por la dedicatoria con que nos ha remitido la colección de sus producciones.

Colegio Baralt.—Nos dice nuestro correspondal en Curaçao, lo siguiente: «El día 28 de octubre á las 7 a. m., hicieron su primera comunión los niños Domingo Antonio Carvajal, Joaquín Luzardo, Francisco García Usilar, Pedro Elías Aristeguieta Rojas, Rafael y José L. Dugand, Pedro M. Ubán, Hermágoras Riverol y Cipriano R. Ceballos alumnos del Colegio Baralt que dirige el señor Pedro Sederstrom, preparados convenientemente por el venerable padre Jansen, á cuyo cargo corre la dirección del Instituto.

Al regresar del templo se efectuó en uno de los espaciosos salones del colegio un acto literario en que tomaron parte algunos alumnos del Instituto, ejecutando bellísimas piezas de música y recitando hermosas composiciones adecuadas al acto.

Después se recogió una limosna entre la selecta concurrencia y los alumnos para distribuirla entre nueve ciegos invitados al efecto, quienes fueron conducidos por los niños que tomaron el cuerpo de Jesús, á participar del desayuno con que los obsequió la Sra. de Sederstrom. Así terminó aquel acto dejando en los tiernos corazones de los jóvenes alumnos la fecunda semilla del amor á Dios y al prójimo.»

OVACIONES

En Nueva York—decía yo en *El Tiempo*—sufrí mi primera decepción, porque aquella ilustre municipalidad no quiso recibirme con fuegos artificiales como al ex-virey de la China. En Amberes creí que el vapor *Friesland* se anunciaba á cañonazos, porque me llevaba á bordo. Y al entrar en París también se me antojó que aquellos preparativos de apoteosis me los dedicaban a mí . . .

¿Cuando se los dedicaban al Czar!

Y vaya usted á ver ¿qué ha hecho el autócrata ruso en este mundo para que lo ovacionen de esa manera? ¿Qué? Montar en bicicleta y coronarse. Más nada!

¿Sabe hacer versos el Czar?

No.

¿Sabe escribir crónicas?

Tampoco.

¿Conoce á nuestros académicos como los conozco yo?

Menos, hombre, mucho menos.

¿Para qué sirve entonces el Czar?

De aquí que me sepan á tristeza los honores que le dispensan en París.

Sin embargo, esta inmensa pena mía puede compensarla, á juicio de Bonafoux, una ruidosa ovación de palos y pedradas que me preparan en Madrid el marqués de Valdeiglesias, director de *La Epoca* y Federico Urrechta, literato de la clase de congrios que duerme la silba de su drama «Genoveva» en las guardillas del *Heraldo*.

Ambos á dos esos señores están indignadísimo porque nuestro Gobierno osó nombrar, para representarlo en Madrid, á un filibustero, (ese filibustero soy yo!) filibustero capaz de comerse á los niños crudos en plena Puerta del Sol.

De modo que resultará un espectáculo maravilloso, según ellos, «mi entrada triunfal» en la coronada villa; algo así como la de Martínez Campos.

Seré el Martínez Campos de *La Epoca*.

Se conmoverá el mundo entero y ni las ovaciones del Czar en París podrán compararse con las mías de cascotes, naranjas y silbidos en Madrid. Figúrense ustedes «nosotros en coche descubierto seguidos por la multitud exaltada y á la cabeza de esa exaltada multitud el marqués de Valdeiglesias gritando desafortadamente:

—Mueran los filibusteros encarnizados!

¡Mueraaaaa! . . .

Porque á mi pobre señora—aunque sea española—le tiene que tocar algo de la ovación. Mas á esta ovación se le puede aplicar el dicho aquel del niño que al amenazarlo el padre con los moros que venían le respondió al punto:

—Sí, papa; pero ya verás tú como no vienen.

* * *

Mientras yo me aprovecho y gozo de las fiestas en París—del cual estoy más enamorado cada día, porque cada día me resulta como si dijéramos más oloroso á civilización, más artístico con sus elegantes edificios; más claro aún con sus calles amplias, limpias, lustrosas de puro barridas; y más envidiable, para la humanidad ansiosa de placeres, con sus estrépitos de coches y de carros que se

precipitan en carrera vertiginosa por el arroyo, y con su eterna algazara de muchedumbre que, alegremente frenética, ondula y se arremolina en todas partes.

Añadid á esta habitual animación el desaforado entusiasmo que produce la visita del Czar y tendréis un París, único, incomparable, estupendo, pletórico de maravillas y grandezas. No hay sitio ya para los puéstos de flores ni fachadas para los adornos, ni balcones para las banderas, ni arcos suficientes para las centuplicadas líneas de faroles que han de iluminar la ciudad. De la Plaza de la Concordia al Arco de la Estrella, todo ese magnífico terreno que ocupan los jardines, los teatros y las fuentes de los Campos Elíseos, acaba de convertirse en un verdadero Paraíso; y nada más bello ha podido inventar el hombre, nada más hermoso ni fantástico que ese flamante collar de luces de oro, de esmeralda y zafiro que allí resplandecen y forman como una vía láctea deslumbradora. Las Tullerías es otro edén. Y del Boulevard de la Magdalena á la Plaza de la República el arte ha hecho prodigios, milagros de armonía, de combinaciones y de juegos con los postes, los gallardetes y las bombas.

Todo es lujo, esplendidez, fastuosidad que abruma.

Dijérase que París ha tocado los límites del delirio en punto á derroches de dinero; se tiran los millares de francos por montones; se transforman palacios en días, se levantan monumentos en horas; y en una sola noche la adulación se gasta en banquetes insultantes de riqueza, lo que París desvalido podría gastarse en un año.

¿Mas qué le importa al Czar de Rusia París pobre? . . .

La alegría fluye del bulevar y luego flota y se extiende y se desborda como un río impetuoso por las calles adyacentes, mientras los barrios bajos acumulan la miseria en sus habitaciones estrechas y oscuras. La alegría regia y triunfante atropella al dolor, es decir, el Czar tan déspota en París como en Moscú echa á puntapiés las penas del Elíseo; y París, humillado, se ríe, aplaude y baila un can-can dislocante . . . y glorioso en nombre de una alianza que acaso no exista sino en la febril imaginación de los franceses.

* * *

Mañana á la diez llegará Nicolás II, á tomar posesión de su colonia, porque la verdad es que Francia no presenta, hoy por hoy, otro aspecto que el de una colonia rusa, adonde vienen á rendirle homenaje de incondicional respeto todos sus vasallos.

Como yo no soy vasallo del Czar ni de nadie, he decidido encerrarme en mi cuarto de la rue Lepelletier, hasta la hora en que comiencen las demás fiestas públicas, en que sólo tengan parte el pueblo y la gente á quien le importe un comino el mundo oficial: iluminaciones, fuegos artificiales, músicas, paseos y alegría sana de multitud que se divierte sola, independiente y á su gusto, es lo que yo quiero y lo que voy á presenciar. ¿Para qué quiero yo al Czar? ¿Para tener que decir mañana «que lo he visto» y que tiene cara de idiota?

MIGUEL EDUARDO PARDO.

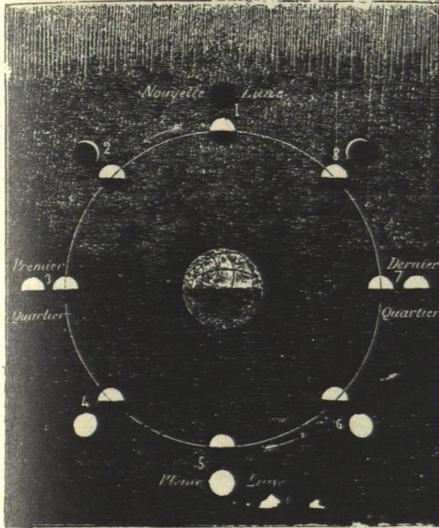
París: 5 de octubre de 1896.

ELEMENTOS
DE
ASTRONOMIA

MANUAL ARREGLADO DE CONFORMIDAD CON LAS
OBRAS MODERNAS Y SEGUN LAS ULTIMAS
OBSERVACIONES ASTRONOMICAS

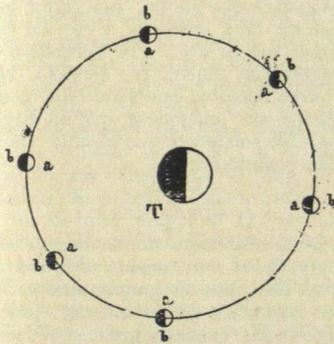
(Continuación)

Con el empleo del telescopio se ve la Luna como á la distancia de 48 leguas, y á esto se debe que haya podido estudiarse geográficamente, y de tal manera que raya en lo maravilloso.



Explicación de las fases de la Luna

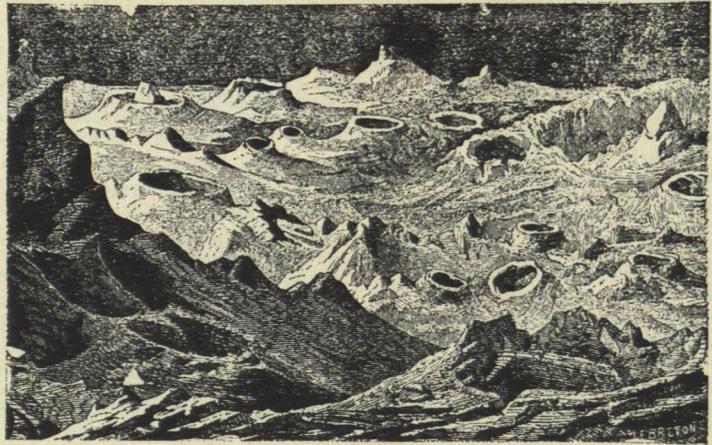
La Luna gira sobre sí misma en el mismo tiempo que da la vuelta alrededor de la tierra; pero no como los Planetas que nos muestran toda su superficie, sino uno solo de sus hemisferios. El otro no se ha visto ni se verá jamás.



Posiciones de la Luna mostrando siempre la misma cara á la Tierra: a hemisferio vuelto á nosotros; b, opuesto.

Las montañas de la Luna son de grande altura; muchas miden de 5 á 6 mil metros, Una de ellas se eleva á 7.603 metros; y el monte *Newton* mide 7.264, casi tanto como los más empinados de la Tierra. Comparadas con el tamaño de la Luna puede decirse que son mucho más altas que las nuestras. Los *cráteres* ó *circos* tienen dimensiones más asombrosas: uno de ellos, el de *Clavius* mide 55 leguas de anchura. Estas montañas están formadas por una piedra blanquísima semejante á la creta.

Varios astrónomos suponen la existencia de una atmósfera sumamente baja y peculiar de la Luna; pero ninguna comprobación científica se ha obtenido sobre este particular, hasta el presente.



Montañas y Circos de la Luna

La pesantez en la superficie lunar es la más débil que se conoce: el peso de un kilogramo en la Tierra es de 164 gramos en la Luna, y un hombre del peso de 70 ks. pesará allí solamente *once*.

Las esferas Sol, Luna y Tierra producen cierto fenómeno según la posición que ocupen. Llámase *eclipse*. Estos son totales ó parciales, solares ó lunares. Los de Sol, por la interposición de la Luna entre aquel astro y la Tierra; los de Luna cuando es la Tierra la que se interpone entre el Sol y la Luna. Son totales cuando se cubre por completo la faz del astro eclipsado, y parciales cuando lo es en parte. Este es un fenómeno sencillísimo, que se explica perfectamente haciendo la experiencia con luz artificial colocada en línea sobre dos esferas en conjunción.

Los eclipses de Sol son más numerosos que los de Luna, pero no son visibles sino para determinados puntos de la Tierra.

Los eclipses de Sol y de Luna sirven para hacer grandes é importantes estudios, especialmente los de Sol cuando son totales, porque facilitan el conocimiento de la constitución física de este astro.

Siete es el mayor número de eclipses que puede haber en un año, y *dos* el menor. Cuando hay sólo *dos* ambos son de sol.

DEL PLANETA MARTE

El último de los planetas del primer grupo, y el primero de los exteriores á la Tierra es Marte.

Se distingue á la simple vista por su color rojizo.

Gira en su órbita alrededor del Sol á 56 millones de leguas, en una circunferencia de 350 millones, que recorre en 332 días á razón de 500.000 leguas por día.

Su diámetro es de 1.700 leguas y su circunferencia de 5.375. Es por lo tanto *seis* y *media* veces más pequeño en volumen que la Tierra, y *tres* veces más que Mercurio.

Verifica su rotación en 24 horas 39 minutos y 35 segundos. El día y la noche son tan iguales allí como en la Tierra. Sus estaciones son poco más ó menos de la misma intensidad que las terrestres, pero como el año es casi doble en Marte, son más largas por lo tanto.

Este planeta es en todo el más semejante á la Tierra; posee una atmósfera casi idéntica donde flotan las nubes, se forma la lluvia y se agitan los vientos.

Observado con el telescopio se notan demarcados sus continentes, mares, montañas y zonas de hielo en sus Polos, de tal suerte que ha podido trazarse su planisferio *geográfico*.

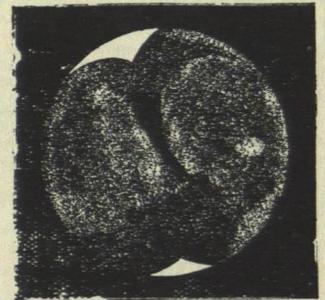
La cantidad de luz y de calor que recibe del Sol es como la mitad de la que obtiene la Tierra.

Posée dos reflectores solares, ó sean dos sa-

télites ó lunas, y á muy corta distancia del planeta.

El movimiento de traslación de estos satélites es sumamente rápido. Dista el más cercano á Marte 1.933 leguas, y cumple su completa revolución en 7 horas, 39 minutos y 30 segundos, tiempo de Marte. El segundo satélite dista 5.000 leguas, y hace su revolución en 30 horas y 18 minutos. Han sido apellidados por su descubridor *Mr. Hall*, de Washington, *Fobos* y *Deimos*.

El primer satélite *Fobos* tiene 11.300 metros de diámetro, y *Deimos* 9.700.



Marte visto con el telescopio presentando sus manchas blancas producidas por la nieve de sus polos

LOS ASTEROIDES

Entre el primer grupo de planetas y el tercero hay un grande espacio de más de 100.000 leguas, faja que ocupan, circulando en órbitas separadas más de 300 cuerpos denominados *asteroides* ó pequeños planetas.

Las órbitas de todos esos pequeños mundos tienen un punto común ó línea de intersección.

Esos cuerpos no son *aerolitos* ni tampoco precisamente *planetas*; parecen más bien los pedazos de uno de estos, por lo deformes y angulosos y por la diversidad de sus tamaños; todo lo cual ha hecho suponer que debido á la fuerza perturbadora de *Júpiter*, el anillo primitivo de la *nebulosa* no pudo condensarse en una sola esfera. Otros astrónomos han creído que sí llegó á ser un gran planeta y que luego se separó en fragmentos á causa de algún cataclismo. No deja de ser un argumento de valer en apoyo de esta suposición la circunstancia de pasar todas las órbitas de los asteroides por un punto común de intersección.

Los más grandes miden menos de 100 leguas de diámetro, y los más pequeños son de muy pocas leguas.

DEL PLANETA JUPITER

A 192.500 millones de leguas del Sol recorre su órbita *Júpiter*, siendo el desarrollo de ella de 1.000 millones de leguas, que tarda en cumplirlas 11 años, 10 meses y 17 días,

con una velocidad de 278.750 leguas diarias, ó sea menos de la mitad de la que emplea la tierra.

Su diámetro ecuatorial es de 35.500 leguas, once veces mayor que el de nuestro globo.

El es 1.500 veces más voluminoso que la Tierra; pero su rotación es más de *dos veces* más rápida que la terrestre; así es, que sus días y noches son de 10 horas en lugar de 24.

Su eje de rotación es casi perpendicular al plano de su órbita, de tal suerte que no tiene estaciones, y la temperatura de su constante primavera disminuye gradualmente del Ecuador hacia los Polos.

La luz y el calor llegan á este planeta muy debilitados, con una intensidad 27 veces menor que á la Tierra; en cambio, y como compensación, tiene cuatro reflectores solares, satélites ó lunas. Sus crepúsculos son menos dilatados.

Las nubes que flotan en su atmósfera se divisan con el telescopio en forma de bandas grises.

Los cuatro satélites alumbran constantemente al planeta, circulando en órbitas muy separadas.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Estados Unidos del Norte

Aparecen en la primera página los retratos de los candidatos á la Presidencia y Vicepresidencia de la Gran República: Mc. Kinley y Bryan, se disputaban la primera; Sewal y Howart, la última; y el triunfo ha coronado los esfuerzos de los republicanos, según calograma recibido en Caracas, después de estar impresos los primeros pliegos de nuestra Revista. William Mc. Kinley ha sido electo Presidente de los Estados Unidos y el próximo 4 de marzo tomará posesión del puesto á que lo ha llevado la lucha eleccionaria. El proteccionismo y el patrón oro son las bases principales del programa administrativo de Mc. Kinley y entra en dicho programa, como principio político, la sustentación de la Doctrina Monroe, halagadora esperanza para el arreglo definitivo de nuestra disputa de límites con la Guayana inglesa.

Como una cosa prevista por él, Mc. Kinley recibió la noticia de su elección.

Miguel Tejera

La biografía de este notable compatriota aparece al pie de su retrato en la presente edición.

Ospino

En los alrededores de la población hay varias columnas naturales de tierra y piedra, de antiguo denominada Los Frailes, algunas de las cuales miden veinte metros de altura. A no dudar, son productos de un fenómeno geológico; y de allí que los moradores de Ospino tengan la creencia de que, por la configuración del terreno donde se levantan las columnas, existió allí una colina que siglos tras siglos fue destruida por las aguas, quedando sólo de ella los puntos que no eran delezables.

Presentamos hoy las vistas de las dos columnas de mayor magnitud.

La disputa del Santísimo Sacramento

De la colección de dibujos á la pluma, copias de las obras maestras de la antigüedad, con que venimos ilustrando nuestro periódico desde hace algunos meses, es *La Disputa del Santísimo Sacramento*, que ocupa la página 863 del presente número.

Tarea superior á nuestras fuerzas sería la de describir esa obra grandiosa. Es de Rafael de Urbino, juzgado como el pintor más ilustre de todos los siglos, y fue una de las cuatro que en tres años pintó en las salas del Vaticano, cuando fue llamado á Roma por su tío Bramante, arquitecto de Julio II.

La Escuela de Atenas, *El Parnaso* y *La Jurisprudencia* son los otros tres frescos con que Rafael empezó á sobrepujar á Miguel Angel.

Trinidad

A las vistas que insertamos en la pasada edición de la vecina antilla, agregamos hoy las de la *Plaza de Brunswick*, sombreada por hermosos árboles, y la de los *Tribunales* y *Estación de Policía*.

Maracaibo

El *Palacio Municipal* y el *Hotel Europa* son dos edificios de construcción moderna que cumplidamente llenan su objeto y embellecen á la ciudad de las palmas. En la página 853 aparece la vista de ambos edificios.

La tumba de Napoleón

Este fotogravado ilustra el artículo del señor Carlos A. Villanueva, que aparece en las columnas del presente número.

Campanamento Goajiro

De la colección de fotografías con que nos ha favorecido el Dr. Jesús Muñoz Tébar, á quien estimamos sus benévolas atenciones, tomamos la vista del paisaje que lleva el título de este suelto.

El asunto es original, y el cuadro, que pertenece al Museo del Zulia, lo concibió el pintor, señor Carmelo Fernández, en la misma región indígena, donde la corriente civilizadora empieza á dar satisfactorios resultados para la industria del país.

Dos viejos amigos

(CUADRO DE MARGARITA PFEIFER)

Data del año de 1885 la celebrada pintura de la artista alemana.

El buen viejo tiene marcado en el rostro los estragos que ha producido el alcoholismo en su organización física; y aunque ya escaso de fuerzas, medio velados los ojos y fruncidos los labios, todavía le alienta la voluntad del deseo intemperante para mantener en las manos la copa y la botella.

"Hurricane"

El artista dejó correr el pincel con cariño y trazó la hermosa cabeza de *Hurricane*, que en la pupila abierta y en el oído atento revela inteligencia y energías.

Urachiche

La vista que de esta pequeña población del Estado Lara publicamos hoy, representa el momento en que los vecinos se preparan para verificar una faena consagrada al templo de la comarca.

Quien mal anda.....

[CUADRO DE J. DADD]

El asunto es sencillo, y de su fondo se desprende una amarga verdad, una enseñanza positiva, un dogma de la experiencia nunca desmentido.

Quien mal anda, mal acaba: el proverbio tiene la inflexibilidad de la lógica de los hechos. Aquellos que se apartan de toda moral, temprano ó tarde caen bajo la acción de la justicia.

Dan vida perdurable al cuadro de Dadd, no sólo el pensamiento que lo inspiró, sino también la expresión y actitud de las figuras, las paredes de piedra del presidio, el banco angosto, y la paja que cubre el suelo, lecho de los criminales.

Música

Firma la página musical del presente número el aplaudido compositor Francisco de Paula Magdaleno. *Enriquetta* es el título de su nueva producción.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

SECCION TERCERA

TIPOS Y CARACTERES

FALSOS CARITATIVOS

Abundan mucho gentes que elogian la caridad, la beneficencia, las obras de misericordia, etc.; pero cada vez que saben de un acto de estas virtudes ejercido por otro (pues ellos jamás las practican), encuentran motivo para censurarle y tenerlo á mal. Ora, que la dádiva fue excesiva; ora, que el beneficiado no lo merecía por sus vicios ó defectos; ora, que el benefactor no lo hizo animado de un sentimiento laudable, sino por ostentación, por algún cálculo, con su segunda mira, en fin.

Para los caritativos de esta especie nunca llega la ocasión oportuna de hacer una buena obra; ni ha nacido el mortal capaz de ejecutarla con discernimiento.

Olvidan que: «Vale más hacer ingratos, que faltar á la humanidad.»

Aforismo:

«Siempre que puedas has bien; y no repares á quien.»

(MARTINEZ DE LA ROSA.)

HÁBILES SOFISTAS

No escasean otros que tienen una inteligencia poderosa para discurrir sofismas, argucias, sutilezas, con que desfigurar la verdad y defender el error; pero que son ineptos cuando, por el contrario, se ofrece defender la verdad, ó atacar el error.

Para el mal son hábiles y activos; para el bien son inhábiles y lenes.

De ahí proviene que con tanta frecuencia sea aplicable aquello de: «Ardor digno de mejor causa.»

Asimismo, tanto cuanto son de inhábiles y pasivos para cumplir con sus deberes; son de activos y hábiles para eludirlo y disculparse.

*

Estos tales no necesitarían más, para ser hombres de gran mérito, sino que el talento y la habilidad que despliegan en el sentido adverso, lo desplegasen en el favorable.

Pero, ¿podrían hacer esta conversión? De ningún modo. El sentimiento de inmoralidad inherente á su carácter que les domina, no lo permite.

IRREDUCTIBLES

Existe cierto tipo muy curioso. Reconocen ó por lo menos no niegan la superioridad intelectual de otro, por lo regular de un amigo; pero que, eso no obstante, ellos les son superiores en ciertos puntos; y cada vez que ocurre una divergencia ó una cuestión, dicen que versa precisamente sobre uno de esos puntos en que ellos se creen superiores.

O bien dicen, que no obstante la superioridad del otro, aun en el punto ó materia de la disputa, como hombre al fin, está sujeto al error, y que cabalmente en esta ocasión yerra; lo cual da por resultado creer ellos siempre que tienen la razón.

Semejantes hombres son incontrastables. Jamás son vencidos ni convencidos en una discusión.

*

Este tipo ofrece además dos variedades:

Primera. Los que reconocen que yerran en general, como hombres al fin que son; pero que, llegado á un caso concreto, no se convencen del error en que han incurrido.

Segunda. Los que reconocen su error; pero creen desdoloroso confesarlo, cuando es todo lo contrario; y por lo tanto sostienen de mala fe no haber errado. En éstos cabe, empero, el darse por convencidos, más que en los anteriores.

Aforismo. «La sinrazón es la peor de todas las enfermedades.»

DALTONIANOS Ó CEGATOS

Algunos hay que adolecen de cierta pasión ó afección, que viene á producir en ellos un efecto intelectual que les hace ver las cosas bajo cierto aspecto ó color particular, que no es el verdadero; ó semejanza del que usa unos anteojos verdes, que materialmente todo lo ve verdusco.

Mas acontece que un día, por algún evento, amanecen sin tales anteojos, y ese día ven las cosas como son en sí y en su verdadero color; y al observar un objeto, por ejemplo, blanco, dicen: miren como ha cambiado esto, como ha blanqueado; sin imaginarse que no hay tales borregos, sino solamente que en aquel momento están ellos viendo claro.

AVESTRUCCES

Sucedee especialmente donde la población es reducida y todos mutuamente se conocen, que cada uno, bien por su propia observación, ó bien por los juicios que oye á cada paso, está en cuenta de las buenas y malas cualidades que concurren en los demás; y aun cada uno presume y se jacta de poseer este conocimiento.

Mas con frecuencia se encuentran prójimos que se figuran que los demás son ciegos, sordos y desentendidos que no han descubierto sus máculas; cuando lo justo y natural sería creer que así como él conoce las de los otros, también los otros conocerán las suyas.

Creen que los demás no ven, cuando los ciegos son ellos.

Creen que engañan cuando los engañados son ellos.

Esto tiene cierta analogía con lo del avestruz.

*

Es de notarse que los más propensos á incurrir en este error, son precisamente individuos que se precian de muy perspicaces y avisados; y presumen que, excepto ellos, los demás son todos unos tontos.

(Continuará.)

HOJAS DEL CALENDARIO



Sábado

31

OCTUBRE

Hoy hemos llevado al Campo-Santo los restos mortales de la señorita ANA LUISA IBARRA, mártir de penosa y prolongada dolencia que fue agostando día tras día sus fuerzas físicas.

Los amigos de la distinguida familia dolorida enviaron á la casa mortuoria cuantas flores engalanaban los jardines de Caracas. Y como si fuesen pocas las coronas, cruces y palmas de rosas y gardenias, de azahares y violetas que llenaban la capilla ardiente levantada en el salón de aquel hogar, el cuerpo de ANA LUISA fue llevado al templo en medio de otras flores más preciadas: un escogido y numeroso grupo de señoritas que allí permanecieron hasta que la iglesia se posesionó del cadáver para elevar en su presencia al Dios de misericordia, plegarias fervientes por la virgen-mártir.

*

Domingo

1º

NOVIEMBRE

Doble día de fiesta es el de hoy, en que la Iglesia festeja á *Todos los Santos*, y que los católicos consagran á *Todos sus muertos*; siendo así, que para los difuntos está señalado el día de mañana. Mas como las campanas de los templos comienzan su lúgubre tañer á las doce de este día, y el 2 de noviembre es de trabajo, los católicos que se ganan la vida como Dios lo ha mandado, acuden á los cementerios desde hoy: unos, á adornar tumbas y orar por el alma de los que en vida constituyeron sus afectos; otros en són de fiesta á divertirse y á lucir sus cuerpos y sus trajes. El ir y venir de gente á los camposantos es, hace tres días, extraordinario; para los cocheros equivalen estas setenta y dos horas á un segundo carnaval. La bicicleta ha hecho su *debut* en *Tierra de Jugo*, á donde han ido muchos ciclistas como si se tratara de correr cintas en el pueblo que patrocinan á porfía San Roque y San Andrés. El Teatro Caracas abrió sus puertas para ofrecer al público, al igual que en España, una representación de *Don Juan Tenorio*. Ni el más sonado beneficio, ni el más caritativo de los conciertos, ni aun la fiesta ó apoteosis de entrada gratis, mejor combinada, ha llevado nunca al Coliseo de Verros tan numerosa concurrencia como la que ha acudido al reclamo de la empresa. Villarreal que saca un *Juan José* afligido á pesar de lo basto del tipo, no pudo con *Juan Tenorio*. Son dos Juanes que no caben en la *armazón artística* del aplaudido bajo cómico. Baste decir, que si á Doña Inés le hubiera dejado el autor escojer entre Tenorio y Mejía, según los artistas que caracterizaran estos dos personajes, la señora Castillo se hubiera dejado robar esta noche por Lloret.

*

La peregrinación á los cementerios, especialmente al del Sur, llamado comunemente *Tierra de Jugo*, ha continuado hoy con el mismo entusiasmo. En este año la romería ha sido más concurrida que nunca. Los fieles, é infieles han aprovechado bien estos dos días. Los muertos han sido motivo de explotación. El comercio se desarrolló en una escala comprendida entre los establecimientos de "Las Gradillas" y

los tenduchos al aire libre establecidos en el vecindaje del cementerio, y en los cuales no faltaban la nacional cerveza, y el guarapo fuerte, las empanadas y lairenes, y gran variedad de frutas ordinarias y refrescantes.

A las siete de esta noche preguntaba un caballero á otro:—¿Qué estarán pensando á estas horas los muertos, en Tierra de Jugo?

—Que se acaben de ir del Cementerio los vivos para descansar ellos, contestó el preguntado.

Según uno de esos sabios que se ocupan de predecir cataclismos y fin de mundo, hoy era uno de esos luctuosos días señalados para entrar en fusión con otro planeta. Y digo era, porque el día ha pasado sin novedad particular, y la parte de noche correspondiente al 2 de noviembre acaba de transcurrir como cualquiera otra. Oscura estaba y calurosa; pero más oscuro está el porvenir eleccionario y más calurosos han sido los ataques á ciertos políticos; y nadie ha echado de ver que por ello hayan "temblado las esferas."

*

Martes

3

NOVIEMBRE

Los que se ocupan de trasladar á las cuartillas cuanto ven, piensan y oyen; y acostumbran matar literariamente el tiempo en la Redacción de este quincenario, discutián con "el propio cosechero" cuál debe ser el título del libro que tiene *Jabino* en preparación, y que dentro de poco verá la luz pública, gracias á los que hemos obligado á Mármol á coleccionar sus chispeantes crónicas.

En la discusión se barajaron cien títulos, que resultaron fetos. Entre ellos el de, *Seis reales de prosa*. Yo no sé si fue desechado por prosaico; pero sí sé, que hicieron bien en darle carpeta. Porque hubiera sido el colmo del plagio. Y nada menos que á Manuel del Palacio, que no se muerde la lengua para decirle perrerías á estos pobres ultramarinos que en mala hora descubrió Colón. El ex-ministro en la Argentina, el mismo que en un tomo de sonetos puso á los puerto-riqueños que no había por donde cogerlos, tiene, en efecto, publicado hace muchos años, un volumen que se titula "*Doce reales de prosa, y algunos versos gratis*." Y como *Jabino* no nos va á dar versos, aunque sí verdades, además de plagiarlo iba á resultar comerciante al por menor. Y maldita la gracia que esto tiene en nuestra tierra, donde todo es grande y grandeza; donde produce más ser *gran cacao*, que el cacao de Chuao. Venga, pues, el libro de *Jabino*, y venga pronto, con título y hasta sin él; basta que sea suyo y lo imprima EL COJO.

Don José Antonio Calcaño tiene planeada otra novela, que será digno *pendant* de *Dos Fieras*. Para terminar este día no puede ser más grata la noticia.

Hoy ha comenzado á circular el primer número de un nuevo diario á cuyo frente se halla el autor de *Peonia*. Titúlase *El Avisador Comercial*, y en sus columnas campea el estilo que distingue la prosa del señor Romerogarcía. Sabemos que EL COJO ILUSTRADO, ha correspondido á su visita, enviándole el canje.

*

Miércoles

4

NOVIEMBRE

La cuestión estudiantes de la Universidad ha terminado hoy por medio de una *transacción* entre el Rector y los alumnos comprometidos en los sucesos que dieron origen á medidas extraordinarias de represión y castigo. La pala-

bra *transacción* es fuerte para la moral universitaria y para la autoridad del Rector; pero es la empleada por la prensa al dar noticia de la solución del conflicto, y aquí ni ponemos ni quitamos rey. Por tradición y costumbre, los estudiantes de todas las Universidades del mundo gozan de ciertos fueros y prerrogativas que los ponen por encima de los demás ciudadanos en materia de garantías y derechos; pero ocurren casos en que las autoridades, que han estado haciéndose de la vista gorda, abren los ojos y reponen las cosas en su lugar y orden. Como ha sucedido en esta ocasión.

El cable anuncia hoy el triunfo ruidoso de Mr. Mc. Kinley en la campaña electoral de los Estados Unidos. Este triunfo lo celebrarán en el Norte los proteccionistas y el partido republicano; y en el exterior, los que luchan en la Gran Antilla por hacerse patria independiente, y aquellos que simpatizan con tan noble causa. Acaso para Venezuela no sea una esperanza lisonjera la elección de Mr. Mc. Kinley, pues si bien es verdad que en el programa del Presidente electo está escrito el cumplimiento de la doctrina de Monroe, no es menos cierto que sobre nuestra rica industria cafetera se cierne el peligro de la resurrección de la ley que lleva el nombre del candidato triunfante, la cual grava nuestro precioso grano, á la entrada en aquel país, si no accedemos á cláusulas de protección para las industrias y manufacturas norte-americanas, con perjuicio de nosotros. ¿Y qué más puede hacer Mr. Mc. Kinley en nuestra cuestión Guayana, que no lo haya hecho y esté haciendo Mr. Cleveland?

*

Jueves

5

NOVIEMBRE

La frecuencia alarmante con que atentan hombres y mujeres, indistintamente, contra una propiedad que no es suya, —la vida,—obligá á pensar seriamente en la pregunta hecha por un diario americano á consecuencia de una racha de suicidios ocurridos en Nueva York á mediados de este año: "*¿Existe el microbio del suicidio?*"

En veinte días han ocurrido en Caracas cuatro casos. El último es el de Nicolás Ravelo Díaz, quien se suicidó hoy con ácido fénico en el Cuartel de Policía, donde se hallaba arrestado. El miedo, como el valor, es contagioso; pero algo más que el valor para suprimirse del mundo de los vivos, y algo más que el miedo de sobrellevar una pena, impulsan al hombre á quitarse la vida. El hombre va al suicidio por el camino del manicomio. Cuando la luz de la razón se apaga, apunta el sol en el horizonte de la muerte.

*

Viernes

6

NOVIEMBRE

La tranquilidad de la atmósfera política, y la de esta caliginosa de la cual se surten de aire nuestros pulmones; la quietud social en que vivimos, con algo de Arcadia y algo del Limbo, nada hacía presumir que este día, que se deslizaba incoloro, tuviese como epílogo un acto criminal, producto de dos vicios, engendro de la deplorable educación que recibe cierta clase de gente, y que constituye un constante peligro para los pacíficos, para la sociedad y aun para la autoridad misma.

Pruébalo, el hecho de que un agente del orden público es la víctima del vandálico acto ocurrido al comenzar esta noche, en el punto más céntrico de Caracas. El policía Juan Ruiz, de facción en la esquina del Padre Sierra, ocurrió á un punto vecino del cual salían alborotando un grupo de hom-

Lunes

2

NOVIEMBRE

Los muertos han sido motivo de explotación. El comercio se desarrolló en una escala comprendida entre los establecimientos de "Las Gradillas" y

bres alcoholizados. El valeroso agente del orden quiso imponer su autoridad, para dar fin al tumulto. A sus insinuaciones correspondieron los alborotadores con infinidad de disparos, cuatro de los cuales echaron por tierra mal herido al valiente policía. Ante la magnitud de tan salvaje atentado la sociedad ha quedado sobrecogida de terror y sólo con ánimos para preguntar: ¿A dónde vamos á parar?.....

*

Sábado

7

NOVIEMBRE

Si no fuera que á la Luna se le ocurrió á las 9 de esta mañana ocultar á Venus, el de hoy hubiera resultado un día perdido para esta crónica. Pero de nada ha valido que en el cielo hubiese estado oculta, siquiera por un rato, la cortejada diosa, pues que en la tierra, hoy como sábado, se han manifestado en mayor número otras Venus más ó menos auténticas. Toca á nuestra profana policía actuar de Luna, y ocultar á la vista de la parte sana de nuestra sociedad esas Venus callejeras, si nó diosas, adoradoras fervientes de la mitológica divinidad.

Y como de molde viene bien aquí declarar, que no es espectáculo digno de las damas que concurren al Teatro Caracas, la exhibición grotesca de las habilidades de serpiente que posee una artista de la "Compañía de Variedades."

Como "órgano del Centro Popular y de los gremios" ha comenzado á publicarse en esta ciudad un bisemanario, á cargo de los señores Dr. Alberto González B., como Director, y Antonio G. Brandín y Francisco González B. como redactores. El Director de EL COJO ILUSTRADO corresponde al saludo que el nuevo colega ha dirigido á la prensa; y le enviará el canje.

*

Domingo

8

NOVIEMBRE

El día comienza por el entierro del policía Juan Ruiz asesinado brutal y cobardemente en la noche del 6. El acto de la inhumación del gallardo y valentísimo agente ha sido una protesta que á una han hecho contra el atentado, el gobierno, la sociedad y el pueblo. Presidió el duelo el Presidente de la República, acompañado de los más altos empleados de la Nación, residentes en Caracas. Sobre la tumba de Juan Ruiz se levanta una esperanza: la de que los culpables recibirán sin amonraciones que serían un doble crimen, las penas que las leyes señalan á delitos de esta especie.

En esta mañana se ha verificado el lance personal que se concertó ayer entre los padrinos de los señores Simón Barceló y Manuel V. Romerogarcía. A este lance fueron llevados los apreciables periodistas por el maldito *qué dirán*, y no son menos culpables muchos de los que aquí tienen por oficio echar á pelear los hombres como si fueran gallos de cría, por el solo placer de ver una riña. Es necesario acabar aquí con ese derecho que se ha abrogado la multitud, de constituirse en juez inapelable del honor ajeno. El honor de cada cual se lo legisla y se lo defiende uno mismo. Para el lance de ayer no había motivo. El comentario anónimo, la maledicencia cobarde, no son acicate de la honra.

Celebramos que el encuentro personal habido entre los dos gallardos colegas citados no haya sido de consecuencias fatales.

Hoy es el aniversario de una de las más famosas hazafas del humilde llanero que convertido en Héroe por su valor indomable, ha dado á la Historia patria las más brillantes de sus primeras páginas. Hoy se cum-

plen setenta y tres años que Páez asaltó é hizo rendir como débil atrincheramiento el formidable castillo de Puerto Cabello. Un año antes había defendido el vencedor en Las Queseras aquella misma plaza de Puerto Cabello.

Hé aquí unos datos quizás ignorados de los lectores de EL COJO, y que yo guardo como inéditos entre muchos recuerdos, del Héroe de Mucuritas.

"Apuntes de los fuegos de artillería hechos por Páez en el sitio de Puerto Cabello, del 3 de mayo al 29 de julio de 1822.

	Disparos
Batería de <i>El Trincherón</i> , con un cañón de á 24.....	934
Batería de <i>El Vigía</i> , con un cañón de á 24.....	768
Batería <i>La Pólvora</i> , con un cañón de á 18.....	275
Batería de <i>El Vigía</i> , granadas, con un obuce de 7 pulgadas.....	226

2.203"

Es preferible, terminar con el recuerdo de Páez la crónica de este día, antes que revistar corridas de toros, y una pésima interpretación de *Zaragüeta*, la finísima comedia de Aza y Ramos Carrión.

*

Lunes

9

NOVIEMBRE

Otro caso de suicidio registra hoy la prensa: el del apreciable joven Santiago M. Landa. Todos los motivos *convencionalmente aceptados* para atenuar el hecho de quitarse la vida un individuo, se han examinado para encontrar el móvil que llevara al joven Landa á tan tremenda determinación.

¿Está en la atmósfera? ¿Es esa la moda reinante? ¿Se ha descubierto acaso "el más allá," y es éste compensador eficaz, reparador, y consuelo de las penas y males de esta vida?

Ya parecen obligadas, al levantarnos de la cama, las siguientes preguntas: "¿A quién toca suicidarse hoy? ¿Quién renunciará este destino, no pedido, de vivir en la tierra?"

Este día se ha señalado también por otro atentado contra un agente del orden público. En la parroquia de San Juan cuatro individuos atacaron en pandilla á un policía, el cual salió herido en la boca.

De modo que, estamos á crimen por día. Cuando no es uno que se suprime, son muchos que quieren suprimir á uno.

*

Martes

10

NOVIEMBRE

Como si "las mujeres" no se bastaran y se sobrarian para defenderse ellas solas, Javier de Burgos, el aplaudido autor de *Los valientes*, ha escrito un sainete titulado *Las Mujeres*, estrenado esta noche con éxito feliz en el Coliseo de Veroes, y en el cual quedan las del sexo bello triunfantes en toda la línea.

Ni Villasmil, como de los mejores tipos de la obra, con ser viejo y llamarse en este caso Salomón pudo y supo escaparse en la batalla. Quedó rendido y hubo de terminar pasándose al enemigo.

Burgos hace ver cómo "las mujeres," por cualquier camino que la emprendan, luchan y vencen al hombre; y que el más renuente á volver á casa, al fin toma el camino del hogar, no con los mimos por argumento, sino á bofetada limpia si es preciso.

En *Las Mujeres* los tipos son reales, las escenas tomadas del natural, y los chistes aceptables, por más que una parte del público hiciera impúdico alarde de dar á uno de ellos relieve que seguramente no pasó por la mente del culto sainetero.

*

Miércoles

11

NOVIEMBRE

El célebre drama de Di-centa, *Juan José*, tan discutido como celebrado, ha sido la obra escogida por la señora Castillo para su función de gracia efectuada esta noche en presencia de un selecto cuanto numeroso público.

Cruda guerra se ha hecho aquí á este drama, acusado de pernicioso, falso é inmoral. Pero el público lee lo que sobre este punto se escribe..... y la noche en que se da á *Juan José* va y llena el teatro. La razón de esto se la explican algunos diciendo, que aquí el Teatro no es generalmente escuela, como debiera serlo, sino sitio de recreo; y que prueba de ello es, que en las situaciones más patéticas, en que tiene uno los nervios de punta y el espíritu en dolorosa tensión, es unánime la carcajada que lanza el público por un dicho más ó menos cómico de Andrés ó de la *Señá Isidra*.

Repárese, que al concluir el espectáculo, bien sea éste la representación de *Juan José*, *La muerte civil* ó *Ferreol*, el público abandona el teatro tan bullicioso y alegre como cuando sale tareando la música de unos *couplets* picantes, y recordando los chistes de todos colores en que abunda la obra puesta en escera.

Aquí los toros matan los caballitos, estos acaban con la zarzuela, y la zarzuela hace quebrar la ópera. La comedia y el drama se acaban y quiebran solos. Triste es decir esta verdad, pues que las comedias de salón, los dramas sanos, están llamados á corregir y enseñar. Vamos al teatro por la novedad de un artista ó por la atracción de un estreno.

Las bailarinas son aquí otro imán para determinados grupos. Estos dejan luégo el teatro al concluir el *ballet*, como algunas viejas abandonan el templo al terminar el sermón.

*

Jueves

12

NOVIEMBRE

Hoy me ha caído en las manos una *Gaceta* que contiene un edicto muy curioso. La literatura oficial, que de por sí es difícil de *academizar*, ha quedado esta vez por los suelos.

El trozo que doy á saborear á los lectores de EL COJO merece los honores de ser insertado á continuación hoy día de San Martín.

"Estados Unidos de Venezuela.—Juzgado del Municipio Concepción.

En este Tribunal se ha iniciado causa contra Dionisio Giménez por homicidio perpetrado en las personas de Tiburecio Escalona y Henrique Escalona, en la cual se declaró su detención en once de julio del corriente año; y habiendo hecho este Municipio todas las diligencias conducentes á su captura sin haberse podido lograr, se le emplaza por el presente edicto para que venga á juicio ante este Tribunal, asegurándole que será oído en justicia.

Señales fisonómicas del reo: Estatura regular, color claro, pelo crespo, un poco calvo, un poco lampiño, algo bigotudo, cara redonda, nariz un poco mocha, ojos agnarrados, pestafías crespas, pobre de cejas, camina samuriado, algo piezudo, un poco jibado de cuerpo, viste camisa por fuera y alpargatas, poco acostumbra abotonarse la camisa en el cuello, gusta del licor, del juego y del tabaco almirado, un poco respetible, dialecto grueso, debe mostrarse una cortada del labio de arriba, pues se dice que en la riña que tuvo con los Escalonas salió herido en la boca cerca de la nariz, un poco locón, los labios gruesos, como de cincuenta años de edad, no es pendenciero ni mal hablado."

CLOT.

ARON WALTZ & CA.

REALIZACION DE

Quincallería y Artículos de fantasía

Pajaritos á La Palma - N. 43

"LA BONANZA"

SMITH BROS & CA.

Calle de los Ingleses -- Puerto España

TRINIDAD

COMERCIANTEs, IMPORTADOREs & AGENTEs

Mercancías secas, artículos de fantasía,
Calzado, Ferretería, Muebles de todas
clases, etc. etc.

ESCOGIDO SURTIDO

Esmerada atención á los compradores

Y PRECIOS EQUITATIVOS

AGENTES DE

The Lancashire Tire & Life Assurance Co.
The Butterick Publishing Co. y «The Deli-
neator» Periódico de modas y patrones.

SMITH BROS & Ca.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

ANEMIA **HIERRO QUEVENNE** **DEBILIDAD**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París,
 contra CLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS
 Existe el Verdadero. — 14, R. BEAUX-ARTS, PARIS.

GRAN SURTIDO DE CASIMIREs
Franceses é Ingleses

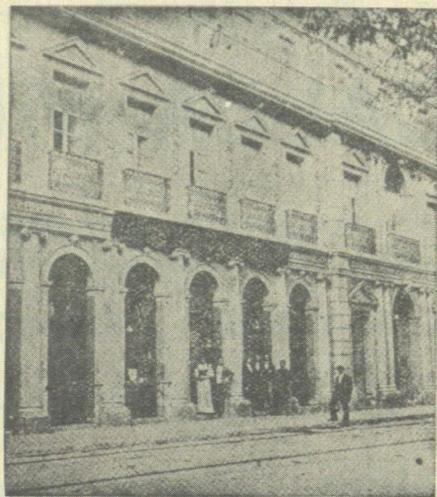
CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

ROPA INTERIOR FINISIMA
de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS, ELASTICOS
PERFUMERIA

TELEFONO VIEJO, N. 1928



CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS
y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD
en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1928

GRAN SASTRERIA DE PARIS — CAMILO SIRET — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL — PLAZA BOLIVAR — CARACAS

FERRETERIA LA GARLOPA

Sur 2, Número 37. -- Pajaritos á La Palma

CARACAS

Completo surtido renovado constantemente de toda clase de herramientas para artes y oficios de las mejores procedencias.

PRECIOS MODICOS

Luis A. Documet & Ca.

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

PROPIEDADES DEL CACAO

EN POLVO SOLUBLE

El cacao en polvo soluble, marca LA INDIA, es un producto normal, sacado (extraído) de una mezcla de los mejores cacaos de Venezuela, tan acreditados en el mundo entero, y elaborado cuidadosamente por medio de procedimientos científicos. En Europa y en los Estados Unidos goza este producto desde hace veinte años, de fama y consumo universal y donde casi sustituye el uso del Café y del Té, por sus propiedades nutritivas, corroborantes y digestivas, siendo un alimento inapreciable, especialmente para los niños, para las personas anémicas, débiles de estómago é inapetentes, que no soportan ni digieren la grasa que contienen los chocolates.

El Cacao en Polvo Soluble marca LA INDIA, no debiera faltar á ninguna familia.

CACAO SOLUBLE



CARACAS - VENEZUELA

MODO DE PREPARARLO

DOSIS PARA UNA TAZA

Mézclase bien dos cucharaditas de cacao soluble con igual cantidad de azúcar en polvo, agréguese un poco de leche ó agua caliente, y revuélvase bien hasta conseguir una pasta chocolate muy espesa, y en seguida puede usted llenar la taza con leche ó agua (mejor es leche) y obtiene usted una bebida theobromina superior al chocolate (hecho á la minuta) por ser ésta más digestiva é higiénica para las personas débiles de estómago.

Una latica de una libra de Cacao en Polvo Soluble marca LA INDIA vale 8 reales, y equivale á 5 libras de chocolate.

Avenida Sur, N. 2 y 4. — Fábrica: Calle de la Estación

Productos premiados en las principales exposiciones de Europa y de las Américas con 12 medallas de Mérito de Oro y de Plata

QUINCALLA MUÑOZ

Mudada de Gradillas á Sociedad -- Avenida Sur No. 10

OFRECE COMO SIEMPRE A SUS RELACIONADOS

PERFUMERIA OBJETOS DE FANTASIA FERRETERIA

Lámparas Belgas

Gran surtido de juguetes baratísimos

DE OCASION PARA LOS PAPÁS

ENRIQUETA

(POLONESA)

Por Francisco de P. Magdaleno

Tempo di polacca

The musical score is written for piano and consists of six systems of two staves each. The first system begins with the tempo marking *Tempo di polacca* and a forte (*f*) dynamic. The key signature is one sharp (F#). The score includes various musical notations such as slurs, accents, and dynamic markings like piano (*p*) and sforzando (*sf*). The piece concludes with a double bar line and repeat dots.

First system of musical notation, featuring a treble and bass staff. The treble staff contains a melodic line with various ornaments and slurs. The bass staff provides a harmonic accompaniment. A dynamic marking of *ritard* is present in the third measure.

Second system of musical notation, continuing the piece with similar melodic and harmonic development in both staves.

Third system of musical notation, showing further progression of the musical themes.

Fourth system of musical notation, featuring a dynamic marking of *rit* in the fourth measure.

Fifth system of musical notation, continuing the melodic and harmonic flow.

Sixth system of musical notation, showing more complex rhythmic patterns in the treble staff.

Seventh system of musical notation, concluding the piece with a double bar line and the initials **D.C.** in the treble staff.

L. Arriaga



LA INMACULADA CONCEPCIÓN. — Cuadro de Murillo
EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO, DE MADRID